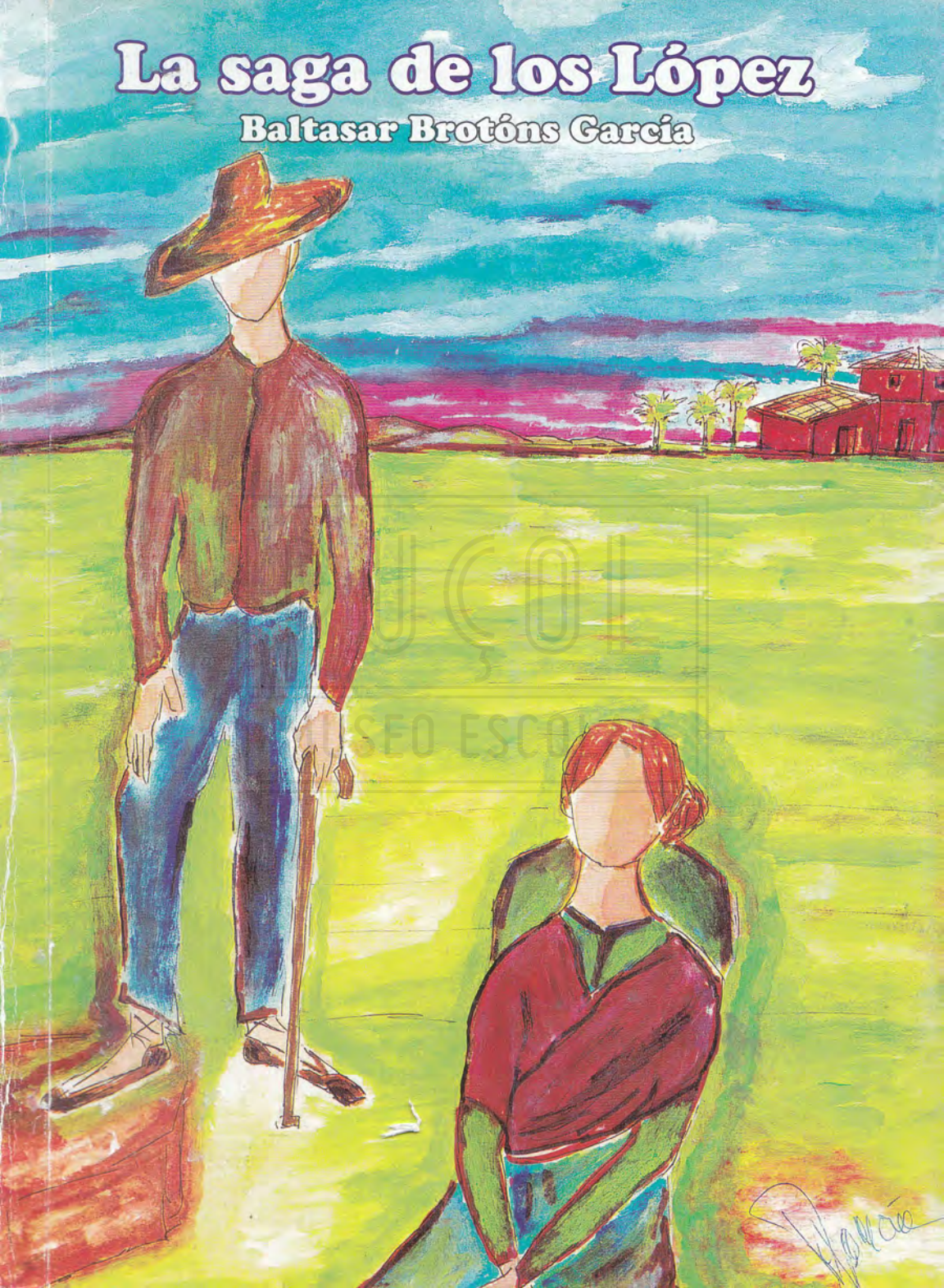
La saga de los López

Baltasar Brotóns García



d.561

sig T.E. 331
R 1831,

Para la Biblioteca del Museo de Pedagogía

20-XI-01

PUGOL
MUSEU ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
D. L.: A-1416-2001
Portada: Milagros Román
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

La saga de los López

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ÍNDICE

Prólogo 7
La saga de los López 13
Canarias preturística 39
Recuerdos de mi infancia 51
Extremadura profunda 61
Una palmera ante mi ventana 73
Una cultura ancestral 81
El Valle de Josafat 89
Aficiones literarias 95
Los niños de la calle 105
Un viaje soñado 109
La palmera que quiso volar 115
Los castillos, patrimonio cultural 121
Parques Temáticos: una nuevo opción turística 125

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Prólogo

UNA VIDA PLENA

La Saga de los López es una recopilación de relatos-vivencias u observaciones del autor, que a través de sus recuerdos personales, dejan patente los acontecimientos que han hecho posible la evolución histórica de determinado aspecto de nuestra ciudad, principalmente en lo que se refiere a la agricultura. Aunque no en todos los apartados de este libro, sucede así. Baltasar no puede darle la espalda a ese capítulo de su vida que supuso para Él su estancia en Canarias, no como turista precisamente, sino como represaliado político; hecho que supo aprovechar, para tomar buena nota de todos los encantos de las islas y escribir posteriormente sobre ello, ya que nos lo recuerda de manera diferente, en todos su libros o quizás en buena parte de ellos. Nombrar un «todo» para Baltasar es hacer referencia a un grandísimo número de publicaciones que, sean de la índole que sean, como por ejemplo, esos poemarios de corte intimista y sentimental, los relatos novelados en los que claramente asocia las vicisitudes del protagonista con las suyas o a las de cualquier agricultor de nuestra ciudad, los estudios sociológicos del campo de Elche, los análisis en la evolución de la agricultura ilicitana, las crónicas de los acontecimientos más recientes de nuestro país, los

aspectos turísticos de determinadas zonas regionales, o sus libros de viajes como miembro de la Asociación Española de Escritores de Turismo a la que pertenece desde hace varios años, dejan buena muestra de su vital experiencia en todos ellos, por lo que, a sus seguidores, nos tiene ya un poco aleccionados sobre estos temas, siendo por supuesto, un gran placer para el lector, el cual, de una manera suave, casi por descuido, se siente introducido en temas a los que no se le hubiera ocurrido acceder de manera espontánea, como es el del patrimonio cultural de los castillos, quizás, pero que al paso de su propia observación, nos «obliga» a prestarle atención al dejar caer datos exactos que ya casi convierten algunos de sus temas, en estudios analíticos... como ocurre en «Una cultura ancestral» donde se remonta a los orígenes de la agricultura ilicitana hablándonos de las 225 «centurias» creadas por los romanos con una extensión de 50 hectáreas cada una, de la aparición de una auténtica cultura del regadío con porcentajes de las tierras de secano o no, y de los nuevos vocablos que ésta originó... también, de las herramientas antiguas de trabajo olvidadas ya en la práctica y recuperadas gracias al impulso de nuestro buen amigo y maestro ilicitano Fernando García Fontanet que ha sabido organizar el correspondiente museo para poder mostrarlas. Termina este apartado sacando al fin su vena poética para describir de una manera muy sentida y llena de nostalgia, el campo de antaño.

Y es que a Baltasar le gusta hacerlo así, no lo puede evitar pues, en algún relato que nos anuncia novelado, su imaginación roza en ocasiones la fantasía como si se tratara de un cuento, una historia inventada con personajes de ficción, y que ya nos ha *introducido* en ella perfectamente cuando al momento saca esos detalles históricos o porcentuales que tanto domina, para devolvernos a la realidad pura de lo que nos cuenta y acontece. Así lo hace en «La Saga *de los* López» el primer apartado de esta recopilación que da título al libro y en la que nos cuenta a través de *Ramón, sus* hijos, *Pascual y Rosa, y su nieto,* una historia llena de retazos y datos históricos que afectan sobre todo, al campo de Elche. Yo creo que más que narrador de ficción Baltasar es un cronista, porque las vidas de estos personajes transcurren pos sus páginas con la sola intención, así lo dice y así nos lo parece, de hacernos saber lo aconte-

cido en nuestra ciudad, y que afecta a su evolución urbana y social dentro de una España en época conflictiva, antes, durante y después de la guerra civil española (desde el nacimiento de Ramón en 1900, poco antes del famoso acontecimiento del Eclipse total de Sol, pasando por el advenimiento de la República, hasta el año 2000, en que se inaugura el puente del Bimilenario y muere Ramón López) sirviendo así de excusa para explicar el desarrollo de la agricultura ilicitana o el devenir de la ciudad de Elche tan próspera hoy en día.

En el capítulo *«Recuerdos de mi infancia»* nos habla con tono nostálgico de sus correrías de chico en el barrio del Raval donde Baltasar nació en 1916 y donde disfrutó de aquellos juegos típicos de la época que nos acerca como buen testimonio de algo que no veremos ya.

Alguien que no recuerdo en este momento, dijo en una ocasión que «las personas no son de donde nacen sino de donde ha transcurrido su infancia» y es verdad, el paso feliz o infeliz de los primeros años vividos en determinado lugar, es huella imborrable que permanece, marca para siempre nuestra existencia, por esta razón jamás se nos podrá borrar cualquier recuerdo de esa época por insignificante que sea.

Quizás hoy los chavales se diviertan tanto como ayer, pero es cierto que lo hacen de manera bien diferente y por ello hemos de prestar atención a quien nos recuerda que el juego de canicas, por ejemplo, era algo habitual en los años 20 o 30 y que consistía *«en introducirlas en un hoyo hecho en el piso de la* calle, *sin asfaltar, impulsadas por* el dedo *índice y pulgar... algo así como el golf»*, él mismo lo compara, *pero sin emplear palos, ni césped y con distancias cortas... «Quizás* el juego de la peonza era más difícil y se precisaba de más habilidad... Y como no, alude Baltasar al hecho de sobrevivir en la calle cuando las bandas de los chicos *«planeros» o «ravaleros»* revelaban su talante y ardor combativo al enfrentarse unos contra otros, cuerpo a cuerpo, en una especie de guerrillas o con proyectiles de hondas lanzadoras de piedras que dejaban una huella en el cuerpo para toda la vida según le sucedió a Baltasar...

Nos recuerda también las *«hachas»* que se quemaban la víspera de Reyes Magos, costumbre desaparecida hace años y que hoy se

intenta recuperar; o «les estrenes» en navidades, o el trabajo tan especial y entrañable de los serenos... O todo aquello que se «cocía» en la barbería de *Ramonico Pastor* que la compara con un «Ateneo» y donde *«xollarse»* valía 20 céntimos...

En fin, deseo abrir boca con todo esto como invitación a leer este apartado, así como los restantes capítulos del libro, en donde, ya lo he dicho antes, Baltasar se convierte en autor de viajes, o en cronista, en escritor nostálgico o en contacuentos... porque es bien cierto que hay *«Una palmera ante su ventana»* y que a él le consta que existe otra *«Palmera que quiso volar»*... (Éste capitulo quizás sea el que más se asemeje a un cuento) ...Y da fé , como le sucedió en tierras de Extremadura, en plena guerra civil, que puede existir un acercamiento bueno, sincero, humano, entre soldados de distintos frentes... O que en los umbrales del siglo XXI resulte incomprensible que hayan tantas injusticias y desigualdades culturales entre unos habitantes y otros del planeta siendo las víctimas *«Los niños de la calle»*... *Y* que una vez hubo para él *«Un viaje soñado» pero* que lo pudo realizar, como es el que nos describe por Tierra Santa a través de un personaje que a pesar de no ser estrictamente religioso, admiraba la figura esencial de Jesucristo en toda su dimensión humana... Y que en otro apartado, da un repaso a su vida de lector con la revisión de *«El Valle de Josafat»* de Eugenio D'Ors, y a su vida misma de escritor fundamentalmente, la cual le ha llevado a experimentar sensaciones muy placenteras, mostrándose satisfecho por ello, después de haber pasado una guerra en su juventud, haber formado una familia junto a su esposa Vicenta, de haber criado a sus hijos dándoles estudios y que esta dedicación le ha permitido viajar, conocer hábitos y costumbres de otros países y escribir libros y más libros sobre ello.

Tal como lo cuenta Baltasar, parece una suerte de vida organizada, pero no olvidemos el tesón que hay en ello. La fuerte voluntad que le ha llevado a ganarse mérito tras mérito, publicaciones y reconocimientos del Ayto. de Elche, el nombre de una calle, el Dátil d'Or de la Asociación de Informadores... ser elegido Caballero Electo del *Misteri*; ser distinguido con el «Ilicitano del Mes» del diario *Información* y etc. etc...

De todo lo cual se siente muy agradecido y orgulloso. Seguramente porque él mismo se sorprende de haber llegado tan lejos.

Y no es de extrañar, pues creo que mucha gente viaja, mucha gente estudia, mucha gente ha pasado descalabros económicos y mucha gente de la generación anterior, ha pasado las vicisitudes de una guerra, sin embargo la gente que viaja, no siempre ve cosas interesantes, o no recuerda con precisión los lugares donde ha recalado... la gente que estudia, no siempre ama los libros, la gente que ha vivido una guerra, no siempre olvida, perdona, o encuentra la armonía debida con su pasado y por último, la gente que ha sufrido estrecheces económicas, no siempre sabe templar su mano para vivir con mesura... Baltasar sí. Me consta.

Milagros Román Maciá

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA SAGA DE LOS LÓPEZ

Ramón López, nació en una casa de campo, de la Pedanía del Llano de San José, en el término municipal de Elche, el 3 de Enero de 1.900 y murió en la misma vivienda, el 27 de Diciembre de 2.000, 7 días antes de cumplir los 100 años de edad. Este campesino ilicitano, que casi llegó a centenario, nació y murió en los mismos límites del siglo XX, de cuyo transcurrir fue testigo, dentro de los estrechos ámbitos en que discurrió y se desarrolló su vida.

Su larga trayectoria vital, vinculada, estrechamente, al medio rural ilicitano, aunque gozaba del aprecio y de la consideración de sus vecinos y conocidos, por su recto proceder, apenas dejó huellas perdurables, ya que al fin y al cabo, durante toda su vida, solo fue un sencillo agricultor dedicado, exclusivamente, al cultivo de sus tierras, con una acendrada profesionalidad, heredada de sus antepasados, que desde tiempo inmemorial, fueron también agricultores modélicos.

Como Ramón López nació al principio y murió al final del siglo XX, y tomando su biografía como hilo conductor, al historiar su vida, queremos asociarla a todo lo más relevante que ocurrió en el campo de Elche, desde el principio hasta el final de este siglo, que ahora termina. De esta manera, la historia de Ramón López,

corre paralela a la historia del campo de Elche del último siglo, ya que él fue testigo directo de todos los avatares ocurridos a lo largo de estos 100 años.

Los padres de Ramón López, fueron Pascual López y Rosa Martínez, que no tuvieron más hijos, aunque siempre los desearon. Pero por unas complicaciones graves, que surgieron al nacer este niño, la madre se quedó incapacitada para concebir de nuevo otra vez. De esta manera, Ramón no tuvo nunca hermanos, y en su condición de unigénito, sus padres volcaron en él, todos sus cuidados y atenciones, educándole lo mejor posible, en el ámbito familiar.

La vivienda donde nació Ramón, era una casona rural de dos plantas, orientada hacia el sur, de gruesas paredes de piedra y yeso, con una techumbre de tejas de canal. En su interior había un aljibe que recogía las aguas del tejado, entre los meses de Octubre y Abril, para uso doméstico y otro exterior, a donde iban a parar las aguas de aluvión de la «replaça» y la era, para el consumo de los animales domésticos y para regar las plantas de las macetas, que todas las mujeres campesinas solían tener en la «porxá». Y Rosa, por supuesto, no era una excepción.

La finca de Pascual López tenía 80 tahúllas de tierra, alrededor de la casa, tierra que entonces era de secano, aunque de buena calidad, desde el punto de vista agrícola. De ahí el que su productividad siempre estuviera en función de que lloviese o no, con regularidad, y a su debido tiempo. Los años que llovía abundantemente, se recogían buenas cosechas y los años que no llovía lo suficiente, las cosechas eran escasas o incluso, nulas.

Aunque había algunos arbolados de higueras y almendros, estas tierras eran eminentemente «campas», dedicadas al cultivo de los cereales, preferentemente, cebada y avena.

Esta finca, la había heredado Pascual López de sus padres y constituía su único patrimonio. En cuanto a su esposa, que de soltera vivía en la Partida de Matola, lindando con el término municipal de Crevillente, tenía allí una parcela de 30 tahúllas de tierra, plantada de viña de vinificación, heredada también de sus padres.

Con el producto de estas dos propiedades, la familia López - Martínez, mal que bien, iba viviendo, aunque con unas ciertas res-

tricciones y dificultades, la mayoría de los años, a esta familia le ocurría, poco más o menos, lo mismo que le pasaba a la mayor parte de las familias campesinas ilicitanas de aquellos tiempos, que vivían exclusivamente del producto de su trabajo, como profesionales de la agricultura. En estas familias campesinas de aquellos tiempos, había más sombras que luces; más escasez que abundancia, ya que tenían más años malos que buenos, o lo que es lo mismo, más años secos que de abundantes lluvias, que ha sido siempre, la tónica general en el campo de Elche.

Cuando Ramón López cumplió 5 meses de edad, (concretamente, el día 28 de Mayo de 1.900), tuvo lugar en Elche, un acontecimiento singular, que solo ocurre muy de tarde en tarde, en un mismo lugar: nos estamos refiriendo al Eclipse Total de Sol, que tuvo a esta zona como el lugar donde se podía observar mejor este fenómeno astronómico. Por tal motivo, vinieron a Elche, desde unos días antes de esta fecha, los más afamados astrónomos internacionales de aquellos tiempos, entre los que se encontraba Camilo Flamarión, Director del Observatorio Astronómico de París. En el tejado de una casa de campo muy cercana a la de Pascual López, algunos de estos astrónomos, montaron sus telescopios, desde unas horas antes de producirse este eclipse, para poder observarlo mejor y con todo detalle, durante los pocos instantes que duró este fenómeno astronómico, que tanto impresionó a todos los ilicitanos y a otros miles de personas foráneas, que vinieron exprofeso a Elche, para no perderse la contemplación de ver a la Luna ocultando al Sol, por completo, llenándose todo por unos momentos, de la más completa oscuridad. Lógicamente, por su corta edad, el protagonista de nuestra historia, no fue consciente de lo que significaba aquel acontecimiento singular, que le explicó su padre, con todo detalle, unos años después, cuando ya tuvo uso de razón.

27 días después del Eclipse Total de Sol, (concretamente, el 24 de Junio), se produjo en Elche, otro acontecimiento que tuvo una gran relevancia en el campo de Elche, desde el punto de vista agrícola y ganadero: nos estamos refiriendo a la creación de la Comunidad de Labradores de Elche, cuyo principal cometido consistía en poner en funcionamiento una Guardería Rural, que defendiera las propiedades y cosechas de los agricultores, ante los muchos

abusos que cometían los ganaderos, que campaban por sus respetos, con sus rebaños de pastoreo, casi con absoluta impunidad. Esta Guardería Rural, compuesta de 20 guardas y un cabo, salió por primera vez al campo, a prestar servicio, el día 13 de Agosto del mismo año. A partir de esos momentos, los ganaderos, ya se mostraron más respetuosos con las propiedades ajenas, pues de lo contrario, los nuevos guardas, que recorrían a pie por los caminos y senderos de todas las partidas rurales, les imponían fuertes multas que tenían que hacer efectivas en las oficinas de la Comunidad, que estaba ubicada en la población.

Desde muchos años antes, ya se habían hecho algunos intentos de crear esta guardería rural, pero con poco éxito. Pero ante la creciente demanda que había de estas guarderías, por parte de los agricultores de todo el Estado, el Gobierno Español, el día 24 de Julio de 1.898, publicó una Ley creando las Comunidades de Labradores, en todas las poblaciones de más de 6.000 habitantes del conjunto del territorio nacional. La de Elche, fue la segunda de la provincia de Alicante, siendo la de Orihuela la primera, creada unos meses antes.

Aunque los guardas rurales, tenían como principal objetivo, vigilar a los ganaderos, también tenían como misión el arreglo de caminos y el cuidado de algunos cauces de riego.

Con la llegada del siglo XX, se introdujo en el Campo de Elche la plaga de la *filoxera,* que tantos daños produjo en los viñedos afectados por esta enfermedad. La *filoxera* arrasó la mayor parte de los viñedos franceses, de la costa mediterránea y pasó a España, por la parte de Cataluña, extendiéndose por todo el suerte peninsular. Aunque los viñedos ilicitanos no fueron tan castigados como los de otras comarcas limítrofes, también sufrieron muchos daños, hasta tal punto, que la viña que tenía la esposa de Pascual López, en Matola, tuvo que arrancarla, por el gran quebranto que sufrió por esta enfermedad.

Durante esos años, el precio de los vinos experimentó un gran incremento, a causa de la escasez, hasta que pasó un tiempo y pudieron reponerse los viñedos afectados, normalizándose de nuevo, la producción y el comercio.

Pasaban los días, pasaban los meses... y el niño Ramón López iba creciendo y desarrollándose, sano y fuerte, bajo el cuidado y la tutela de sus padres, que se esmeraban, con toda la atención del mundo, para que nada le faltara, dentro de sus lógicas limitaciones.

Como en aquellos tiempos, no habían ni escuelas ni colegios en el campo, entre los dos trataron de enseñarle a leer, a escribir y «hacer cuentas», es decir, los principios más elementales de la aritmética, tarea que no le resultó muy difícil, ya que el niño asimilaba muy bien todas las enseñanzas que les impartían sus padres. De esta forma, a la edad de 7 años, ya leía con facilidad la letra impresa, escribía con una letra bastante clara y sabía las 4 reglas, (sumar, restar, multiplicar y dividir), con lo cual, en aquellos tiempos, ya se consideraba una educación bastante completa, para las necesidades de una persona que tenía que dedicarse al cultivo de la tierra.

A veces, dudaba mucho si determinada palabra llevaba o no hache, o si se escribía con ge o jota, dudas que sus padres tampoco podían aclararle, puesto que tampoco ellos lo sabían, dados sus escasos conocimientos en estos temas. De todas formas, el niño pudo adquirir unos conocimientos básicos para poder desenvolverse en la vida, con una cierta facilidad.

Cuando iban a la población, procuraban comprarle algunos libros de cuentos infantiles, para que el niño le tomara afición a la lectura. Estos libros los compartía con otros niños de su edad del vecindario, con los que compartía también juegos y amistades.

En Abril de 1.906, se produjo un hecho que tuvo una gran relevancia en la agricultura ilicitana: nos estamos refiriendo a la creación de la Sociedad Mercantil Nuevos Riegos el Progreso. El alma mater de esta sociedad, estrictamente ilicitana, fue Ernesto Martínez Riviere, ya que él planificó y dirigió las obras de canalización, para elevar aguas por el sistema de bombeo, de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, para regar con aguas dulces las tierras ilicitanas. Las primeras aguas del Progreso, se regaron en la Partida del Molar, el día 9 de Enero de 1.910, ampliándose después estos regadíos, hasta alcanzar una extensión de 10.000 hectáreas de tierra del sur del término municipal de Elche, que perdieron su condición de secano, para convertirse en tierras de regadío.

Estos regadíos, se ampliaron mucho más a partir del 31 de Enero de 1.923, con la inauguración, por parte del Rey Alfonso XIII, de las instalaciones de la Real Compañía de Riegos de Levante, que puso en regadío más de 39.000 hectáreas de tierra, correspondientes a 10 términos municipales del sur de la provincia de Alicante, de las cuales, el 50% eran tierras ilicitanas. Estas aguas tenían la misma procedencia que las de el Progreso.

Con la llegada de estas aguas dulces, el campo de Elche cambió de aspecto y la agricultura ilicitana se hizo más rica y variada, al introducirse muchos más cultivos, tanto arbóreos como hortícolas. Hasta entonces, solo habían las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó, que eran las únicas de las que se podía disponer.

Pero, retrocedamos en el tiempo y no adelantemos acontecimientos.

Desde los tiempos más antiguos de que se tienen referencias escritas, en toda esta zona del sur de la provincia de Alicante, se han padecido prolongadas sequías, en que las lluvias brillaron por su ausencia. De estas grandes sequías, han habido, por lo menos, dos o tres cada siglo, lo que producía cuantiosos quebrantos en la agricultura de secano, como era la ilicitana, hasta la segunda década del siglo XX. Y siguiendo esa tendencia meteorológica tan generalizada, eso es lo que ocurrió entre los años 1.907 y 1.914, 7 años seguidos en que las lluvias fueron tan escasas, que en el campo de Elche, el 90% de su superficie, eran tierras cerealísticas de secano y las cosechas fueron prácticamente nulas, por carecer los sembrados de la necesaria humedad, para que las plantas pudieran vegetar y desarrollarse con regularidad. Fueron 7 años muy duros y difíciles, para el colectivo de los agricultores ilicitanos, que tuvieron que pasar muchas dificultades para poder sobrevivir dignamente, hasta tal punto, que muchos agricultores se vieron obligados a vender parte de su patrimonio, para poder alimentarse ellos y sus animales domésticos y pagar los impuestos. Por ese trance, pasó también Pascual López, que se vio forzado a vender las tierras, que su esposa tenía en la Partida de Matola. Y con el poco dinero que le dieron por ellas, (en aquellos años funestos, habían más vendedores que compradores, de esta clase de propiedades, y por consiguiente, los precios a que se podían vender, eran muy bajos), pudo capear el temporal, hasta que las circunstancias mejoraron.

Al no llover, las tierras apenas se cultivaban, y por consiguiente, el campo se semiparalizó en sus actividades normales, hasta el extremo de que algunos agricultores ilicitanos, que tenían tierras propias, se vieron forzados a emigrar al norte de África, temporalmente, para ganar algún dinero que aquí era muy difícil de conseguir. Esta decadencia temporal de la agricultura, afectó también a las gentes de la población, pues no podemos olvidar que por aquellos tiempos, del campo salía el 90% del producto interior bruto de la economía global ilicitana, y por consiguiente, lo que ocurría en el campo de Elche, tanto en el aspecto negativo, como en el positivo, afectaba directamente, a la sociedad ilicitana en su conjunto.

Cuando ya empezó a llover de nuevo, con una cierta normalidad, en el año 1.915, el niño Ramón López, ya era todo un mozalbete de 15 años de edad, que ayudaba a sus padres, en los trabajos agrícolas. El final de la sequía, coincidió con la llegada de las aguas de el Progreso, en su segunda fase, que puso en regadío las mejores tierras del campo de Elche, lo cual supuso una inyección de riqueza y prosperidad para la agricultura ilicitana, aunque las tierras de Pascual López, no pudieron beneficiarse de las bondades de estos regadíos, ya que estaban situadas fuera de la zona regable con estas aguas. No obstante, como ya empezó a llover de nuevo, con una cierta regularidad, volvieron a producirse otra vez buenas cosechas, con lo cual, el conjunto de la comunidad campesina, recobró el pulso, al incrementarse sus ingresos, por la comercialización de los productos cosechados. Por lo tanto, Pascual López, como el resto de los agricultores ilicitanos, normalizaron su situación económica, dentro de las carencias y las limitaciones en que siempre se desenvolvieron. Las heridas económicas generadas, por los largos años de sequía, se iban cicatrizando y superadas las apreturas y carencias de los años anteriores, hasta ya conseguían algunos ahorros, que guardaban como oro en paño, por si volvían de nuevo los tiempos de las vacas flacas y se veían forzados, otra vez, a apretarse el cinturón. Ramón López, mientras tanto, se aproximaba a la edad de entrar en quintas, lo que suponía una gran preocupación para sus padres; primero, por que cuando llegase ese momento, tendría que incorporarse a filas, durante muchos meses, con lo cual, ya no podría ayudar a sus padres, en los trabajos del campo y segundo, por si

lo destinaban al Protectorado Marroquí, donde había una guerra latente, en contra de los moros, desde hacía varios años, que reivindicaban la total independencia de su territorio, y de la cual se recibían todos los días inquietantes noticias. En el año 1.921, las tropas españolas en África, sufrieron fuertes reveses militares en las batallas de Anual y de Ygueriben, así como en Abarran y Sidi Dris, donde perdieron muchos hombres y grandes cantidades de material de guerra, lo que supuso para España un verdadero trauma. El líder rifeño, Abd - el Krim, con sus aguerridas huestes morunas infringieron al Ejército Español, mucho más numeroso y con mejores armas, un verdadero descalabro, lo que dio pie para relevar a los altos mandos militares, que dirigieron aquellas nefastas operaciones, que finalizaron de una manera tan desastrosa.

España entera se llenó de luto, llorando a los miles de muertos y desaparecidos que se quedaron en aquellas áridas y desérticas comarcas del Protectorado Español, cuya conservación suponía para nuestro país, una verdadera sangría, en vidas humanas y en dinero.

Ramón López, tuvo suerte en el servicio militar, ya que la unidad a donde fue destinado, se libró de ir a África, permaneciendo todo el tiempo en que él estuvo en filas, en diferentes acuartelamientos del territorio peninsular.

De esa manera, después de 22 meses de servicio militar, en Diciembre de 1.922, lo licenciaron, regresando a su casa sano y salvo, donde le esperaban sus padres con ansiedad.

Este regreso coincidió con la fecha de su cumpleaños. Y con sus 23 años cumplidos, Ramón López regresó a su casa, hecho todo un hombre, tanto física como mentalmente, consciente de sus responsabilidades futuras, para hacerse cargo, en calidad de hijo único, de la explotación familiar de sus padres, que ya habían superado los 60 años de edad.

Un mes después de su regreso, concretamente, el 31 de Enero de 1.923, pudo asistir a la inauguración de las instalaciones de la Real Compañía de Riegos de Levante, por parte del Rey Alfonso XIII, que se desplazó desde Madrid, exprofeso, para este acto. Y estuvo presente cuando el Rey abrió la compuerta del Tercer Canal, situada en el límite del Llano de San José y de Algorós, para que

estas primeras aguas dulces, procedentes de la Vega Baja del Segura, circularan en dirección hacia Alicante. A partir de ese día, a esta compuerta se le llamó «Compuerta del Rey». Aquella fecha, fue memorable para todo el campesinado ilicitano, en sentido positivo.

Como la finca de Pascual López, estaba dentro de la zona regable con las aguas que distribuiría la Real Compañía de Riegos de Levante, a partir de esos momentos, ya se podían regar con aguas dulces, y por consiguiente, se podían plantar toda clase de cultivos, tanto arbóreos como hortícolas, con la particularidad de que también habían incrementado, sobremanera, su rentabilidad agrícola y su valor patrimonial.

A partir de esos momentos, los agricultores ilicitanos, ya no tenían que estar supeditados a que lloviese más o menos, para que sus cosechas llegaran a buen fin. Plantaban cualquier cultivo y si no llovía, cuando lo precisara, lo regaban y salía adelante, sin ningún contratiempo, teniendo la cosecha asegurada, aunque esto supusiera un costo añadido a los demás gastos de cultivo.

La mitad de las 80 tahúllas de tierra de la finca de los López, el padre y el hijo la plantaron de almendros, de la variedad «Planeta», que era la que más abundaba por aquellos años y la otra mitad de la finca, la dedicaban a cultivos hortícolas y herbáceos, que alternaban con cereales, preferentemente, cebada y avena.

Las hortalizas que más plantaban, eran guisantes y habas, de la variedad «Muchameleras», que daban fruto más pronto, y por consiguiente alcanzaban mejores precios. Estas hortalizas las vendían en la Lonja de Frutas y Verduras, que entonces estaba situada en el espacio que hoy ocupa la Iglesia del Corazón de Jesús, a poco más de 1 kilómetro de su finca, y a la que llegaban en unos momentos.

Esta variedad de cultivos les daba mucho trabajo al padre y al hijo, durante todos los meses del año, que además tenían que buscar gente jornalera, para que les ayudasen en la recolección de las cosechas. Ciertamente, trabajaban mucho, pero aquel trabajo les reportaba una cierta rentabilidad económica y la familia vivía con una relativa comodidad y desahogo.

Ramón López, cuando cumplió los 25 años, se compró una bicicleta nueva, que le costo 40 pesetas. Con esta bicicleta, ya podía

desplazarse a distancias más largas, los Domingos y los días festivos, para reunirse con sus amigos o para buscar novia, pues a pesar de que vivía muy cerca de la población, se relacionaba mucho más con las gentes campesinas que con las gentes ciudadanas. Tanto era esto así, que la primera y única novia que tuvo, vivía en la Partida de Algorós, a unos 3 kilómetros de distancia de su casa. Esta muchacha, que era dos años más joven que él, se llamaba María García y tenía 4 hermanos varones, más jóvenes que ella, pertenecientes todos ellos a una familia de agricultores ilicitanos de clase media, como había varios miles más en el campo de Elche.

Por aquellos tiempos, lo normal y corriente, era que los chicos campesinos se casaran con chicas campesinas también y en muy raras ocasiones, se quebrantaba esta norma general, que se había convertido en una enraizada tradición, que se iba transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones, como una referencia cultural de este colectivo de gentes que se dedicaban al cultivo de la tierra. También se procuraba, y se tenía en cuenta, que la familia de la muchacha que se pretendía, tuviera un patrimonio, poco más o menos, de la misma cuantía que la del chico, patrimonio, que, generalmente, consistía en propiedades rústicas. Así, cuando un chico les notificaba a sus padres, que se había hecho novia, la pregunta obligada del padre era: «I eixa familia, quants bancals té?». Los demás detalles, (belleza, cualidades humanas, etc.), se posponían a un segundo lugar, primando más el aspecto material, por encima de otras consideraciones, que consideraban secundarias.

Cuando cumplió 28 años, Ramón López anunció a sus padres que pensaba casarse. Y después de algunas conversaciones previas, entre las dos familias, acordaron que el nuevo matrimonio establecieran su hogar en la vivienda del novio. Y a tal efecto, le hicieron algunos añadidos a la casa de Pascual López, para que el nuevo matrimonio pudiera tener un hogar digno y confortable, separado del de sus padres. Terminadas estas obras de ampliación, fijaron la fecha de la boda, para el día 1 de Abril del año 1.930, ceremonia que se llevó a cabo en la Iglesia de San José, a donde pertenecían los novios, y también donde habían sido bautizados ambos.

A la boda, sencilla y modesta, como era normal, en las familias campesinas de aquellos tiempos, asistieron unas cincuenta personas, entre los parientes más allegados de las dos familias.

Los padrinos de boda, fueron la madre del novio y el padre de la novia, que tuvieron que hacerse trajes nuevos para esa ocasión, pues los que se hicieron para casarse ellos, ya estaban bastante envejecidos.

Se casaron a las doce de la mañana, y después de la ceremonia, se fueron todos a la nueva vivienda de los novios, donde tenían preparada una copiosa comida, a base de la típica cocina ilicitana, que degustaron todos con verdadera fruición.

Al final de la tarde, los novios se trasladaron a la estación de ferrocarril, tomando un tren para Alicante, donde pasaron unos días de luna de miel, en tan corto viaje de novios. Y todos los invitados a la boda, cada uno se fue a sus respectivos domicilios, después de dejar los regalos que habían adquirido para los novios.

Cuando se casó su hijo, Pascual López había cumplido ya 68 años y su salud empezaba a resentirse y debilitarse. Por lo tanto, entendió que lo más conveniente era que su hijo se hiciera cargo de la explotación familiar, y que cultivase estas tierras por su cuenta y riesgo, aunque él le ayudaría en todo lo posible. Así lo decidieron, de mutuo acuerdo, y así se hizo. De esta manera, Ramón López, con la ayuda de su joven esposa, que también colaboraba en algunos trabajos agrícolas, se hizo cargo de las tierras familiares, cultivándolas a su libre albedrío, y pasándoles a sus padres una cantidad de dinero en metálico, anualmente, para poder cubrir, desahogadamente, sus gastos de manutención. Hay que tener en cuenta, que como entonces no se había implantado aún el Régimen de la Seguridad Social, las personas mayores, no cobraban ningún tipo de pensión, como ocurre ahora y necesitaban ayuda en la vejez.

Este relevo generacional en la explotación de la finca, se llevó a cabo de una manera consensuada, y por consiguiente, sin ningún trauma. De todas formas, como único heredero que era, esto más pronto o más tarde, tenía que realizarse, de una manera lógica y natural, por ley de vida.

El primer año que Ramón López cultivó estas tierras por su cuenta y riesgo, los almendros que habían plantado unos años antes, ya empezaron a dar fruto y se cosecharon más de 5.000 kilos de almendras, que una vez recolectadas vendió a seis pesetas el kilo, lo que le reportó unos ingresos superiores a las 30.000 pesetas, cantidad que en aquellos tiempos, suponía mucho dinero.

Aquel año, los costos de cultivo, tanto de los almendros, como de las demás plantaciones, fueron poco cuantiosos, ya que fue un año muy lluvioso y se sacaron adelante sus cosechas sin apenas regarlas. Esta circunstancia propició el que el nuevo matrimonio pudiese ahorrar algún dinero, ahorros que depositó en la Sección de Créditos y Ahorros de la «Agrícola», a la que se había asociado unos meses antes. Desde luego, la nueva singladura matrimonial de Ramón López y su esposa, empezó con buen pie, en todos los sentidos y lo que suponía un buen augurio para su vida futura.

El día 10 de Abril de 1.931, murió Pascual López, a la edad de 70 años, muerte que fue muy sentida, por todos sus vecinos y conocidos, ya que era un hombre muy querido y respetado por todos. Esta triste circunstancia impidió a Ramón y a su esposa a sumarse a los muchos actos festivos, que tuvieron lugar en la población, para celebrar el advenimiento de la República, cuatro días después, que se había producido de una manera tranquila y sosegada, sin el menor altercado público, después de que el Rey saliese hacia el exilio, por el puerto de Cartagena. Cuando Ramón vio la fotografía del Rey, camino del exilio, se acordó de ocho años antes, cuando lo vio por primera vez, cuando vino a Elche a inaugurar las instalaciones de Riegos de Levante, y la verdad, es que sintió una cierta pena por él, por tener que abandonar el país de aquella manera, aunque no quería hacer valoraciones políticas de aquel hecho tan transcendente para España, como era el cambiar de Régimen Político de la noche a la mañana, pues él pasaba de la política en absoluto.

Cuando unos días después se constituyó la primera Corporación Municipal Republicana, se mostró muy satisfecha de ella, ya que formaban parte de la misma dos hombres que vivían en el campo, y que eran casi de su misma edad. Estos dos Concejales eran Jerónimo Soler y Tomás García, ocupando la Alcaldía Pascual Ro-

mán Antón, (el Tío Pascualet el del Molí, como se le conocía, popularmente).

A partir de estos momentos, cuando precisase alguna información municipal, recurría a uno de estos dos Concejales campesinos, para que se la facilitasen, ya que eran los auténticos representantes de los agricultores, en el Ayuntamiento, con los que estaban en una completa sintonía.

Los muchos cambios que se produjeron en la política municipal, después de la proclamación de la República, también los percibió Ramón López, a pesar de que todas sus energías y atenciones, estaban centradas en el cultivo de sus tierras, que habían mejorado mucho en los últimos años, con la llegada de las aguas dulces, distribuidas por Riegos de Levante.

En el mes de Mayo de 1.932, dos años después de su casamiento, la cigüeña les trajo una preciosa niña al matrimonio López - García, que la bautizaron con el nombre de Rosa, que era como se llamaba su abuela paterna, siguiendo la costumbre tradicional de ponerle a los primeros hijos el nombre de los abuelos, primero los paternos, y en segundo lugar, los maternos. Esta tradición, con el paso de los años, fue perdiendo vigencia, hasta el extremo de que en la actualidad, no se respeta para nada y a los hijos se les pone el primer nombre que se les ocurre a los padres, sin tener en cuenta para nada, los antecedentes familiares.

La alegría que supuso para sus progenitores el nacimiento de esta niña, quedó empañada a los pocos días, por el fallecimiento de su abuela paterna, que vivía con ellos, y que tampoco tiempo pudo gozar la presencia de su nieta, que fue para ella, como un precioso regalo caído del cielo. Pasaron de la alegría a la tristeza, en el corto espacio de pocos días. La vida tiene estas cosas; puesto que está compuesta de momentos buenos y de momentos malos, a los que hay que hacerle frente, con decisión y entereza, por que son contingencias inevitables.

Con la muerte de su madre, Ramón López se convirtió en dueño absoluto de este patrimonio, que le habían legado sus padres. Y con el nacimiento de su hija, ya tenía un nuevo incentivo para conservarlo, y a ser posible incrementarlo, puesto que ya tenía un here-

dero a quien transmitirlo. Era la tercera generación de la saga de los López.

Unos días antes de cumplir la niña tres años, María García tuvo un nuevo hijo varón, que lógicamente, le pusieron el nombre de Pascual, como se llamaba su abuelo paterno. Esto colmó la alegría de sus padres, particularmente, de Ramón, que ya tenía un hijo varón, para que cuando fuera mayor, le relevara en el cultivo de las tierras. Además, con un hijo y una hija habían logrado tener lo que consideraban la familia ideal, una pareja de retoños.

La República estaba pasando por una situación bastante complicada, ya que desde su advenimiento, en Abril del año 31, parte del Ejército, la Aristocracia y la Iglesia trataron, por todos los medios a su alcance, de obstruir su funcionamiento, y a ser posible, terminar con ella. Ya en Agosto del año 32, el General Sanjurjo, se sublevó en Sevilla, sublevación que fue abortada de inmediato, sin mayores consecuencias.

En el año 1.933, José Antonio Primo de Rivera, hijo del General del mismo nombre, que estuvo siete años al frente de los destinos de España, comandando un Gobierno Dictatorial, creó la Falange Española, a imagen y semejanza del Fascio Italiano de Musolini, aumentando la crispación política y combatiendo, frontalmente, la política republicana.

Así las cosas, el 12 de Julio de 1.936, asesinaron al Teniente José Castillo, del Cuerpo de Guardias de Asalto, y como represalia a este hecho deleznable, sus compañeros de armas, el día 14 por la noche, asesinaron también a José Calvo Sotelo, uno de los políticos y parlamentarios más brillantes de las Derechas Españolas.

Este fue el detonante que desencadenó la sublevación militar, tres días después, que se venía incubando en algunos cuarteles, desde hacía ya varios meses, y que dio origen a la Guerra Civil, que duró 32 meses y que ocasionó muchos centenares de miles de muertes y cuantiosas pérdidas materiales, en la mayor tragedia española de los últimos tiempos.

Cuando empezó la Guerra Civil, el 17 de Julio de 1.936, Ramón López estaba ocupado en la trilla de los cereales. En los primeros momentos, creía que aquella sublevación no pasaría a mayores,

pero fue el origen de una contienda fratricida, que dividió a la sociedad española en dos mitades enfrentadas a muerte, que traumatizó a dos generaciones de españoles.

En los primeros momentos, la Guerra Civil tuvo menos incidencia en el campo de Elche que en la población. Los agricultores continuaron realizando, normalmente, los trabajos agrícolas, sin apenas contratiempos. Pero a medida que pasaban los meses, las cosas se iban complicando más, sobre todo, por que muchos jóvenes se marchaban a combatir al frente, unos voluntarios, y otros, por que el Gobierno movilizaba sus quintas, y como consecuencia lógica, Ramón López, cuando precisaba algunos trabajadores, para que le ayudasen en los trabajos agrícolas, no los encontraba fácilmente, por la escasez de hombres para trabajar, que ya se notaba en el campo. Así las cosas, se limitaba a cultivar los arbolados y no plantaba hortalizas, que eran las que ocupaban mayor cantidad de mano de obra, que era, precisamente, de lo que más se carecía.

Pasaban los meses lentamente, se iban movilizando quintas y más quintas de soldados que salían para los diferentes frentes de combate y la guerra parecía no tener fin. Y lo que más temía Ramón López, se produjo en Noviembre de 1.938: el Gobierno de la República, movilizó su reemplazo, cuando estaba a punto de cumplir los 38 años de edad, viéndose forzado a dejar sola a su esposa, al cuidado de una niña de seis años y de un niño de tres, viviendo en una casa de campo, con la sola compañía de sus dos hijos pequeños. A partir de esos momentos, las tierras se quedaron abandonadas, al no haber nadie que las cultivara con el gran vacio que creó en el hogar la ausencia del cabeza de familia, que era el que llevaba el timón de la explotación agraria, con las lógicas dificultades, de todo tipo, de aquellos tiempos difíciles.

María García tuvo que armarse de valor y sacar fuerzas de flaqueza, adaptándose a las difíciles circunstancias de aquellos momentos, para seguir viviendo esperando, fervientemente, que terminara aquella pesadilla de la guerra, y con el lógico temor de que a su marido le pasara algo malo y no volviera, cosa que, afortunadamente, no ocurrió, ya que la unidad a la que destinaron a Ramón, estaba dedicada a servicios auxiliares, en la retaguardia, y no corrió ningún peligro.

Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos bélicos, los mandos de todas las unidades del Ejército Republicano, en los últimos días del mes de Marzo de 1.939, abandonaron a sus hombres y trataron de ponerse a salvo del castigo que les iban a imponer las Fuerzas Nacionales vencedoras. Y Ramón López, como hicieron otros muchos miles de soldados de la Zona Republicana, trataron, por cualquier medio, de regresar a sus hogares, en medio de aquel desbarajuste general que se produjo, en aquellos momentos de confusión y desconcierto.

Ramón López, caminó a pie dos días y una noche, sin apenas descanso ni comida, y cuando llegó a Elche el día 30 de Marzo, se cruzó con las tropas de Franco, que caminaban con destino a Alicante, terminando de ocupar la Zona Republicana. Del balcón del Ayuntamiento había desaparecido la Bandera Republicana, que había sido sustituida por la Bandera Nacional y la Bandera de la Falange.

Ramón López, llegó a su casa, de la Partida del Llano de San José, sano y salvo, a las cuatro de la tarde y pudo abrazar a su esposa y a sus hijos pequeños, después de más de cuatro meses de ausencia, dando por cerrado aquel capitulo de su vida, que le resultó un tanto traumático. A partir de esos momentos, no le molestaron para nada, ya que como no había desarrollado ninguna actividad política, favorable a la República, no sufrió represalia alguna y pudo reanudar su normal actividad, en su profesión de agricultor, tratando de poner al día el cultivo de sus tierras, que llevaban muchos meses abandonadas, por su larga ausencia.

Los primeros años de la posguerra, fueron muy prósperos para los agricultores del campo de Elche, ya que cualquier producto comestible que cosechaban, se vendía a buenos precios, debido ala escasez de alimentos que se padecía en toda España, a causa de la Guerra Civil, situación que se agravó más aún, a los pocos meses, con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, que aisló por completo, a nuestro pais del resto del mundo.

Los dos únicos productos, (bastante significativos de la agricultura ilicitana), que estuvieron depreciados durante la posguerra, fueron las almendras y los limones, que se consumían, mayori-

tariamente, en el extranjero y al no haber comercio internacional, apenas se podían exportar. Todos los demás productos agrícolas, estaban muy solicitados y se vendían a buenos precios, particularmente, los cereales, para panificar.

En el caso de las almendras, al no poderse exportar, se molían para extraerles el aceite, (que por cierto, era muy fino) y después de prensadas, la pulpa, (que llamaban «turto»), se empleaba como pienso de los rumiantes. En cuanto a los limones, apenas se podían vender a ningún precio, y ante esta situación, que duró más de 10 años, muchos agricultores ilicitanos, optaron por arrancar los limoneros y los almendros y dedicar estos terrenos al cultivo de los cereales, que era la alternativa más rentable.

Como Ramón López tenía la mitad de sus tierras plantadas de almendros, se benefició menos de la prosperidad económica que gozó el campo de Elche, durante aquellos años. No obstante, como en el resto de sus tierras, plantaba hortalizas y cereales, aquellos años también fueron bastante prósperos para él y su familia.

Esta precariedad económica de España, finalizó en el año 1.953, con el Tratado Hispano - Americano, que daba fin al largo periodo de aislamiento, que sufrió nuestro país, por motivos políticos, normalizándose las relaciones diplomáticas y comerciales, con el resto de las naciones, después de un prolongado «boicot», que casi estranguló a nuestro país. Con esa normalización diplomática y comercial, España pudo abastecerse, normalmente, de todo lo que precisaba y los precios de todos los productos de primera necesidad, se normalizaron también, dentro de unos límites razonables.

Pero aquella larga temporada de prosperidad económica para el campo de Elche, propició el que el conjunto del colectivo campesino ilicitano, mejorase en sus condiciones de vida, viviendo ya con más desahogo y comodidad que lo había hecho en los tiempos pasados. Y dentro de ese colectivo, se encontraba Ramón López y su familia, que continuaban cultivando sus tierras, en la Partida del Llano de San José.

Rosa, que ya había cumplido los 22 años, estaba hecha una real moza y mantenía relaciones amorosas con un muchacho de su misma edad, que estaba ocupado como administrativo, en una Caja

de Ahorros. En cuanto a su hermano Pascual, tres años más pequeño que ella, también se había convertido en todo un hombre. Los dos ayudaban a su padre en los trabajos agrícolas, después de haber finalizado los estudios primarios, en las llamadas Escuelas Graduadas, que estaban situadas muy cerca de su casa.

En la década de los años 60, se inició en Elche el gran «boom» expansivo de la población, al socaire de una industria del calzado, que crecía a impulsos de un dinamismo arrollador, creando riqueza y puestos de trabajo, a un ritmo desconocido hasta entonces. Y atraídos por el señuelo de esta pujante industria, llegaban a Elche todos los días, una gran cantidad de inmigrantes procedentes de las comarcas rurales de Castilla-La Mancha, de Murcia, de Andalucía, etc., que venían a nuestra ciudad, en busca de un puesto de trabajo y mejores condiciones de vida, como si Elche fuera la «Tierra de Promisión» y para poder dar techo y albergue a toda esta masa de gentes foráneas, se construyeron, en pocos años, barrios enteros en los 4 puntos cardinales de la ciudad, que duplicó su población, (pasó de 60.000 a 120.000 habitantes, en poco más de una década). Esta gran expansión urbanística fue posible a costa de convertir miles de hectáreas de terreno rústico, en terreno urbanizable, con la consiguiente revalorización. Y la agricultura, que hasta entonces había generado la mayor parte del Producto Interior Bruto, del conjunto de la ciudad, fue perdiendo, paulatinamente, una parte importante de la relevancia y el protagonismo que había tenido hasta entonces. Los dos sectores productivos más boyantes, durante aquellos años, eran la industria y la construcción.

En el año 55, se casó Rosa López y se fue a vivir a Elche, a un piso que le había comprado su padre y que le costó 500.000 pesetas. Era un piso muy espacioso, en una calle muy ancha, que ahora lleva el nombre de Antonio Machado.

En cuando a su hermano Pascual, que tenía relaciones con una muchacha campesina, que vivía en Matola, no pensaba casarse aún, aunque ya hacía 8 años que había cumplido sus obligaciones militares, que realizó en Barcelona.

Cuando en la década de los años 60, se puso en funcionamiento la Seguridad Social, Ramón López se dio de alta en la Rama

Agraria, como trabajador por cuenta propia, en las oficinas de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, que estaban ubicadas en el número 13 de la Calle Puente Ortices. En un principio, solo se pagaba una cuota de 10 pesetas mensuales, aunque solo daban derecho a unas mínimas coberturas, en cuanto a sanidad y riesgos laborales. Estas cuotas iniciales, fueron subiendo en cuanto a su cuantía, a medida que se iban incrementando también las coberturas a que se tenían derecho.

En el año 57, Pascual López se casó también y previamente, su padre le hizo una reforma a la vivienda, para habilitarla a las necesidades del nuevo matrimonio, que se quedaría a vivir con ellos. Esta reforma fue idéntica a la que llevaron a cabo 37 años antes en el mismo edificio.

La década de los años 70 y los primeros años de los 80, el campo de Elche estaba convertido en un auténtico vergel. Había unas doce mil hectáreas plantadas de cultivos arbóreos, (almendros, limoneros, naranjos, higueras, parrales de uva de mesa, manzanos, perales, etc.,) y otras tantas de tierras campas, dedicadas a cultivos hortícolas y herbáceos, con abundantes cosechas, en uno y otro caso. Todas las tierras estaban bien cultivadas, en una agricultura que se iba mecanizando, a pasos agigantados, pasando del arado romano y los carros, a los tractores y la maquinaria más sofisticada, para realizar casi todos los trabajos agrícolas. Esta completa mecanización de la agricultura y la abundancia de fertilizantes químicos, llevaron aparejada una superabundancia de productos agrarios, como no se había conocido nunca en nuestro país, y como consecuencia lógica, la depreciación de los mismos, al mismo tiempo que se incrementaban, desmesuradamente, los costos de cultivo, como eran el agua de riego, los fertilizantes, los jornales, los impuestos, la maquinaria agrícola, etc,. Se producían abundantes cosechas, en todos los cultivos, pero estas cosechas se vendían todas muy baratas, y por consiguiente, la agricultura, como profesión, había perdido casi toda la rentabilidad económica, que había tenido en los años anteriores, con lo cual, los hijos de los agricultores ilicitanos, en su inmensa mayoría, empezaron a perder interés por la profesión de sus padres y fueron, paulatinamente, abandonando el campo, en busca de otros horizontes laborales en la industria, el comercio o los servicios, que

les resultaban más rentables y menos fatigosos. Y la población activa campesina, iba envejeciendo a pasos agigantados, a medida que el campo de Elche, iba quedándose sin brazos jóvenes para cultivar la tierra.

Ramón López, empezó a cobrar una pensión como jubilado, al cumplir los 65 años de edad, después de haber cotizado más de 10 años a la Seguridad Social, como trabajador agrícola por cuenta propia. Por aquellos tiempos, aquellas pensiones eran de poca cuantía, pero al menos, suponía una ayuda económica para las personas mayores, y él fue una de las primeras personas del campo de Elche, que accedió a una pensión de este tipo.

Cuando Ramón López, cumplió los 70 años, aunque aún se encontraba fuerte y ágil, pensó con buen criterio, que ya había trabajado bastante, y por lo tanto, lo más conveniente era, que le entregara las tierras a su hijo Pascual, para que las cultivara por su cuenta y riesgo, lo mismo que había hecho su padre con él, cuarenta años antes. Con su pequeña pensión y el arrendamiento que le daba su hijo por el usufructo de estas tierras, podían vivir dignamente, él y su esposa. En esos momentos, Pascual López, el tercero de la saga, tenía 37 años y un hijo de 14, que estaba cursando estudios secundarios en el Instituto de la Asunción, que le llamaban Ramón como a su abuelo, y que constituía el cuarto eslabón en la saga de los López.

Era un muchacho muy listo y aplicado, que pensaba continuar estudiando una carrera superior, en la rama de las letras, que era lo que más le gustaba. Sus padres y sus abuelos, estaban conformes con las pretensiones del chico y le apoyaron en todo lo posible, para que lo consiguiera. Este muchacho fue uno de los primeros salidos del campo de Elche, que cursaron estudios universitarios, lo cual fue un hecho un tanto novedoso. La carrera que eligió y que terminó con aprovechamiento, en la Universidad de Murcia, fue la de Biológicas.

Los bajos precios a que se vendían los productos agrarios, por aquellos años, era motivo de preocupación, para los agricultores ilicitanos, que veían muy mermados sus ingresos, y creían que para salir airosos de aquella situación, la única alternativa posible, era

nuestra incorporación, de pleno derecho a la Comunidad Económica Europea, que tan reticente se mostraba a nuestra petición de ingreso. Y cuando por fin, pudimos entrar, junto con Portugal, en el año 1.986, después de una larga espera, comprobamos, con decepción, que aquello no había sido una barita mágica, que solucionara los muchos problemas que tenía el campo español, en general, y el de Elche en particular, pues entramos tarde y en malas condiciones, cuando la Comunidad Económica Europea, tenía grandes excedentes de productos agrícolas, (carne, vino, leche, cereales, etc.,) almacenados y de difícil salida, problema que se agravaba mucho más, con la incorporación de España y Portugal, dos países eminentemente agrícolas y ganaderos. Y en vez de conseguir nuevos mercados para comercializar los sobrantes de nuestros productos, como pensábamos a priori, (y de ahí nuestro desmedido interés en entrar en la Comunidad Económica Europea), lo que ocurrió es que nos pusieron restricciones a nuestra producción de algodón, cereales, vino, carne, leche, etc., obligándonos, incluso, a arrancar viñedos de vinificación y a sacrificar una gran cantidad de vacas lecheras, para ajustar nuestra producción, restrictivamente, a las cuotas que nos imponían desde Bruselas. Nuestro gozo quedó en un pozo. Había sido peor el remedio que la enfermedad. Esto no quiere decir, en modo alguno, que fuera errónea nuestra incorporación a la Europa Comunitaria. Entendemos que España hizo lo que debía y que hubiera sido un error imperdonable, el quedarnos fuera. Pero estaba claro era que la agricultura española, no podía competir, en igualdad de condiciones, con la agricultura comunitaria, mucho más moderna y tecnificada, donde con muy pocos hombres, producían mucho.

Y a partir de esos momentos, la agricultura ilicitana, entró en una franca decadencia, decadencia que se acentuó mucho más aún, durante los cinco años de sequía que padecimos entre los años 1.991-1.996, que ni llovía ni había agua para riego, que trajo consigo la pérdida del 50% de los cultivos arbóreos del campo de Elche y la falta de cosechas en los cultivos hortícolas y herbáceos.

Y el campo de Elche, que hasta entonces había sido un auténtico vergel, empezó a desertizarse: árboles secos, tierras incultas y abandonadas, ofrecían una panorámica, francamente, desoladora.

Y esa fuga de agricultores jóvenes ilicitanos, hacia la población, que se había iniciado unos años antes, se incrementó mucho más aún, ya que a la baratura de los productos agrarios, había que añadir ahora la merma de producción, a causa de la sequía. Esta merma de producción de la agricultura española, no propició un aumento en los precios de los productos agrarios, ya que la producción en el conjunto de la Europa Comunitaria, era más que suficiente para abastecer todos los mercados comunitarios. Quedaba meridianamente claro, que la agricultura española, de año en año, iba perdiendo protagonismo y relevancia en la agricultura comunitaria. También era evidente que el papel que le habían asignado a España desde Bruselas, después de su incorporación a lo que se conoce hoy como la Unión Europea, era la de ser receptora de los muchos millones de pensionistas y jubilados comunitarios, que querían pasar aquí los últimos años de su vida, gozando de la bondad de este clima, en las costas mediterráneas. En eso, ninguna nación europea, podía competir con nosotros, y por consiguiente, jugábamos con ventaja, respecto a todos los demás miembros comunitarios. Por consiguiente deberíamos olvidarnos de la agricultura y fomentar el turismo. De esa manera, en el espacio de pocos años, España pasó de ser un país eminentemente agrícola y ganadero, como lo había sido siempre, a ser un país turístico por excelencia, (el segundo del mundo, después de Estados Unidos , en cuanto a la llegada de turistas extranjeros), siendo el turismo la mayor industria del país, generadora de riqueza y de puestos de trabajo, quedando la agricultura relegada a un cuarto o quinto puesto, como sector productivo.

Hasta hace pocos años, habían unas comarcas agrícolas españolas, (las huertas de Valencia, de Murcia, del Delta del Ebro, los extensos olivares andaluces, los frutales leridanos, etc.,) que eran el orgullo de nuestro país y la envidia de Europa. Pues bien. Ahora, todo eso cuenta menos en nuestra economía y se le presta menos atención, por parte de la Administración. Ahora, lo que se atiende y mima por los poderes públicos, son las zonas turísticas de Baleares, Canarias y toda la Costa Mediterránea, desde los Pirineos hasta Portugal, a donde van la mayor parte de los turistas extranjeros y dejan sus divisas.

Esa es una realidad incuestionable que está ala vista de todo el mundo que quiere verla.

Mientras la agricultura languidece lentamente, con un futuro desesperanzador, dentro de esa economía globalizada, con unas fronteras abiertas de par en par, para las personas, los capitales y las mercancías, pueden circular de unos paises a otros, libremente, y sin apenas restricciones de ningún tipo.

Elche entró en la década de los años 90 con un empuje y una prosperidad envidiable, gracias a la bonanza económica general que gozaba toda Europa y a la iniciativa y al espíritu emprendedor de los ilicitanos, que habían hecho de la industria del calzado, un auténtico emporio de riqueza y prosperidad. Y aunque los habitantes de Elche, se habían estabilizado alrededor de los 190.000, el casco urbano de la población, se iba desbordando en toda su periferia, creándose nuevos barrios, con calles anchas y mejores dotaciones y con unas viviendas más cómodas y habitables, que subían de precio de año en año, en un Elche, que se iba ensanchando y embelleciendo a ojos vista. El sector de la construcción, fue muy boyante en Elche, en la segunda mitad de la década de los años noventa.

El número de coches matriculados en Elche, en los últimos años de la década de los noventa, superó, con creces, los cien mil, (y muchos de ellos, de los modelos más caros y lujosos), prueba evidente de la pujanza y la riqueza de la población.

Esta superabundancia de vehículos, hacían muy complicada la circulación por las calles de la ciudad, así como su aparcamiento, a pesar de los muchos aparcamientos subterráneos que construía el Ayuntamiento, en todas las zonas de la ciudad y de los muchos particulares que se construían en todos los grandes bloques de viviendas. El comprar un automóvil estaba al alcance de cualquier economía familiar. Pero el poder aparcarlo, adecuadamente, en las calles de Elche, eso ya era más difícil y complicado. En el número de vehículos, como en otras muchas cosas, Elche estaba a la cabeza de todas las ciudades de sus mismas características y número de habitantes.

En el año 1.993, murió María García, a la edad de 91 años. Este fallecimiento supuso un duro golpe para su esposo, Ramón López, después de 63 años de convivencia matrimonial.

A partir de esos momentos, el anciano Ramón quedó bajo el cuidado de su hijo Pascual y su nuera, que vivían en la misma casa de campo. En cuanto a su nieto Ramón, que había estudiado biología, en la Universidad de Murcia, y que había cumplido ya 37 años de edad, desde hacia 8 años, enseñaba ciencias biológicas en un Instituto de Elche.

Durante el quinquenio de la sequía de los noventa, la finca de los López del Llano de San José, no pudo regarse, prácticamente nada. Por tal motivo, los almendros se secaron y hubo que arrancarlos todos. Y como Pascual, que cultivaba aquellas tierras, se jubiló, también por aquellos años, y no tenía descendientes que se dedicaran a la agricultura, estas tierras dejaron de cultivarse y se abandonaron.

Así las cosas, en la Revisión del Plan General de Urbanismo de 1.996, la finca de los López, se convirtió en terreno urbanizable y de sus ochenta tahúllas de extensión, 60.000 metros cuadrados se convirtieron en solares edificables. Desde que se aprobó este nuevo Plan de Urbanismo, los agentes inmobiliarios y los constructores, no cesaban de ofrecerles ofertas de compra, para aquellos terrenos cuyo valor comercial, de la noche a la mañana, había subido como la espuma. La familia de los López, de momento, se negaba a la venta, con la seguridad de que cada día que pasaba, aquellos solares se iban revalorizando aún más, dada la fuerte demanda que tenían. Pero fue tal la presión compradora y tan altos los precios ofertados, que al final cedieron y de acuerdo el abuelo Ramón, sus dos hijos, Rosa y Pascual y su nieto Ramón, decidieron vender la propiedad, a un grupo de empresarios, que pensaban construir allí un complejo industrial, por la cantidad de 814 millones de pesetas.

Aunque esta cantidad de dinero recibida, colmaba todas las aspiraciones económicas de la familia, el único que lamentó la venta, fue el anciano Ramón, que se vio precisado a abandonar sus tierras y su casa, heredadas de sus padres, donde había vivido y trabajado toda la vida. Pero fue por poco tiempo, ya que como dijimos al principio de esta historia, murió el día 27 de Diciembre del año 2.000, tres meses después de inaugurarse el Puente del Bimilenari que cruza el Vinalopó al norte de la ciudad, y que se ha

convertido en un punto de referencia de este Elche dinámico y pujante, que entra en el siglo XXI pisando fuerte, en todos los aspectos y sentidos, gracias al dinamismo y a la iniciativa de los ilicitanos, que son capaces de alcanzar las más altas metas, cuando se lo proponen. A este Elche que mira el futuro, esperanzadamente, consciente de sus posibilidades y de sus capacidades de iniciativa y de trabajo, de la sociedad ilicitana, como lo ha demostrado, en ocasiones anteriores.

Mientras tanto, la familia de los López, en el espacio de pocos años, habían pasado de ser unos sencillos agricultores, con escasos ingresos, a convertirse en multimillonarios, gracias a haberse convertido en solares, unos terrenos rústicos, que hasta entonces, solo habían tenido un aprovechamiento agrícola, de escaso rendimiento económico.

En el lugar que ocupaba la casa de campo, donde había vivido la familia, durante más de 100 años, estaba programado construir una plaza pública ajardinada, con una fuente en el centro, con un diseño modernista, muy original.

En cuando al resto de las 80 tahúllas de la finca, se habían urbanizado, con un cuadriculado de calles anchas, con todos los servicios necesarios en cuanto alcantarillado, bordillos para las aceras, farolas para el alumbrado público, etc. En cuanto a la planificación urbanística, se podían construir bloques de viviendas de cinco plantas, con los consiguientes locales comerciales, en todo tipo de actividades.

La expansión urbanística de la ciudad de Elche, en toda su periferia, de unos años a esta parte, habían absorbido centenares de hectáreas de terreno rústico, como había ocurrido con la finca de los López, que había dejado de ser una explotación agraria, para convertirse en solares urbanizables, con la consiguiente revalorización. Era el signo de los nuevos tiempos, en los umbrales del siglo XXI.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CANARIAS PRETURISTICA

De unos años a esta parte, Canarias vive por y para el turismo. Tanto es esto así, que el 70% del Producto Nacional Bruto del archipiélago, procede del turismo y más del 50% de los puestos de trabajo, los proporciona el sector turístico.

Y esta riqueza y desarrollo turístico, en mayor o menor medida, abarca a todas las islas, desde Tenerife, que es la más grande, hasta Hierro, que es la más pequeña.

En Canarias, las temporadas altas, en lo que al turismo se refiere, comprenden los meses de Invierno y Verano, mientras la Primavera y el Otoño, son temporada media y baja, según los meses de que se trate. El turismo canario, se divide casi a partes iguales, entre el turismo nacional y el turismo extranjero, procedente de los más variados paises de los cinco continentes, aunque mayoritariamente, proceden del Reino Unido y de Alemania.

Los atractivos turísticos de Canarias, son muy variados y van desde el turismo de sol y playas, hasta el turismo cultural y paisajístico. Las mejores playas de Canarias, están situadas al sur de las Islas de Tenerife y de Gran Canaria y al este de Fuerteventura. Las de Tenerife son de arenas oscuras y volcánicas y las de Gran Canaria y Fuerteventura tienen arenas blancas y limpias.

En cuanto al turismo cultural, lo más sobresaliente son los Carnavales de Tenerife, las fiestas del Corpus en la Orotava, con sus alfombras de flores y cenizas volcánicas, su rico folklore y las peculiaridades específicas de su gastronomía. Y siendo muy importantes estas facetas turísticas de Canarias, entendemos que debemos hacer hincapié en los atractivos paisajísticos del archipiélago, que van desde la más bella y exuberante vegetación del Valle de la Orotava, hasta la más desolada y árida sequedad de los Parques Nacionales de Timanfaya y las Cañadas, en las Islas de Lanzarote y Tenerife. De la gran diversidad de paisajes que existen en Canarias, nos da idea el que la mitad de los Parques Nacionales del país, están situados en este archipiélago, (las Cañadas, en Tenerife; Timanfaya, en Lanzarote; Gara Jonay, en la Gomera y la Caldera de Taburiente, en la Palma). Dentro de esta variedad paisajística, se puede pasar desde los parajes más áridos y adruptos, como son los llamados «malpaises», (extensiones de lava volcánica petrificada), hasta los valles más verdes y umbrosos, que se pueden considerar auténticos paraísos, como son algunos rincones del norte de las Islas de Tenerife y Gran Canaria.

El símbolo más representativo de Canarias, es el Teide, montaña cónica, de 3.718 metros de altura, que se yergue mayestático en la concavidad de las Cañadas y que es un volcán inactivo, (la última erupción de este volcán tuvo lugar en 1.809), y cuya cúspide, durante los meses invernales, está siempre cubierta de nieve. El Teide, está presente en el folklore canario, de una manera destacada, como se manifiesta en esa «folía» que dice: «Todas las Canarias son / igual que el Teide gigante / tienen nieve en el semblante / y fuego en el corazón».

Cuando el «boom» turístico tomó carta de naturaleza en Canarias, montaron un funicular, que llega desde la base del cono, hasta casi la cúspide del volcán, para que los turistas puedan acceder con facilidad hasta lo más alto. En temporadas altas, se forman largas colas, en el punto de salida, para poder acceder a las cabinas, que tienen una capacidad, para 30 pasajeros. Yo realicé esta ascensión en el año 1.980 y me traje unas piedras de azufre de la misma boca del volcán, que tiene más de 100 metros de diámetro. Después prohibieron, tajantemente, que los turistas recogieran piedras de la boca del volcán y se las llevaran como «souvenirs».

Desde lo más alto del Teide, en los días claros de sol, se pueden ver todas las islas y las costas africanas, y contemplar desde allí una salida de sol, constituye un espectáculo de singular belleza.

Con tantas bellezas y atractivos, es lógico y normal que las Islas Canarias constituyan uno de los paraísos turísticos más importantes de España y que reciben unos 10 millones de turistas al año, tanto nacionales como extranjeros. Claro está que para poder acoger adecuadamente a tan gran cantidad de turistas, tuvieron que crear las infraestructuras necesarias, (vías de comunicación, hoteles, flotas de autobuses, aeropuertos, etc.), para que todos estos turistas se encontraran a gusto y lo pasaran bien, y a ser posible que repitiesen estancia.

La expansión turística en Canarias, lo mismo que ocurrió en Baleares y en las Costas Mediterráneas Peninsulares, se inició en los años 60, antes de esas fechas, el Archipiélago Canario era una zona dedicada casi exclusivamente, a la agricultura, aunque la actividad pesquera también tenía una cierta relevancia.

Los que tuvimos la oportunidad de conocer lo que era la Canarias preturística, pudimos comprobar el papel decisivo que jugó el turismo en el desarrollo económico y social del archipiélago, hasta tal punto, que la Canarias de hoy, no tiene el menor parecido con la Canarias de hace 50 años.

La primera vez que yo pisé suelo canario, fue en el mes de Septiembre de 1.941. Hicimos el viaje por mar desde Cádiz, a bordo del navío «Ciudad de Salamanca» y desembarcamos en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife, después de 40 horas de travesía, travesía que para mí, fuá un auténtico calvario, pues a pesar de que el mar estaba bastante tranquilo, tuve que estar todo el tiempo acostado, incluso durante las comidas, pues en el momento que levantaba la cabeza, me entraban vómitos y aumentaba el mareó. Esta circunstancia tan desagradable, no me afectó a mi solo, si no también a la mayor parte de los componentes de la expedición, que totalizábamos unos 200 hombres, (dos Compañías del 91 Batallón Disciplinario), que desde el Campo de Concentración Unamuno, situado en las afueras de Madrid, nos mandaron a Canarias a construir carreteras. Lógicamente, todos los componentes de este Batallón, éra-

mos represaliados políticos, por desafectos al régimen nacido de la Guerra Civil. Ni que decir tiene que íbamos escoltados por un destacamento del Ejército de Infantería, que se encargaba de nuestra vigilancia y custodia.

Cuando desembarcamos en Tenerife, la expedición se dividió en dos mitades: una Compañía la destinaron a la isla de Fuerteventura y la otra se quedó en Tenerife. Yo pertenecía a la Compañía que se quedó en Tenerife, donde permanecí hasta el mes de Marzo de 1.943, es decir, 19 meses. Durante este tiempo, tuve la oportunidad de recorrer una gran parte de la isla, pues nos trasladaron a varios lugares siempre con el mismo cometido: hacer la explanación de varias carreteras, en el centro y en la parte oeste de la isla, frente a la Gomera.

Cuanto tuve conocimiento de que nos destinaban a Canarias, me alegré mucho, ya que Canarias era para mí, algo mágico, unas islas de ensueño, que se conocían con el nombre de las «Islas Afortunadas», un auténtico paraíso, por su clima benigno, por sus bellezas naturales, donde sus habitantes nadaban en la abundancia y tenían una vida fácil, rodeados de riqueza y de exuberante vegetación. Hay que tener en cuenta que en aquellas fechas, la mayor parte de los peninsulares, entre los que me incluía yo, teníamos unos conocimientos muy escasos de la auténtica realidad de Canarias. Lo único que sabíamos a ciencia cierta, era que de Canarias venían los plátanos y algunas marcas de tabaco, y muy pocas cosas más. Entonces, entre la Península y Canarias había muy poco trasiego de gente, pues hay que tener en cuenta que la aviación comercial, aún estaba en pañales y los desplazamientos, en uno y otro sentido, había que realizarlos por vía marítima, lo que era más lento y dificultoso. Ni siquiera los soldados peninsulares hacían la mili en Canarias, la mayor parte de ellos, ni los canarios venían a la Península a hacer el servicio militar, en la mayoría de los casos.

A los pocos días de estar en Tenerife, me di cuenta que la cruda realidad de Canarias, era muy diferente al concepto mágico que yo me había formado de las islas, sobre todo, en como vivían la mayoría de sus gentes. Desde luego, las bellezas paisajísticas de Tenerife, eran superiores a lo que yo me había imaginado. Y lo mismo se puede decir de la fertilidad de sus tierras y de la benignidad

de su climatología, donde la temperatura media de todo el año, al nivel del mar, oscila alrededor de los 23 grados, siendo muy raro que baje de los 20 y supere los 28. No es exagerado decir que en Canarias, todo el año es Primavera.

Pero, a pesar de la benignidad del clima y de la fertilidad de la tierra, los canarios, que en su inmensa mayoría, trabajaban en la agricultura, llevaban una vida bastante mísera y tenían muy pocos ingresos.

La agricultura canaria de aquellos tiempos, era muy variada, pero habían tres cultivos mayoritarios más relevantes: los plátanos, el tabaco y los tomates. La mayor cantidad de estos tres productos, se consumían en los mercados nacionales y en los de otros paises europeos. También abundaban mucho las patatas que exportaban al Reino Unido, lo mismo que un gran porcentaje de los tomates que cosechaban.

Pero el producto agrícola más abundante de las Canarias, eran los plátanos, producto exportable por excelencia, desde principios del siglo XIX.

El territorio canario, es excesivamente montañoso, excepto Fuerteventura, que no tiene alturas superiores a los 800 metros, sobre el nivel del mar. En estos terrenos tan quebrados, en el interior de las islas, los pueblos y caseríos estaban bastante aislados, unos de otros, lo que propiciaba la incomunicación entre los diferentes asentamientos humanos, al carecer de una red de comunicaciones apropiada, para facilitar el trasiego de gentes de unos lugares a otros. En estas circunstancias, era lógico y normal, que casi el único animal doméstico que usaban los agricultores canarios, de aquellos tiempos, fueran los camellos, tanto para labrar sus pequeñas explotaciones agrarias, (en la mayoría de las zonas, la propiedad rústica era minifundista), como para trasladar los productos cosechados de unos lugares a otros. El camello era un animal polivalente, y de gran utilidad por su mansedumbre, fácil mantenimiento y gran resistencia al esfuerzo físico. El tener más o menos camellos, era prueba evidente del estrato social de los agricultores canarios. A mayor número de camellos, mayor importancia económica y social tenía la familia campesina poseedora de los mismos, pues se convertían en signos externos de riqueza y bienestar.

La utilidad del camello, llegaba al extremo de emplearlo también para trasladar a los novios y acompañantes, desde el domicilio particular, en las zonas rurales, hasta la Iglesia del caserío, donde se celebraba la boda, formando un cortejo muy pintoresco y llamativo. Yo tuve la oportunidad de contemplar uno de estos cortejos nupciales, en que la novia, vestida de blanco, con un ramo de lirios del mismo color, iba delante, montada en un camello, seguida del novio, padrinos y acompañantes, a lomos también de camellos, transitar por las calles de Vilaflor de Chasna, (el pueblo más alto del archipiélago, ya que está situado a más de 1.200 metros de altura, sobre el nivel del mar), hasta llegar a la puerta de la Iglesia, que estaba situada, en la Plaza Mayor del pueblo, donde les estaba esperando el cura, que tenía que celebrar la ceremonia del casamiento. Cuando llegaron a la puerta de la Iglesia, a la voz ritual de un hombre que decía «fúchate, camello...», uno a uno, arrodillándose primero, de las patas delanteras y después de las traseras, facilitaron la descabalgadura de los viajantes, que penetraron en la Iglesia precedidos de los novios y los padrinos, quedándose los animales aparcados, como hoy se quedan los automóviles, en similares ocasiones. Y una vez finalizadas las ceremonias matrimoniales, montaron todos de nuevo, en sus correspondientes cabalgaduras, emprendiendo el camino de regreso a sus lugares de origen, por caminos y senderos escarpados, en aquellos parajes quebrados y agrestes.

Por aquellos tiempos, en las zonas rurales, a las niñas, desde su más tierna infancia, se les acostumbraba a llevar peso sobre la cabeza, hasta tal punto, que cualquier objeto que trasladaran, pudiéndolo llevar en las manos o sobre las espaldas, lo llevaban sobre la cabeza, con enorme seguridad, por la costumbre y agilidad con que se movían. Entendemos que esta costumbre, al transcurrir el tiempo, ocasionaría daños en la columna vertebral de estas mujeres, por muy acostumbradas que estuvieran. En cambio, los hombres, cuando tenían que llevar algún objeto pesado, lo llevaban sobre el hombro o sobre las espaldas, pero nunca sobre la cabeza.

Otra característica congénita de los canarios de las zonas rurales, en aquellos tiempos, era que las mujeres, en términos generales, se manifestaban más superactivas que los hombres, en sus actividades diarias. A la pasividad y abulia de los canarios, Unamuno,

que pasó largas temporadas en las islas, lo llamaba «aplatanamiento». Y esta realidad era constatable en la vida diaria de las gentes, ya que era muy corriente ver que mientras las mujeres se les veía siempre ocupadas, no solamente en los trabajos domésticos, si no también en otras actividades, los hombres estaban inactivos y sentados, tranquilamente, a la puerta de sus casas, solos o acompañados de los vecinos, charlando y pasando el rato. Desde luego, el alma mate de aquellos hogares campesinos canarios, eran las mujeres, mujeres generadoras de familias numerosas, que envejecían prematuramente, a consecuencia de haber tenido muchos hijos y amamantarlos a todos, durante muchos meses, con el consiguiente deterioro físico.

Lo normal y corriente, en aquellos ambientes, en parejas de novios, era que el chico, antes de irse al servicio militar, se llevara la novia de casa de sus padres y que se acostara con ella, devolviéndola acto seguido. Así las cosas, cuando el novio terminaba el servicio militar, se casaban y se iban a vivir juntos, donde podían. De esta manera, los padres de la novia, no le hacían ajuar, ahorrando los costos correspondientes. De ahí el que no les pareciera nada censurable el que las cosas ocurrieran de esa manera, ya que se había convertido en una costumbre aceptada por todos, aunque las más perjudicadas fueran las mujeres, que tenían que apechugar con los mayores sacrificios y penalidades.

De esta manera, no tenía nada de extraño, el que las chicas casaderas de aquellos tiempos, mostrasen sus preferencias por los «peninsulares», a la hora de elegir novio, para poder salir de aquellos ambientes y liberarse de aquellas costumbres que tanto les perjudicaban en su desarrollo vital como personas. Tanto era esto así, que si alguno de nosotros, mostraba simpatías por alguna de aquellas muchachas, con las que teníamos la oportunidad de entablar conversación, se mostraban muy receptivas y dispuestas a iniciar unas relaciones más intimas, a pesar de su total desconocimiento de nuestro pasado y de nuestra situación familiar y profesional, en nuestros lugares de origen. La cuestión era salir de aquellos ambientes de la forma que fuera. En algunos casos, aquellas incipientes relaciones amorosas, entre algunos componentes del Batallón 91 y las muchachas del lugar, llegaron a formalizarse y terminaron en boda, cuando los «peninsulares», finalizaron sus obligaciones «militares»

y recuperaron su plena libertad de movimientos, al normalizarse su situación personal. En estos casos, las muchachas que se casaban con los peninsulares, se iban a vivir a los lugares de origen del novio. Para estas chicas, aquello era una verdadera liberación.

Como en las zonas rurales, la mayoría de las gentes, disponían de pocos medios de vida, la única alternativa de que disponían para mejorar su situación económica y social, era la emigración. Ocurría allí, poco más o menos como lo que pasaba en Galicia, con la diferencia de que los gallegos orientaban su emigración, preferentemente hacia Cuba, mientras los canarios, cuando tenían que emigrar, casi todos ellos, se dirigían a Venezuela. Allí estaban unos años y al cabo de los cuales, regresaban a Canarias, con más o menos fortuna, según la suerte o las circunstancias personales de cada cual. En aquellos tiempos, las colonias de canarios en la América Latina, en general, y en Venezuela en particular, eran muy numerosas. Tantos canarios había en el territorio venezolano, que a Venezuela se le llamaba la octava isla canaria. Muchos de estos canarios que emigraban a Venezuela, si conseguían alcanzar alguna actividad lucrativa, se establecían allí y no regresaban a su tierra nunca, enraizándose en el país que les había facilitado unas condiciones de vida más favorables de las que tenían en sus lugares de origen.

Cuando en un pueblo, en una zona o en un país, una gran cantidad de sus gentes se ven forzadas a emigrar al extranjero, para tratar de mejorar, en todos los aspectos, su situación personal y familiar, como ocurrió en Canarias, durante muchas generaciones, es una prueba fehaciente de que en esos lugares, las condiciones de vida que llevaban, eran, bastante indignas como personas, ya que nadie emigra por gusto y por placer, abandonando a sus familiares, a sus amigos, a su ambiente, a su cultura, en un desarraigo total. De ahí el que referirse a Canarias como a las «Islas Afortunadas», como se les conocía entonces, más que como una realidad virtual, sonaba casi como a escarnio, para esa gran cantidad de sus gentes, que tenían que emigrar al continente americano, por que en su tierra no podían vivir dignamente, del producto de su trabajo.

Como hemos dicho antes, el clima y la fertilidad del suelo en Canarias, son inmejorables para propiciar una agricultura próspera y diversa, pero la escasez de recursos hídricos, es un gran incon-

veniente, para que ese desarrollo agrícola alcance su plenitud, ya que no existe ningún río y la pluviometría es muy baja, particularmente, en la parte sur de todas las islas. De esta manera, los únicos recursos hídricos de los que se disponían entonces, (en la actualidad han montado depuradoras de agua en algunos pueblos de la costa, para desalinar las aguas del mar), eran las aguas subterráneas, algunas de ellas situadas a gran profundidad, en el interior de las montañas, y que mediante pequeñas tuberías, bajaban a las laderas y las hondonadas, para regar los cultivos, con la particularidad de que en la mayoría de los casos, los dueños de estas aguas, no eran las mismas personas que poseían las tierras, y por consiguiente los intereses de unos y otros, eran contrapuestos y estaban enfrentados. A los dueños de las tierras, como en todas partes, les llamaban terratenientes y a los dueños del agua, aguatenientes, que trataban de vender su preciado producto al mayor precio posible, hasta tal punto que al agricultor el precio le resultaba prohibitivo, para que su explotación agraria, de pequeñas dimensiones, le resultase rentable.

En ninguna otra zona agrícola española, se aprovechaba tanto el agua de riego, como lo hacían los canarios de aquellos tiempos, obligados por la escasez y por los elevados precios que tenían que pagar por el líquido elemento. Este total aprovechamiento, llegaba al extremo (entonces, el sistema de riego localizado por goteo, no se conocía aún), de regar los tomates y el tabaco arroyo por arroyo y las plataneras se regaban una a una, en unos bancales de unos 6 metros cuadrados, cada uno, mediante unos cauces de obra, de pequeñas dimensiones, formando una tupida red por toda la explotación, por las que discurrían unos caudales de unos 6 litros por segundo, aprovechando hasta la última gota de agua.

En algunas zonas regables, el agua procedía de unas galerías subterráneas, que estaban situadas a 15 0 20 kilómetros de distancia. Y estos pequeños caudales se almacenaban en unos depósitos circulares de mampostería, hasta conseguir las reservas suficientes para poder regar los cultivos, de la forma que hemos descrito anteriormente.

Debido a lo quebrado del terreno, el suelo cultivable, se distribuía de una manera escalonada, por todas las laderas montañosas, construyéndose muros de piedra a cada uno de estos escalones, para

contener el suelo, muros construidos con gran maestría y perfección, y que suponían un gran esfuerzo y un elevado costo en mano de obra, para los propietarios de estos terrenos, generalmente, minifundistas. Pero tenían que hacerlo así, por pura y simple necesidad, ya que era la única forma que tenían de poder subsistir del producto de su trabajo, cultivando aquellas tierras tan generosas y productivas, pero que por sus características morfológicas, su aprovechamiento resultaba muy complicado. Con esta distribución del terreno, en algunas zonas del norte de las islas de Tenerife, Gran Canaria y la Gomera, las laderas montañosas, se convertían en auténticos vergeles, donde las plataneras y otros cultivos hortícolas, tenían un aspecto deslumbrante. La zona más productiva de Canarias, en aquellos tiempos, era el Valle de la Orotava, donde se producían más del 50% de todos los plátanos que se cosechaban en el archipiélago, en una franja de terreno que iba desde la orilla del mar hasta unos 500 metros de altura, alrededor del pueblo del Puerto de la Cruz, que con el paso del i tiempo, se convertiría en el complejo turístico más importante de Canarias.

El Valle de la Orotava, hasta que con la llegada del turismo, se llenó todo de hoteles y urbanizaciones, era un lugar de los más bellos y admirables del mundo, como lo testificaron varios ilustres viajeros extranjeros, que tuvieron la oportunidad de conocerlos a finales del siglo XIX y principios del XX, dejando testimonios escritos de su admiración y de sus elogios. Humboldt, eminente naturalista alemán, que viajó por medio mundo, cuando vio por primera vez el Valle de la Orotava, a principios del siglo XIX, se quedó tan admirado, que exclamó: «un lugar tan maravilloso y admirable como este, hay que contemplarlo de rodillas», recalcando que los únicos lugares que se podían comparar en belleza al Valle de la Orotava, era el Valle de Cintra, cerca de Lisboa, donde los Reyes Portugueses, poseían un hermoso palacio, que utilizaban como residencia de Verano.

Las gentes de las zonas rurales de Canarias, antes de la llegada del turismo, al revés de lo que ocurría en todas partes, no conocían el pan como principal elemento nutritivo, sustituyéndolo por pellas de gofio.

El gofio, es harina de maíz, de cebada o de trigo, que ha sido tostado previamente, costumbre heredada de los guanches, que fueron los primitivos pobladores de las islas. En los museos paleontológicos de Canarias, aún se conservan los molinillos de mano, compuestos de dos piedras planas, que empleaban los guanches para moler el grano tostado, del que obtenían el gofio, que era su principal sustento.

Los trabajadores del campo, continuando esa costumbre ancestral, heredada de los guanches, cuando salían por la mañana al trabajo, llevaban consigo un poco de gofio en un recipiente y a la hora de comer, ponían un poco de esta harina, dentro de la piel de un cabrito, en forma de zurrón y añadiéndole un poco de agua, lo agitaban, para que se mezclara, formando una especie de papilla compacta, que con la mano derecha presionaban fuertemente sobre el muslo, hasta que se convirtiera en una pella, que empleaban para sustituir al pan. Estas pellas de gofio, acompañadas de pescado salado, «papas arrugas», (patatas hervidas al vapor, con un poco de sal), y alguna fruta de postre, solía ser el menú normal y corriente de los trabajadores del campo canario.

En la actualidad, incluso en los hoteles más lujosos, cuando tratan de rememorar la cocina canaria tradicional, ponen gofio a los comensales, para que lo prueben, aunque a los que no están acostumbrados a este tipo de comidas, el gofio les resulta muy poco apetecible y hasta indigesto.

Como hemos dicho al principio de este relato, estuve en Tenerife más de año y medio, entre 1.941 y 1.943, formando parte del 91 Batallón Disciplinario. Después volví como turista en 1.979 y 1.980, a los mismos lugares donde había estado 37 años antes, cuando ya el turismo había tomado carta de naturaleza y el archipiélago había cambiado mucho, en todos los aspectos y sentidos. Posteriormente, volví de nuevo a Canarias, 8 años seguidos, entre 1.985 y 1.994, formando parte de la Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo, que organizaba unas convenciones y simposiums sobre desarrollo turístico, que tuvieron lugar en las principales islas. Estos repetidos viajes, me han dado pie para escribir una gran cantidad de artículos periodísticos y un libro monográfico, titulado *Las Islas Canarias, vistas por un peninsular*,

en el que se relata, detalladamente, todo lo más relevante de Canarias, desde el punto de vista turístico, paisajístico y cultural, recalcando, sobre todas las cosas, mi afecto y apasionamiento por Canarias, particularmente por sus gentes, abiertas y entrañables, que nos trataron tan bien, en los tiempos en que estuvimos allí, construyendo carreteras, en calidad de penados políticos.

Tanto ha sido esto así, que mientras viva yo llevaré a Canarias en el corazón. Pero a la Canarias de hace 60 años, con sus bellezas paisajísticas y con el comportamiento tan entrañable de sus gentes, sencillas y solidarias, tan diferente a las Canarias de nuestros días, con su gran afluencia de turistas del resto de España y de otros lugares de allende de nuestras fronteras, que han puesto un barniz de cosmopolitismo, sobre la faz intrínseca de lo que fue en otros tiempos, con sus peculiaridades y sus esencias, con su tipismo y su cultura ancestral, que está también reflejada en su rico folklore, que se va difuminando a pasos agigantados, barrido por los vientos de la modernidad y de las nuevas circunstancias, que han revolucionado las costumbres y las formas de vida de sus gentes.

De aquella Canarias preturística, hoy solo queda un vago recuerdo en la memoria colectiva de las nuevas generaciones que no la conocieron, y que solo tienen de ellas, referencias escritas en los libros de historia o en las crónicas de los periódicos de entonces, que se conservan en los archivos y en las hemerotecas.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

Antonio Machado, el notable poeta andaluz, en uno de sus más famosos poemas, en los que hacía balance de su vida lo empezaba diciendo: «Mi infancia, son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro, donde madura el limonero...». De la misma manera, yo podría decir: mi infancia son recuerdos del barrio del Raval, donde nací el 6 de Septiembre de 1.916 y pasé los primeros años de mi vida.

Es curioso lo que nos suele ocurrir a las personas, cuando ya se nos van cargando los años y nos hacemos mayores, y que parece un contrasentido: que nos acordamos más de ciertas cosas de poca relevancia que nos ocurrieron en nuestros tiempos infantiles, que de otros hechos o acontecimientos más importantes que ocurrieron con posterioridad y de los que fuimos protagonistas directos, que se borran de nuestra memoria con más facilidad, hasta sumirse en el olvido más absoluto. Tal vez sea por que en nuestra infancia, los entresijos de nuestro cerebro tengan mayor capacidad de asumir y retener determinados recuerdos, de una manera indeleble y que no olvidaremos nunca, por muchos años que vivamos. Lo cierto es que yo recuerdo muy bien, como si hubiese ocurrido hace pocos, meses, cuando a la edad de seis años y medio, concretamente, el día 31 de Enero de 1.923, mi madre, cogiéndome de la mano, me dijo:

«Anémone a vore el Rei, que ve a inaugurar el Canal de Riegos de Levante». En efecto, en esa fecha, y sobre mediodía, llegó la Caravana Real a la entrada del Acueducto de Tercer Canal, que cruza el Vinalopó, en las proximidades de la población, (procedentes del Ayuntamiento, donde el Alcalde de Elche, Tomás Alonso Blasco, junto con toda la Corporación Municipal y la elite de la Sociedad Ilicitana, le habían hecho una recepción oficial), para inaugurar, oficialmente, las instalaciones de la Real Compañía de Riegos de Levante, en aquella fría mañana invernal. Recuerdo como abrió la compuerta con sus propias manos, para que las aguas penetrasen en el Acueducto y continuasen en dirección a Torrellano. A partir de esos momentos, a esa compuerta se le llamó la «Compuerta del Rey».

Recuerdo también, que el Rey iba vestido de Uniforme militar y caminaba a grandes zancadas, obligando a los componentes de su séquito a caminar muy deprisa, para no quedarse rezagados. En esa inauguración, estuvieron presentes también, además de las altas personalidades políticas nacionales, todos los hombres más representativos del agro ilicitano, entre los que no podían faltar, los Alcaldes Pedáneos de las Partidas Rurales, que se mostraban contentos y alborozados por la llegada de las aguas dulces, a la mayor parte de las tierras cultivables del campo de Elche, que hasta entonces habían sido de secano o se regaban con aguas salitrosas de mala calidad, distribuidas por la Acequia Mayor del Pantano, en la margen izquierda del Vinalopó y por la Marchena en la margen derecha. Aquel día fue muy gozoso para todo el campesinado ilicitano, ya que la mayor parte de sus tierras, de la noche a la mañana, habían pasado de ser secano a regadío, completando la labor iniciada 8 años antes por la Mercantil Nuevos Riegos el Progreso, que fue la entidad pionera que abrió las puertas a los modernos regadíos, en el campo de Elche, con aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo, marcando un hito importante en la agricultura ilicitana de todos los tiempos.

Otra cosa que recuerdo con toda nitidez, son los juegos infantiles con que nos entreteníamos los niños de pocos años, que eran muy diferentes a los de ahora. Entonces, los niños jugábamos en las calles, ya que no había tráfico rodado alguno, (a lo sumo, de cuando en cuando, pasaba un carro, tirado por una caballería). De esta ma-

nera, las calles, en aquellos barrios periféricos de la población, eran los escenarios naturales donde los niños jugaban, discutían y hasta se peleaban entre ellos, con más o menos violencia.

Los juegos infantiles más corrientes en aquellos tiempos, eran las canicas y las peonzas. Las canicas, eran unas bolitas de vidrio, del tamaño de una cereza y el juego consistía en introducirlas en un hoyo hecho en el piso de la calle, (que entonces era de tierra), desde una distancia de tres metros, impulsadas a ras de suelo, por un ligero golpe de los dedos índice y pulgar de la mano derecha, formando arco de ballesta, para darle impulso. Y ganaba el primero que introducía la bolita en el hoyo, en unos turnos rotativos, entre los varios niños contendientes. Era exactamente igual que el juego de golf, pero con distancias cortas y sin emplear ningún tipo de palos y la cancha de juego, era la propia calle y no una amplia extensión de mullido césped, donde se desarrolla el juego en el golf. Tanto en uno como en otro caso, los contendientes precisan de una cierta habilidad para introducir la bola en el hoyo, aunque en las canicas el juego era de un solo recorrido y en el golf de varios.

Lo del juego de la peonza, era más difícil y se precisaba de más habilidad para practicarlo. A la peonza, en el lenguaje coloquial, se le llamaba «trompa» y estaba muy enraizada en la cultura popular, hasta tal punto, que formaba parte del folklore ilicitano, ya que había una canción que decía: «Tornalí la trompa al chic, que l'ha costat dos quinzets, que s'he la comprat sa mare i son pare no sap res».

La peonza, en la parte más estrecha, tenía un clavo de hierro, de unos dos centímetros de largo y partiendo de este clavo, se liaba un hilo por la mayor parte de la «trompa», que llamábamos «llansa», que sujetábamos en la mano derecha, por el otro extremo, lanzándola al suelo, con un movimiento centrípeto, de tal forma, que la peonza, se quedara en el suelo girando sobre su eje. Entonces, tratábamos que se posara sobre la palma de la mano, que arrastrábamos por el suelo hasta que el clavo de la «trompa», se introdujera entre los dedos centrales de la mano, continuando su movimiento rotatorio, mientras le quedara impulso.

En aquellos tiempos, también existía una cierta violencia en el comportamiento habitual de los niños, a partir de cierta edad, a pe-

sar de que las películas mudas, en blanco y negro, que veíamos, muy de tarde en tarde, por cierto, no eran tan violentas ni agresivas, como las que se exhiben ahora. Nuestro ardor combativo llegaba al extremo de formar aguerridas bandas de «planeros», (por que vivían en el Plá, es decir en el barrio de San José) y «ravaleros», que vivíamos en el Raval, que nos combatíamos desde ambas márgenes de la Rambla, lanzándonos piedras, mediante unas hondas construidas por nosotros mismos, «proyectiles», que superaban los cien metros de distancia. Uno de estos «proyectiles», lanzado por el «bando enemigo», impactó en mi cabeza y me produjo una herida, cuya huella me duró muchos años. En algunos casos, las batallas entre los dos «ejércitos combatientes», eran cuerpo a cuerpo y tenían lugar en territorio neutral, que era el Puente de la Virgen. Allí se zurraban la badana de lo lindo unos y otros y después se retiraban a los «cuarteles de Invierno», alardeando de la victoria conseguida, que se atribuían los dos bandos contendientes.

En el centro de la ciudad, esas luchas callejeras entre los chicos, no existían, ya que las gentes que vivían allí, en términos generales, tenían un nivel cultural un poco más elevado, aunque las escuelas y los colegios, brillaban por su ausencia en todas partes y muy pocos niños podían acceder a ellas. De ahí el que el número de analfabetos, abarcase a un gran porcentaje de la población. En este sentido, con el advenimiento de la República, mejoró mucho la situación educativa, en España en general y en Elche en particular, ya que entre los años 1.931 y 1.933, se construyeron más escuelas en el conjunto del Estado Español, que en los 20 años anteriores.

En cuanto a la educación recibida, yo me puedo considerar un privilegiado, ya que desde los 3 a los 6 años, fui diariamente al colegio mixto, que regentaban las monjas y que estaba ubicado, en lo que es hoy el Complejo Cultural de San José, donde está el Archivo y la Biblioteca Municipal y de los 6 a los 8 años, a la «escuela» de había en la segunda planta del edificio que hay frente a la puerta principal de la Iglesia de San Juan, que regentaba un «maestro», llamado D. Jaime. En este edificio, reestructurado, está ahora la Sala Municipal de Exposiciones.

Y a partir de los 8 años, a trabajar al campo, ayudando a mis hermanos mayores y a mi padre en las tareas agrícolas. El estu-

diar, en aquellos tiempos, era un «lujo», que solo estaba al alcance de una minoría de familias que gozaban de una desahogada situación económica. Además, no existía tampoco hábito de estudios, ya que los hijos de muchas familias que podían hacerlo, no estudiaban tampoco.

En los barrios periféricos de la población, una gran cantidad de niños, entre 6 y 12 años de edad, se ocupaban como «menaors», moviendo la rueda mediante una manivela, para que «els filaors», pudieran elaborar el hilo. Estos «filaors», llevaban liado a la cintura, un cinturón de fibra de cáñamo, que iban desmenuzando poco a poco y añadiendo al hilo, que se iba torciendo, a medida que la rueda daba vueltas, impulsada por la mano del «menaor», lo que suponía para él un gran esfuerzo. El «filaor» iba retrocediendo, de espaldas, hasta una distancia de unos 25 metros, cubierta la cual, daba por finalizado el trayecto y el tramo de hilo, iniciando de nuevo el mismo trayecto desde la rueda. Y así, una y otra vez, durante horas y horas, en agotadoras jornadas de trabajo.

Cuando el niño, cansado de mover la rueda, disminuía su ritmo, dificultando la labor del hilo, el «filaor», solía decirle, en todo despectivo: «¡Mena, bort !». Y el niño, sacando fuerzas de flaqueza, continuaba moviendo la rueda, hasta recuperar el ritmo normal. Estos niños, en vez de estar educándose en la escuela o jugando con otros niños de su misma edad, estaban trabajando muchas horas al día y cobrando unas pocas monedas, por cada jornada de trabajo, en unos sueldos de pura miseria.

Estos talleres de hilado, solían estar al aire libre, en los huertos de palmeras de la periferia de la población y el hilo de cáñamo que fabricaban, lo empleaban, casi en su totalidad, en las fábricas de alpargatas que empezaban a proliferar por toda la ciudad, en el cosido de la suela, en el bordo y en las perillas.

Además de los que se empleaban como «menaors», había otros muchos niños que se ocupaban como aprendices en las fábricas y en los comercios o simplemente como recaderos. La cuestión era poder aportar algunas monedas al hogar, para contribuir al mantenimiento de la familia que, en la mayoría de los casos, disponía de muy pocos ingresos para su sustento.

En aquellos tiempos, los niños del Raval, en los primeros días del mes de Enero, ayudados por sus padres, se afanaban construyendo «haches». El «hacha», era la parte trasera de una palma seca, a la que se hacían envoltorios de «seasos», que se aprisionaban mediante hilos, para que quedaran bien sujetos. Estas «haches», la noche del 5 de Enero, los niños, las encendían en las calles, para iluminarles el camino a los Reyes Magos y que no pasaran de largo, sin dejarles regalos en las alpargatas, que dejaban en las ventanas de sus casas. Ni que decir tiene, que los regalos que nos dejaban los Reyes Magos, en aquellos tiempos, eran mucho más modestos que los que suelen dejar ahora. A lo máximo que podíamos aspirar los niños, era a que nos dejaran un caballo de cartón, de mayor o menor tamaño y alas niñas, una simple muñeca, de cartón también. La juguetería de entonces, era mucho más limitada y modesta que la de ahora.

La costumbre de les «haches», a medida que pasaba el tiempo, se fue perdiendo, paulatinamente, pero de unos años a esta parte, el Patronato Histórico, Artístico y Cultural de Elche, trata de recuperarla, lo mismo que está haciendo con «les Velles de Serra» y otras tradiciones ilicitanas, de estas mismas características, para que no se pierdan en el olvido, al paso de los años.

En aquellos tiempos, las casas del barrio del Raval, eran casi todas de una sola planta y durante el Verano, muchas familias, por la noche, sacaban la mesa y las sillas a la calle, para cenar al fresco y poder librarse así, en parte, del bochornoso calor que hacía en el interior de las viviendas. Y si pasaba algún vecino por la calle, durante la cena, saludaba, amablemente, a los comensales, con un cordial «bona nit» y continuaba su camino o hacía algún comentario sobre el tiempo o algún acontecimiento destacado de la actualidad, pues no podemos olvidar que las relaciones vecinales eran entonces, más estrechas que ahora y todos los vecinos de la calle se conocían mucho mejor y en términos generales, eran más solidarios entre sí, aunque, lógicamente, cada familia tenía sus propios problemas y sus necesidades, que trataba de solventarlas de puertas a dentro.

Por aquellos tiempos, había en Elche un cuerpo de Serenos y Vigilantes, que salían a las diez de la noche, por las calles de

su distrito, golpeando el suelo con el chuzo, para que el vecindario detectase su presencia. Si algún vecino quería madrugar, se lo comunicaba al Vigilante, para que lo despertase a la hora que le indicaba.

Los Serenos, después de media noche, voceaban la hora, después de las campanadas de «Calendura». Y además, indicaban el tiempo que hacía. Así, por ejemplo decían: «¡El Sereno... Son les dos del matí i está plovent !». Y esta retahíla la repetían hasta altas horas de la madrugada.

Estos vigilantes nocturnos, cuando llegaban las Fiestas Navideñas, repartían por el vecindario unas tarjetas felicitando las Navidades y al dorso llevaban un romance con sus buenos deseos para el vecindario. Estas tarjetas, que llevaban la figura del Vigilante, con su manojo de llaves, con su chuzo y su farol, las repartían el día de Navidad, por la mañana y los cabezas de familia correspondían con un aguinaldo, consistente en unas monedas, más o menos numerosas, en función de las posibilidades económicas o de su generosidad. Lo normal y corriente, era que estas propinas fueran bastante generosas, ya que la sintonía entre los vecinos y los vigilantes nocturnos era completa, puesto que veían en ellos a sus ángeles custodios que velaban su sueño y su seguridad, en las horas nocturnas mientras ellos descansaban en sus hogares. De ahí el que gozaran del aprecio y la simpatía de todo el vecindario.

Los serenos y los vigilantes, eran también, muchas veces, un poco cómplices y alcahuetes de algunos hombres que tenían devaneos y líos de faldas con algunas mujeres, al margen del matrimonio, dando facilidades para propiciar algunos encuentros clandestinos, amparados en la oscuridad de la noche. Claro está que en estos casos, recibían substanciosas recompensas para que mantuvieran la boca cerrada y que no se descubriese el pastel, aunque al final, estos líos de faldas siempre se aireaban y llegaban a conocimiento público, convirtiéndose en la comidilla y el chismorreo del vecindario, particularmente, entre las mujeres.

Otra costumbre que entonces estaba en plena vigencia y que al paso de los años ha desaparecido, casi por completo, era la de «les estrenes». «Les estrenes», consistían en que los niños, el día de Na-

vidad por la mañana, visitaban a sus abuelos, a sus tíos y a otros miembros mayores de su familia, que solían darles una «estrena», consistente en una cantidad de dinero, más o menos grande, según sus posibilidades o del grado de afecto que sintiesen por ellos. Si alguno de estos deudos, le daba al niño un duro en plata, aquella cantidad colmaba, con creces, todas sus aspiraciones y sus apetencias, ya que entonces, un duro era mucho dinero.

El montante de «les estrenes», los niños solíamos guardarlo en una hucha de barro, como un pequeño tesoro que considerábamos el germen de nuestro patrimonio particular, que había que conservarlo todo lo posible, hasta invertirlo en un objeto que nos fuera de suma utilidad, siempre bajo la orientación y el consejo de nuestras madres. Dada la escasez de medios económicos de que disponían la mayor parte de las familias, los caprichos de los niños, muy de tarde en tarde, se podían satisfacer. ¡Cuanto han cambiado las cosas de entonces a ahora, en esto, como en otras muchas cosas ! Hoy, la mayor parte de los niños nadan en la abundancia y pueden ver satisfechos todos sus caprichos y apetencias, al disponer sus padres de más medios económicos de los que disponían los nuestros.

También era muy corriente, en aquellos tiempos, hacer serenatas por la noche, delante de la ventana de las muchachas del barrio, en vísperas de su Santo. Estas serenatas, las ofrecían pandillas de amigos que formaban orquestinas de instrumentos de cuerda, del mismo barrio y que conocían a todas las chicas de los entornos. Si la muchacha en cuestión, no tenía novio, solía asomarse a la ventana, para agradecer a los músicos la atención que habían tenido con ella. En cambio, si estaba formalmente comprometida, ya se mostraba menos receptiva, aunque este tipo de serenatas solían hacerse solamente a las muchachas que no tenían novio.

Estas serenatas, en la actualidad, serían inconcebibles. Primero, por que en todas las calles, a cualquier hora del día o de la noche, hay tráfico de coches y resultaría peligroso estacionarse en ellas, aunque fuera con tan loable fin y segundo, que al vivir las gentes en bloques de viviendas de varias plantas sería muy complicado localizar a la muchacha homenajeada. Por otra parte, seguramente, que los otros vecinos que habitan en el mismo bloque de viviendas, se sentirían molestos, por muy agradable y melodiosa que fuera la

música que se les ofreciera. Además, hoy, los chicos y las chicas, suelen escuchar juntos, otro tipo de música más ruidosa y estridente, en las discotecas y salas nocturnas, sin necesidad de ofrecer o recibir serenatas, en cualquier noche del año.

En la época de mi infancia, había una barbería en el Raval muy popular, que estaba situada en la Calle Mayor, junto al arco que da entrada a la Plaza Principal del barrio. Esta casas de dos plantas, aún permanece en pie, tal como estaba entonces, aunque hace ya muchos años que está cerrada y deshabitada.

El dueño de esta barbería, era Ramonico Pastor, padre de Ramón Pastor Castell, el que fue, durante dos legislaturas, el primer Alcalde Democrático de Elche, entre los años 1.979 y 1.987.

Ramonico Pastor, ejercía también de practicante, cuyos estudios llevó a cabo después de casado. Ramonico Pastor era uno de los socialistas más conspicuo del Raval y anticlerical convencido, con la particularidad de que en la casa de enfrente, vivía el Tío Chinchilla, un hombre bajo de estatura y de largos bigotes, que era guarda rural y políticamente, la antítesis de Ramonico. Lógicamente, entre ambos, no existía la más mínima sintonía, aunque se respetaban mutuamente.

Su anticlericalismo quedó demostrado fehacientemente, un día en que por delante de su casa, pasaba una procesión en rogativa para que lloviese y paliase la sequía que se estaba padeciendo. Él, ni corto ni perezoso, salió al balcón y abrió un paraguas rojo, dando a entender, burla burlando, que a partir de ese momento, podía empezar a llover en cualquier instante.

La barbería de Ramonico, los Domingos por la mañana, se convertía en un auténtico Ateneo, donde se hablaba y se discutía de todo lo divino y de lo humano. Muchos hombres, después de afeitarse, se quedaban allí charlando con los demás clientes, hasta la hora del medio día, que se iban a comer a sus casas, después de haber leído los tres o cuatro periódicos que había a disposición de los clientes, tanto locales como nacionales. De lo que más se hablaba y se discutía, era de política. De la pequeña política municipal, censurando, generalmente, el comportamiento del Alcalde de turno y también de la política nacional, aunque en este caso, no todos los

clientes, hablaban con conocimiento de causa, ni tenían los suficientes datos objetivos para hablar con propiedad de la situación política del país.

A esta barbería de Ramonico, iba yo una vez al mes a «xollame». Entonces, a los chicos de mi edad, se les cortaba todo el pelo, excepto una «mexeta», que se les dejaba en la parte delantera, como único adorno capilar, y hasta que transcurriese un mes, ya no volvía a la barbería otra vez. Este servicio de barbería, valía dos «perras gordas», es decir, 20 céntimos de peseta, que en aquellos tiempos era una auténtica fortuna, ya que con esa cantidad se podían comprar dos kilos de pan de harina de trigo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EXTREMADURA PROFUNDA

Cuando en el mes de Julio de 1.938, salí de la Escuela Popular de Guerra de Paterna, con el grado de Teniente de Infantería, después de haber finalizado, con el aprovechamiento de rigor, los estudios preceptivos para tales fines, me destinaron al frente de Extremadura, al que me incorporé de inmediato. En aquellos casos, se podía solicitar al sector del frente que preferías ir destinado, según tus apetencias o prioridades. En mi caso particular, si me decanté por Extremadura, fue por la sencilla razón de que por aquellas fechas, aquel sector del frente, estaba completamente tranquilo, y por consiguiente, entrañaba menos riesgos, al menos, de inmediato. Claro está, que podía haber optado por el frente de Guadalajara, de donde salí para incorporarme a la Escuela Popular de Guerra, que también estaba tranquilo a la sazón, pero me decanté por Extremadura, y aceptaron mi solicitud.

De esta manera, después de estar una corta estancia en mi domicilio, en compañía de mis familiares y con mi uniforme de Oficial recién estrenado, y con toda la carga de responsabilidad militar que pesaba sobre mis espaldas, cogí el tren y me encaminé hacia mi nuevo destino.

Por aquellas fechas, después de dos años de guerra, viajar en tren, por la zona republicana, era todo una aventura. Máquinas vie-

jas, movidas a vapor, que arrastraban trenes compuestos de vagones desvencijados, por unas vias que en muchos trayectos sufrían los bombardeos de los aviones « nacionales «, que trataban de dificultar todo lo posible, los movimientos de las tropas republicanas, mermando su capacidad combativa. Irregularidades y retrasos en las salidas de los « trenes de viajeros «, que tenían que dar prioridad a los convoyes de abastecimientos de mercancías y de material de guerra, para poder suministrar a las unidades militares, que luchaban en los diferentes frentes de combate, hacían muy dificultoso el traslado de unos lugares a otros, por vía férrea, a las personas, individualmente, lo mismo si eran militares como si eran civiles, con la particularidad de que entonces, el tren era el único servicio público de transportes que existía en la zona republicana, ya que por carretera solo habían transportes militares, al servicio exclusivo de los componentes del Ejército. En estas condiciones tan anormales y desastrosas, lo lógico y normal, era que se emplearan mucho tiempo en trasladarse de unos lugares a otros, y que estos viajes, además de lentos, fueran muy incómodos, y hasta desesperantes, en muchos casos. La cuestión fué que para ir de Elche a Cabeza de Buey, en el límite entre Ciudad Real, (entonces se llamaba Ciudad Libre) y Badajoz, que era la última estación a donde llegaba el tren, tardé dos días y dos noches, trayecto que hoy se recorre en pocas horas.

Pero las dificultades de transporte, no terminaban allí, ni mucho menos, ya que de Cabeza de Buey hasta mi punto de destino, que estaba más al norte, entre Castilblanco y Valdecaballero, solo habían carreteras estrechas y en muy mal estado, por las que solo transitaban algunos camiones militares, que iban hacia el frente con pertrechos y abastecimientos, para diferentes destinos, no siempre coincidentes con el mío.

Mi primera parada fue en Capilla, un lugar eminentemente rural. Hacía un calor sofocante y abrasador, ya que estábamos en plena canícula. Allí tuve que permanecer unas horas esperando una nueva combinación, para poder continuar mi viaje.

La impresión que me causó aquel pequeño pueblo extremeño, fué penosa y deprimente.

Calles sucias y malolientes, por donde transitaban los cerdos sueltos a su libre albedrío.

Mujeres caminando descalzas con un niño en brazos o llevando un cántaro de agua, desde la fuente pública a sus domicilios, vestidas muy pobremente... Pobreza manifiesta, suciedad, abandono ancestral, que hacían de esta Extremadura profunda, una de las regiones españolas más depauperadas y deprimentes de aquellos tiempos. Y lo que yo ví en Capilla, Zarzacapilla, Castilblanco y otros lugares extremeños de los alrededores, era solo un débil reflejo de la realidad palpitante de la región de Las Hurdes, en la provincia de Cáceres, que simbolizaba la extrema pobreza y el atraso ancestral, que dió a conocer Luis Buñuel, en aquel reportaje cinematográfico que filmó en los años 20, y que tanto conmocionó a la sociedad española. Tanto fue esto así, que el Rey Alfonso XIII, se desplazó a las Hurdes, acompañado de un numeroso séquito, para ver in situ, como vivían aquellas pobres gentes, en su aislamiento y abandono, que pudo comprobar con sus propios ojos, regresando de nuevo, 5 años después, cuando ya la situación había mejorado, en parte, y a las medidas tomadas por el Ministerio de Fomento, que hizo grandes inversiones, modernizando las infraestructuras de la zona, Las Hurdes mejoraron mucho, en el espacio de pocos años, hasta tal punto, de que en estos momentos, es una comarca con buenas comunicaciones viales, con buenas escuelas, con pueblos limpios y modernos y bien dotados de todos los servicios necesarios, donde sus habitantes pueden vivir decentemente y con dignidad.

Pero en aquellos tiempos, la Extremadura rural, estaba mucho más empobrecida y abandonada que las demás zonas rurales españolas, que yo había visto antes, con mis propios ojos, en las provincias de Alicante, Albacete, Guadalajara, etc, donde el grado de pobreza y aislamiento de sus gentes, no llegaba a tales extremos, en aquella España rural de los años 30, que ya había mejorado, en parte, desde el i advenimiento de la República, en Abril de 1.931, con la construcción de una gran cantidad de escuelas y la puesta en práctica de una tímida Reforma Agraria, que solo afectó a una pequeña parte de las grandes propiedades rústicas, que estaban en poder de la Nobleza Española, que tenían la condición de latifundistas.

Después de muchas demoras, pude continuar la marcha hacia mi destino, en un camión que llevaba suministros al sector del frente donde yo me encaminaba, por unas carreteras comarcales estre-

chas y en muy malas condiciones, que cruzaban el río Guadiana, por medio de un puente de madera rudimentario, que apenas podía mantenerse en pié, en las proximidades del pueblo de Herrera del Duque.

Cuando llegue al puesto de mando, del Batallón al que iba destinado, me pusieron al frente de una Compañía, desempeñando el cargo de Capitán. Como no había suficientes capitanes, la mayor parte de los Tenientes, desempeñaban cargos superiores a su graduación, con lo que su responsabilidad era mayor.

El frente de combate estaba situado en un pequeño riachuelo que nace en las inmediaciones del Monasterio de Guadalupe y desemboca en el Guadiana, dentro de la caja del Pantano de Cijara. Este riachuelo discurre entre Castilblanco y Valdecaballero, el primero de estos pueblos estaba situado en zona republicana y el segundo, en zona n nacional.

El ancho del riachuelo, era la zona de nadie, que separaba las líneas de los combatientes enfrentados en uno y otro lado.

Nuestras posiciones estaban ubicadas sobre pequeños montículos de tierra, a la orilla del río. Enfrente, a unos 500 metros de distancia, en la margen derecha del río, estaban las posiciones enemigas.

La compañía que pusieron a mi mando, estaba compuesta por soldados voluntarios, casi todos ellos varios años mayores que yo, que llevaban combatiendo en el frente, desde hacía dos años. Yo parecía su hermano menor en edad, pero mayor en graduación y potestad de mando. No obstante, todos me respetaban y obedecían correctamente, dentro del más estricto sentido militar, como no podia ser de otra forma, aunque entre todos nosotros, existía un buen ambiente de camaradería, como si no hubiera diferencias de graduación y de mando.

Castilblanco, estaba situado a unos 4 kilómetros de distancia de las líneas del frente y a pesar de la proximidad a la zona militar, sus gentes, no militarizadas, hacían una vida normal, como si nada ocurriera. Hay que tener en cuenta, que por aquellos días, aquel frente estaba estabilizado y completamente tranquilo, como si la guerra no existiera. De ahí, que las gentes de los pueblos cercanos, pudieran hacer una vida normal, aunque con ciertas dificultades.

Toda aquella zona, estaba muy poblada de encinas y las bellotas que producían, servían de alimento, no solo para el ganado porcino, tan abundante por aquellas comarcas, si no también para las personas, dada la escasez de alimentos que se padecía, en aquellos tiempos difíciles, en plena contienda, desde hacía más de dos años.

Castilblanco, se hizo famoso en el año 1.932, cuando los extremistas de izquierdas, se adueñaron del pueblo por la fuerza y crearon una especie de «comuna revolucionaria», que terminó de mala manera, con la intervención de la Guardia Civil, que ocasionó varios muertos y muchos heridos, lo que produjo una gran conmoción política, de ámbito nacional, ocupando las primeras páginas de los medios de comunicación, que se hicieron eco de aquellos luctuosos sucesos. Hay que tener en cuenta, que en Extremadura y en Andalucía, casi todo el terreno estaba repartido en grandes latifundios, cuyos dueños eran unos pocos terratenientes de la Aristocracia, y que casi todos los que trabajaban en la agricultura, lo hacían por cuenta ajena, como asalariados, ganando unos jornales de miseria, que apenas les daban para poder vivir, míseramente, ellos y sus familiares. De ahí el que cuando la República intentó llevar a cabo aquella tímida Reforma Agraria, para corregir, en parte, tantas desigualdades, entre los dueños de la propiedad rústica y los colectivos de los trabajadores del campo, estos, azuzados por las doctrinas libertarias de algunos sindicatos extremistas, trataran de poner en práctica la teoría de que «la tierra es del que la trabaja», e intentaran crear «comunas», que defendían, incluso con las armas, que terminaron de mala manera, ya que la filosofía política de la República, no llegaba a tanto, ni mucho menos, a pesar de algunas normas legales, que tenían un tímido cariz igualitario. Por eso, las «comunas» de Castilblanco y de Casas Viejas, en el año 32 y las establecidas en el Bajo Aragón, a principios de la Guerra Civil, terminaron de una manera sangrienta. Sobre estas «comunas» del Bajo Aragón, a principios de los años 90, se rodó una película muy ilustrativa titulada «Las Libertarias», protagonizada por Ana Belén.

Como hemos dicho en páginas anteriores, las posiciones de los combatientes, de uno y otro bando, estaban situadas en ambas márgenes del río, a pocos centenares de metros de distancia, unas de otras. Y en la quietud y el silencio de la noche, a grandes voces,

nos comunicábamos unos con otros y hablábamos de libros, de cine, de música, etc, pero nunca de la guerra que nos enfrentaba. Y en dos ocasiones, nos dimos cita para el día siguiente, por la tarde, a una hora determinada, para reunirnos en el centro del río, por el que discurría un pequeño hilo de agua, es decir, en tierra de nadie. El acuerdo era que acudiríamos 4 hombres de cada bando. Por nuestra parte, la primera vez, acudimos un Teniente, dos Sargentos y yo, pero ninguno de los cuatro llevaba ningún distintivo militar, que acreditara nuestra graduación, dando la impresión de que éramos cuatro soldados rasos.

Por parte de ellos, también hicieron lo mismo, pero por su forma de hablar y de expresarse, daba la sensación de que tenían una cierta cultura, lo que nos daba a entender que eran oficiales y no simples soldados rasos, aunque no llevaran tampoco ni galones ni estrellas, que les identificasen.

Aunque estábamos algo nerviosos y albergábamos un cierto temor, el encuentro, que duró un cuarto de hora, fué bastante distendido. Nos dimos la mano, (nada de saludos militares), nos preguntamos, mutuamente, de donde éramos, nos intercambiamos periódicos de nuestras respectivas zonas y algunos libros y hablamos de nuestras aficiones y de nuestros gustos, pero ni una sola palabra de la guerra fratricida que nos enfrentaba, y que en nuestro fuero interno, considerábamos que era una auténtica atrocidad. Y al despedirnos, nos saludamos otra vez, de la misma manera y nos deseamos, recíprocamente, mucha suerte y cada grupo volvió de nuevo a sus respectivas posiciones, de donde habíamos partido unos momentos antes.

La otra vez, bajaron por nuestra parte, 4 personas diferentes, y el resultado del encuentro fué idéntico. Claro está, que de estos encuentros tenían conocimiento nuestros superiores inmediatos, que los autorizaban, dentro de unas limitaciones.

Unas semanas después, en la oscuridad de la noche, el Alto Mando planificó llevar a cabo lo que en el lenguaje militar se conocía como «un golpe de mano», en el que intervinieron varias de nuestras unidades, atacando las posiciones enemigas, con el fin de capturar algunos prisioneros que pudieran informar al Estado Ma-

yor de las unidades que defendían aquella zona. Pero el ataque fracasó y tuvimos que retirarnos sin alcanzar nuestros objetivos, con un saldo de un soldado muerto y varios heridos, que retiraron los camilleros. Aquel «golpe de mano», fue la única acción bélica en la que tomé parte, durante la guerra y cuando más en peligro estuvo mi vida. Pero, afortunadamente, salí de ella sano y salvo, sin que me ocurriera ningún daño.

A partir de esos momentos, se terminaron nuestros encuentros en la zona de nadie.

Aquel Verano del 38, fue excesivamente caluroso, calor que continuó en los primeros meses del Otoño. Aquel calor agobiante, en las campiñas extremeñas, generó una proliferación de moscas y garrapatas, que lo invadían todo, haciendo nuestra vida en las trincheras, muy incómoda y desagradable. Habían tantas moscas, que los cocineros de las unidades, cuando estaban preparando el rancho, en las cocinas de campaña, al aire libre, tenían que llevar mucho cuidado, para evitar que cayeran, una gran cantidad de ellas, en los recipientes de la comida, cosa que no siempre conseguían, y por eso, lo normal era que en la ración de rancho de cada uno, se encontrase varios de aquellos insectos voladores, debidamente condimentados, como un elemento añadido a los componentes del guiso. En una situación normal, aquella comida la hubiéramos tirado a la basura. Pero en aquellas circunstancias excepcionales, teníamos que apechugar con la comida que teníamos, ya que no existía otra alternativa, y hasta los inapetentes y los melindrosos se comían cualquier clase de rancho que les daban, sin el menor reparo. Cuando está en juego la supervivencia, las personas nos adaptamos a todas las circunstancias que se nos presentan, por difíciles y complicadas que sean. En estos casos, el instinto de conservación prevalece por encima de otras consideraciones.

En cuanto a las garrapatas, había tantas, que si mirabas al suelo, detenidamente, las veías moverse, de un lado para otro, como si fueran hormigas, en aquellos terrenos incultos y llanos, donde las jaras eran su principal elemento vegetal, en cuanto a las plantas, y las encinas su masa abundante especie arbórea. La abundancia de moscas y garrapatas, eran como dos elementos simbólicos de la

pobreza y la depauperación de la Extremadura profunda y negra, de aquellos años.

Si a todo esto unimos la escasez de agua que padecíamos para la higiene personal, hasta tal punto de que no había posibilidad de ducharnos ni de lavarnos el cuerpo, de una manera integral, con una cierta frecuencia, lo lógico y normal era que proliferaran las enfermedades de la piel, como la sarna y otras de las mismas características. Yo mismo me vi afectado por una de estas enfermedades de la piel, que los sanitarios del Batallón, con sus escasísimos medios sanitarios de los que disponían, no pudieron curarme y se vieron obligados a darme de baja temporal de servicio y mandarme al balneario de Archena, provincia de Murcia, donde a base de frecuentes baños con sus aguas termales, al cabo de dos semanas pude librarme, completamente, de aquella molesta y complicada afección cutánea, que padecí por un tiempo. Hubo otros muchos casos como el mío, en que la suciedad y la falta de higiene corporal, generaron enfermedades de la piel, en otros miembros de las fuerzas combatientes, que estaban establecidas en aquellas comarcas extremeñas.

Cuando a finales del año 38, la cruenta Batalla del Ebro se dió por finalizada y las «fuerzas nacionales», recuperaron la totalidad del terreno perdido, en un principio, en la margen derecha del río Ebro, iniciando una ofensiva general, que terminaría con la ocupación total de Cataluña, hasta la frontera francesa, las Fuerzas Republicanas del frente de Extremadura, situadas más al sur de donde estábamos nosotros, desencadenaron una ofensiva con la finalidad de llegar hasta la frontera portuguesa, dividiendo la «zona nacional» en dos mitades, y de esta manera, contrarrestar el efecto negativo que había tenido el fracaso de la Batalla del Ebro y la pérdida de Cataluña. Y aunque en un principio, rompieron el frente y consiguieron algunos avances hasta el oeste, aquella última gran ofensiva republicana, al cabo de pocos días, también fracaso rotundamente. A partir de esos instantes, ya no quedaba ninguna duda, de que la Guerra Civil la ganarían los «nacionales» y que el final de la misma estaba cerca, si no ocurría ningún hecho internacional relevante, que alterara el previsto curso de los acontecimientos bélicos, en el territorio español.

Mientras tanto, nosotros permaneciamos allí, inamovibles, en las mismas posiciones, desde hacía ya muchos meses, concienciados de que el final de la guerra estaba cerca y que todo se daba por perdido.

Y llegó la Noche Buena y la Noche Vieja, por tercer año consecutivo, en pleno torbellino bélico, en que tantos centenares de miles de españoles estábamos ausentes de nuestros hogares, enfrentados a muerte entre sí, en unas fechas tan entrañables para los Cristianos, en las que debe prevalecer la concordia, la paz y el amor, entre los hombres, por encima de otras consideraciones. Al menos eso es lo que predica la Doctrina Cristiana. Pero en vez de practicar estos hermosos preceptos, que establece la Doctrina Cristiana, para el obligado comportamiento de los hombres, lo que prevalecía entonces era el odio y el enfrentamiento fratricida, por motivos políticos, económicos y sociales, que podían haberse solventado pacíficamente, sin llegar a tan bestiales extremos. Pero, algunos políticos y militares más influyentes, contrarios a la República, optaron por sublevarse contra el poder, legalmente establecido, desencadenando aquella monstruosa bestialidad, que ocasionó centenares de miles de muertos y cuantiosos daños materiales, que sumieron a nuestro país en un lamentable estado de atraso y depauperación del que tardó mucho tiempo en recuperarse y poder cicatrizar las muchas heridas físicas y morales, que se produjeron en aquellos cerca de tres años de Guerra Civil.

Y a finales del mes de Marzo, del año 39, ocurrió lo que estaba previsto, desde hacía ya algún tiempo: la estampida de los mandos superiores del Ejército Republicano y el abandono de las posiciones que ocupaban las fuerzas combatientes que se desprendían de armas y bagajes y trataban de retroceder en la retaguardia, cada cual a su aire, buscando una salida, lo más airosa posible, alcanzando, por todos los medios a su alcance, llegar a sus lugares de origen, en el centro y en el este peninsular. Y en el sector del frente en que yo estaba, esa estampida de las fuerzas combatientes del Ejército Republicano fue hacia el este, hacia Ciudad Real, que distaba unos 100 kilómetros, y que era la estación de ferrocarril más cercana, por donde se podía escapar hacia las provincias levantinas, mientras circularan los trenes.

Aquello fue patético y conmovedor: ver andando a pie por la carretera, muchos miles de hombres, cansados, hambrientos, depauperados, con un mínimo de bagaje a sus espaldas y reflejando de sus rostros sucios y deprimidos, la estampa viva de la derrota, de la desilusión, del desencanto, que era el contrapunto del alivio que experimentaban por que después de 33 meses de guerra, la contienda había terminado y habían enmudecido las armas. Aquella caravana interminable de combatientes vencidos, que ocupaban kilómetros y kilómetros de carreteras polvorientas, llevaban 2 días seguidos andando, sin apenas pausas ni descanso, formando un hormiguero humano, que caminaban hacia un destino incierto.

Muchos de estos hombres, con los pies sangrando por las magulladuras, se sentaban en las cunetas de la carretera y se vendaban los pies con pedazos de tela de una camisa destrozada, para poder seguir caminando. Otros, cansados y exhaustos y vencidos por el sueño, se tumbaban sobre la maleza, con el fin de poder dormir un rato y recuperando algunas fuerzas, poder continuar la marcha.

Así fue como yo salí de la Extremadura Profunda, a finales del mes de Marzo del año 39: caminando a pié y lleno de pesar y de incertidumbre, tratando de desplazarme, por el medio que fuera, hacia mi lugar de origen, con la seguridad de que si conseguía llegar a Elche, mi futuro inmediato, podía verse más claro, ya que allí era donde mejor me conocían y sabían mi proceder y mi conducta.

Pero no fue posible, ya que 20 kilómetros antes de llegar a la capital manchega, las «fuerzas nacionales», motorizadas, exultantes y eufóricas por la victoria conseguida, en aquella guerra fratricida, se nos adelantaron y ocuparon Ciudad Real, que era nuestra única posible escapatoria, convirtiéndose en una auténtica ratonera de la que resultaba muy difícil salir, sin un salvoconducto extendido por las nuevas autoridades militares, que se hicieron cargo del poder, durante los primeros días de la posguerra. Y al no conocer a nadie en aquella población, me era completamente imposible conseguir uno de aquellos salvoconductos, que eran imprescindibles para poder moverse en aquellos momentos, por todos los territorios recién ocupados por el Ejército Franquista.

Y a partir de esos momentos, empezó mi calvario particular: los primeros 15 días retenido en la Plaza de Toros de Ciudad Real,

en unas condiciones infrahumanas y después en varios Campos de Concentración, durante 14 meses, hasta que en el mes de Mayo del año 40, me liberaron y pude llegar a mi casa, con el alma dolorida y llena de cicatrices.

Pero esta liberación, no fue total y absoluta, ya que mi cautiverio tuvo una segunda parte en la Isla de Tenerife, durante 18 meses y después en el Protectorado Marroquí, hasta que me licenciaron en el mes de Abril del año 43 y pude regresar a mi casa y reanudar mi vida normal, sin condicionantes ni ataduras de ningún tipo, que tanto me habían coartado, en los últimos 6 años.

Pero eso ya es otra historia, que he contado en otra parte y no es cuestión de repetirla en estos momentos, ya que no tiene ninguna relación con la Extremadura Profunda, que es la protagonista principal de este relato.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

UNA PALMERA ANTE MI VENTANA

Delante de la ventana de mi despacho, que está en la 4ª planta, del número 20, de la Calle Curtidores, donde vivo en estos momentos, y a unos 7 metros de distancia de la misma, se levanta, eréctil y airosa, una palmera hembra de unos 15 metros de altura, de tronco liso, valona estrecha y palmas finas y flexibles, que se mueve, suavemente, a impulsos de la fresca brisa mañanera. En los alrededores de esta palmera, hay unas cuantas más, pero son más bajas o están más alejadas de esta ventana, que está orientada hacia el norte y tiene, como telón de fondo, la estampa gris de los edificios uniformes, de once plantas de altura, de los llamados bloques abiertos del Huerto de Ripoll.

Estas palmeras, que se pueden ver desde el balcón de mi despacho, como pinceladas verde-grises, en el interior de un paisaje urbano, son los residuos de lo que fue antes un huerto regular, de los llamados históricos, que se conocía con el nombre de «Hort de la Porta de la Morera», y que a causa de la presión urbanística de los últimos tiempos, querían convertir en suelo edificable, como ha ocurrido también en otros muchos huertos de palmeras, de los llamados urbanos, y que en los pasados tiempos, formaban un cinturón verde, alrededor de la población, por el norte, sur y el este de la ciudad.

Los dueños de estos terrenos, que tienen una superficie de más de 2 hectáreas de extensión, hace pocos años, firmaron un convenio con el Ayuntamiento de Elche, mediante el cual, la mayor parte de los mismos, pasaba a ser propiedad municipal, y en el resto, se les autorizaba para que pudieran construir cuatro bloques iguales de viviendas de 5 alturas, llamados las Torres de la Porta de la Morera.

Por su parte, el Ayuntamiento, en estos terrenos adquiridos, está construyendo un aparcamiento subterráneo, de dos plantas y tiene proyectado construir también, unas dependencias municipales, dedicadas a servicios sociales, sanidad y cultura. En cuanto a la zona donde aún existen en pie, alrededor de 60 palmeras, residuos de lo que fue antes un huerto regular, lo va a convertir en parque público, con el consiguiente ajardinamiento, para goce y disfrute de toda la ciudadanía.

Pero eso se llevará a cabo dentro de algún tiempo, cuando se terminen las obras de urbanización de toda esta zona, con lo cual, cambiarán también las condiciones vitales de estas palmeras, que ahora están en un lamentable estado de conservación, por falta de riego y de cultivo.

Todas las mañanas, desde la ventana de mi despacho, saludo a «mi palmera», que he bautizado con el nombre de «Gentil». Y ella, agradecida, me devuelve el saludo, moviendo suavemente sus verdes palmas. Y digo «mi palmera», por que me he encariñado con ella, hasta el extremo de considerarla como cosa propia y de mi exclusiva pertenencia. Y por que he volcado en ella, todo ese inmenso caudal de aprecio y simpatía, que yo he sentido siempre por las palmeras de mi tierra, a las que he dedicado tiempo y desvelo, además de haber escrito infinidad de artículos y varios libros en pro de su fomento y conservación, por ser una de las más relevantes señas de identidad de nuestra ciudad.

En «mi palmera», simbolizo y aglutino a todas las cerca de 200 mil que hay en estos momentos, en el término municipal de Elche. Y cuando la saludo cada mañana, ese saludo y ese aprecio, lo hago extensivo a todas las demás, que me merecen la misma consideración y el mismo aprecio.

A pesar de estar en plena Primavera, que es la estación más alegre del año, particularmente, en el reino vegetal, por ser las fechas en que florecen todos los árboles y todas las plantas, que existen en el mundo, «mi palmera» está triste y dolorida, al verse frustrada en su feminidad, ya que el esfuerzo que supone para ella, el parto anual, cuando alumbra esos «hijos», que son las ramas que contienen sus dulces frutos, los cortan y malogran, prematuramente, antes de llegar a feliz termino, como está haciendo el Ayuntamiento de Elche, de unos años a esta parte, en todas las palmeras de propiedad municipal. Antes, el Ayuntamiento, los dátiles de los huertos municipales, los vendía a los comerciantes particulares y sacaba un dinero de ellos, que iba a engrosar los caudales de las arcas municipales. Pero desde hace algún tiempo, al perder los dátiles, casi todo su valor comercial y no haber nadie que se interese por ellos, cuando «els palmerers» del Ayuntamiento, podan las palmeras, además de las palmas sobrantes, cortan también las ramas de los dátiles, ya que de no hacerlo, cuando maduran, caerían al suelo, ocasionando la consiguiente suciedad. Pero claro está, «mi palmera», no comprende esos razonamientos y lo único que sabe es que se malogra su maternidad, todos los años, sin ninguna utilidad ni aprovechamiento práctico. Y esa circunstancia, en su fuero interno, le produce una cierta frustración, que manifiesta diariamente, con toda la naturalidad del mundo, como haría cualquier madre en sus mismas circunstancias, atendiendo solamente a las leyes biológicas que emanan de la propia naturaleza de las cosas. Para ella, ver como todas las Primaveras cortan sus dátiles en agraz, y le privan del placer de verlos crecer y madurar, a su debido tiempo, desarrollando su instinto maternal, que lleva implícito en su propia naturaleza femenina, le produce un indisimulado trauma, que no puede ocultar, en modo alguno, hasta que se repite otra vez, al cabo de los doce meses, el nuevo ciclo biológico, que da pie a un nuevo alumbramiento y a la aparición de nuevos «hijos», en la parte más tierna y delicada de su cogollo. Y se repite de nuevo, un año tras otro, la misma frustrante operación de cortar las ramas de los dátiles, recién salidas del interior del cogollo de la palmera.

Y «mi palmera», no se queja solamente, por que le cortan sus ramas de dátiles antes de tiempo, malogrando su aprovechamiento,

como dulce y sabroso fruto, si no también, por que desde hace ya bastantes años, ni la riegan ni cultivan el suelo que pisa; con lo cual, su crecimiento y desarrollo es más lento, su tronco más fino y esbelto, se adelgaza más aún y sus palmas son más cortas y adquieren una tonalidad más grisácea de lo que eran cuando se regaba con una cierta regularidad y el suelo se cultivaba frecuentemente. Ahora, este suelo es un auténtico erial, dedicado a aparcar coches y la única humedad que reciben sus raíces, es cuando llueve abundantemente. Y eso, aquí en esta zona, ocurre muy de tarde en tarde, ya que llover en Elche, es un puro accidente, por que esta comarca es una de las más secas y áridas de la Península Ibérica.

Yo me hago cargo de las cuitas de «mi palmera» y comprendo su disgusto, pero trato de consolarla diciéndole que tenga paciencia, ya que dentro de pocos meses, cuando finalicen las obras de urbanización de estos entornos, todo el espacio que ocupan estas palmeras que se salvaron del palmericidio, que se produjo hace algún tiempo en el «Hort de la Porta de la Morera», el Ayuntamiento tiene proyectado convertirlo en parque público, ajardinándolo adecuadamente, como ha hecho con los huertos urbanos de Monjo, Montenegro, Marededeu, Borreguet, Coronela y otros muchos, en su política de municipalizar el mayor número posible de huertos de palmeras, para goce y disfrute de todos los ilicitanos. Algunos de estos huertos, antes de adquirirlos el Ayuntamiento estaban en un lamentable estado de conservación, hasta tal punto que tenían muchas palmeras secas y ha habido que completar su estructura con palmeras trasplantadas de otros lugares. De no haberlo hecho así, algunos de estos huertos de palmeras habrían desaparecido por completo.

Además, como todos estos huertos tenían caseronas antiguas, donde vivían sus dueños, llamados «hortolans», ha habido que restaurarlas para disimular su vejez, instalando en el interior de los huertos, bancos y alguna que otra fuente, con agua corriente, para darle un aspecto agradable de parque público, donde la gente, puede pasear tranquilamente, en estos auténticos pulmones verdes de la ciudad.

En algunos de estos parques públicos, además de mobiliario urbano y de fuentes, el Ayuntamiento ha montado también instalaciones deportivas para que además de pasear distendidamente, se

puedan practicar algunas modalidades de deporte, así como; pistas arenosas para hacer «footing» o pasear en bicicleta, rodeados de unos entornos verdes y agradables.

Siguiendo esta política de municipalizar el mayor número de huertos de palmeras urbanos, y también algunos rurales, como es el caso de los huertos de Travalón Alto y Bajo, el Ayuntamiento, de unos años a esta parte, ha realizado grandes inversiones de fondos públicos, no solo en su adquisición, mediante compra o permuta, si no también en su cultivo, conservación y mantenimiento posterior, con el consiguiente incremento de su plantilla de «palmerers», jardineros y celadores, para que todos estos parques públicos se conserven debidamente cuidados y en perfecto estado de revista.

Hasta hace pocos años, todos los huertos de palmeras urbanos y rurales eran privados, excepto el Parque Municipal, el Parque Deportivo y muy pocos más. Y ahora, la mayor parte de los huertos urbanos y algunos rurales, son de propiedad municipal, con lo cual, Elche es una de las ciudades españolas que tiene más metros cuadrados de zonas verdes públicas por habitante, lo que supone una notable mejoría medioambiental, para todos los ilicitanos, que residen en la población y en sus barrios periféricos. Claro está, que esto supone un elevado costo económico para las Arcas Municipales, que se nutren de los impuestos que pagamos todos los ilicitanos, pero todo lo que sea mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, en general, es positivo y se da por bien empleado, aunque, lógicamente, todo eso tiene un costo económico, que tenemos que asumir entre todos, si queremos conservarlos.

Hace 30 años, cuando el 95% del total de las palmeras ilicitanas eran de propiedad privada, y por una serie de circunstancias dejaron de ser rentables, como lo habían sido siempre, como cultivo agrícola, y ante la imposibilidad de arrancarlas, por que eso estaba penalizado por la Ley, los representantes de los agricultores ilicitanos, pedían subvenciones a la Administración, con la finalidad de que su mantenimiento no resultase lesivo y ruinoso para sus legítimos intereses particulares. Incluso, hubo negociaciones en tal sentido, pero no se llegó a ningún acuerdo práctico en tales negociaciones. Y ante el creciente deterioro del palmeral y la alarmante disminución de ejemplares que iban mermando, a pasos agiganta-

dos, por fin, el Ayuntamiento tomó conciencia de este grave problema, optando por la adquisición del mayor número posible de huertos de palmeras, para salvarlos de una muerte segura, por el estado lamentable de abandono en que se encontraban, tratando de recuperarlos, antes de que fuera demasiado tarde. Y aunque la Ley dice que el mal cultivar las palmeras, será objeto de una fuerte sanción, en conciencia, a ningún agricultor se le puede obligar, legalmente, a bien cultivar sus palmeras, si esto supone un detrimento económico para sus propios intereses y la Administración no le compensa, aunque sea en parte, estos quebrantos, y más aún cuando estas palmeras están declaradas un bien social, tuteladas por una Ley específica, que afecta solamente a las que están radicadas dentro de los límites del término municipal de Elche. Y desde el día 30 de Noviembre del año 2.000, los Palmerales Históricos que circundan el casco urbano de la ciudad, han sido declarado por la UNESCO, Patrimonio de la Humanidad.

Esta tendencia a disminuir el número de palmeras en el campo de Elche, que fue una constante invariable, durante muchos años , ha tocado fondo y poco a poco, se van invirtiendo los términos, con una recuperación paulatina, a causa de los muchos viveros que se han plantado en los últimos años, con libertad absoluta para poderlos comercializar cuando se quiera, para ornamentar parques y jardines de numerosos lugares de la Costa Mediterránea, obteniendo de ellas, buenos rendimientos económicos.

También la Estación Phoenix, del Hort del Gat, con su labor investigadora de cara a conseguir la reproducción in vitro de ejemplares de buena calidad, es una base fundamental para que los palmerales de Elche, se incrementen sobremanera y recuperen la rentabilidad económica que tuvieron en los pasados tiempos, como cultivo agrícola, a base de conseguir dátiles de buena calidad, que puedan competir en los mercados europeos, con los que se producen en Israel y en los países árabes de la zona del Mediterráneo. Esta es la base fundamental, para que los palmerales ilicitanos, recuperen, en el plazo de pocos años, la relevancia económica y social que tuvieron en los pasados tiempos.

En el proyecto de ajardinamiento del espacio que ocupan las pocas palmeras que quedan de lo que fuera el huerto de la "Porta de

la Morera", figura el ensanche de la calle de Curtidores. Por tal motivo, "mi palmera" y otras de las proximidades, han tenido que trasplantarlas hacia el interior, para que no estorbaran, lo cual me produjo un hondo pesar, pues a partir de este hecho, se ha interrumpido entre nosotros, esa estrecha relación de entrañable vecindad que nos unía, puesto que ahora se encuentra a unos ochenta metros de distancia de mi ventana, formando parte de la estructura reconstruida del resto del huerto.

Si bien es cierto que desde mi ventana, la saludo todas las mañanas, la mayor lejanía ha enfriado un tanto la relación que nos unia hasta su traslado de ubicación. Esta sensación de disgusto, se atenua un poco al comprobar que "mi palmera" y todas las demás, se riegan todos los dias por el sistema de goteo que han instalado en todo este parque nuevo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

UNA CULTURA ANCESTRAL

Desde los tiempos más antiguos, la agricultura ilicitana, tuvo una gran relevancia económica y social. Hay dos hitos históricos que nos lo demuestran, como son la ubicación del primer asentamiento humano, en el lugar que hoy conocemos como la Alcudia y la centuriación, que llevaron a cabo los romanos, hace 2.000 años, alrededor de este núcleo urbano.

Está demostrado que las poblaciones más antiguas, siempre se creaban en las costas, si sus fundadores eran navegantes o a las orillas de los grandes ríos, que eran lugares donde abundaba el agua y la pesca. Pero si a pesar de que en la población primigenia de Elche, no coincidían ninguna de estas dos circunstancias, se ubicó aquí el germen de la antigua ciudad, sería por que en sus alrededores, existirían medios de vida suficientes, para el abastecimiento de sus primeros pobladores. Y si un tiempo después, la ocuparon los romanos y llevaron a cabo, en este lugar, una de las pocas centuriaciones que realizaron en la Península Ibérica, a pesar de sus escasos recursos hídricos, lógicamente, lo harían por considerar que por la fertilidad de la tierra y la bondad de la climatología, esta zona era merecedora de dedicarle el esfuerzo que suponía el realizar un proyecto de parcelación de estas características. De esta manera, los romanos, alrededor de Ilici y a uno y otro lado del Vinalopó, crea-

ron 225 centurias, de una extensión aproximada de 50 hectáreas cada una, dentro de la zona regable con las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó. Y por los lindes de estas centurias, trazaron los caminos, para comunicarse entre sí y los cauces de riego, caminos y cauces que en sus tramos principales, han llegado, fosilizados, hasta nuestros días.

Estas centurias, se las cedían a los militares, cuando por razón de edad, abandonaban el Ejército, para que las cultivaran, con la condición de que en el plazo de 20 años, no podían venderlas ni exonerarlas. También se les autorizaba para que en ellas pudieran construir sus viviendas campestres, llamadas «villas romanas», que son los antecedentes históricos de las casas de campo actuales. De ahí viene la costumbre de que los agricultores ilicitanos, siempre habitaran en viviendas rurales, al pie de sus explotaciones agrarias, cosa que no ocurrió nunca, en los pueblos limítrofes, donde los agricultores residían en sus respectivas poblaciones. Esta costumbre de vivir los agricultores en casas de campo, continuó después con los árabes, cuando ocuparon estos territorios, a partir de principios del siglo VIII. Y ocurrió otro tanto, cuando fueron reconquistados por los cristianos, a mitad del siglo XIII.

De esta manera, y a través de diferentes civilizaciones que han ocupado estos territorios, a lo largo de los siglos, se ha ido desarrollando, paulatinamente, una cultura ancestral en el campo de Elche, con unas características autóctonas y específicas, que se ha ido transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones.

Y cuando hablamos de cultura, no nos estamos refiriendo solamente a la forma de cultivar la tierra, con ser esto importante, si no también, y sobre todo, a las costumbres, fiestas, tradiciones y formas de relacionarse entre si, las diferentes familias campesinas que poblaban estos territorios. Y esta cultura autóctona, también se expresa y manifiesta a través de los distintos aperos y herramientas, que se empleaban para cultivar la tierra, que aquí eran diferentes a los empleados por los agricultores de los pueblos de nuestros entornos.

Las referencias que han llegado hasta nosotros, de esa cultura ancestral campesina, anterior ala reconquista cristiana, son bastante difusas y fragmentarias, y por consiguiente, más difíciles de anali-

zar. En cambio, de los últimos tiempos, ya poseemos más referencias escritas y tenemos más datos fiables para hacemos una composición de lugar más acertada y acorde con la realidad de cada momento histórico.

Esa cultura ancestral campesina, que se transmitía de padres a hijos, a través de las generaciones, tuvo una evolución muy lenta, hasta principios del siglo XX, cuando las tierras ilicitanas empezaron a regarse con aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, elevadas por el sistema de bombeo, primero, a través de Nuevos Riegos el Progreso y unos años después por medio de la Real Compañía de Riegos de Levante.

Hasta entonces, el 90% de las tierras ilicitanas, eran de secano y el 10% restante, se regaban solamente con las aguas salitrosas que discurrían por el Vinalopó, y por consiguiente, no existía una auténtica cultura del regadío, que se implantó a partir de esos momentos. Esa nueva cultura del regadío, se incrustó hasta en el mismo lenguaje coloquial de los agricultores, con la inclusión de nuevos vocablos desconocidos hasta entonces, como eran canal, elevasions, talla, turno, fiel, repartior, entre otras, lo que supuso un cierto enriquecimiento lingüístico del colectivo campesino, que veía ampliado su vocabulario con nuevos nombres que nominaban nuevos objetos y nuevas funciones.

A partir de esos momentos, esa cultura ancestral campesina, que también tenía connotaciones urbanísticas, con esas viviendas rurales, con unas características arquitectónicas muy bien definidas, (casas de planta baja, orientadas hacia el sur, con tejados a dos aguas, cubiertos de tejas planas, con una «porxá» en la parte delantera y un corral en la parte trasera), iba evolucionando en función de los cambios y mutaciones que iba experimentando la sociedad en su conjunto, en todos los aspectos y sentidos.

De la misma manera, también iba evolucionando la gastronomía y la vestimenta de los agricultores, dos aspectos muy importantes de su cultura específica, lo mismo que sus costumbres, sus divertimentos y las formas de relacionarse entre sí los chicos y las chicas. Esas diferencias que hasta entonces habían sido muy acusadas, se iban difuminando, y tendían a la uniformidad. Y no podía

ser de otra forma, si tenemos en cuenta que por esas fechas, se inició la mecanización de la agricultura, y por lo tanto, los agricultores ilicitanos, cultivaban sus tierras con los mismos tractores y los mismos aperos que lo hacían los colectivos campesinos de otros lugares y de otras latitudes, borrándose las diferencias culturales que habían existido hasta entonces, entre unos y otros. Y esa evolución constante que iban experimentando todas las cosas, al paso de los años, también afectó a las características arquitectónicas de las casas de campo, que iban adquiriendo nuevas formas y nuevos perfiles urbanísticos, más acordes con las necesidades y los gustos de los agricultores, en los nuevos tiempos y las nuevas formas de vida, que se iban abriendo camino. Lógicamente, esa evolución constante de todas las cosas, también afectó a la mentalidad campesina, que se hizo más abierta y más extrovertida, a partir de esos momentos.

Con la mecanización de la agricultura, se corrió el riesgo de que todo ese cúmulo de aperos y de herramientas antiguas, (que formaban un valioso patrimonio cultural campesino), se perdiese irreparablemente, al no tener ya ninguna utilidad práctica. Y así hubiera ocurrido, de no ser por Fernando García Fontanet, maestro del colegio rural de la pedanía del Pusol, que montó en dicho colegio, un Museo Agrícola, de carácter didáctico, en el que durante el transcurso de muchos años, ha ido acumulando muchos miles de aperos, enseres, herramientas y otros objetos, debidamente catalogados y restaurados, librándolos de una desaparición segura y que conforman uno de los museos más importantes de la Comunidad Valenciana, de estas características.

Ante el acopio masivo de tantos objetos, para guardar y restaurar debidamente, han tenido necesidad de llevar a cabo una ampliación de estas instalaciones, ampliación que está ya casi terminada y que se inaugurará oficialmente, dentro de pocas semanas. En ese museo están depositados los testimonios históricos y virtuales de esa cultura campesina ilicitana, que tuvo una gran relevancia en los tiempos pasados.

Posteriormente a la mecanización de la agricultura española, en general, y en particular, a la ilicitana, durante la década de los años 60, la época más floreciente y próspera del campo de Elche, tuvo lugar en los años 80, en que se convirtió en un auténtico vergel

y España ingresó, de pleno derecho, en lo que entonces se conocía como Comunidad Económica Europea y ahora se llama Unión Europea. Este florecimiento duró pocos años, ya que por una serie de circunstancias adversas, la agricultura ilicitana, entró en una franca decadencia, de la que aún no se ha recuperado del todo. Y como consecuencia directa de esa decadencia de la agricultura ilicitana, el campo de Elche, empezó a despoblarse de agricultores jóvenes, que no querían continuar ejerciendo la profesión de sus padres, ausentándose en busca de otros horizontes laborales, en la industria, el comercio o los servicios, y también, por supuesto, en muchos casos, para ejercer profesiones liberales, ya que habían tenido la oportunidad de cursar estudios superiores y universitarios, circunstancia que hasta entonces solo se había producido muy de tarde en tarde y en contados casos.

Hubo también otro factor determinante, para que se produjese esa estampida de la juventud campesina de las zonas rurales a la población, como fue la paulatina pérdida de rentabilidad de la agricultura, por los bajos precios que tenían los productos cosechados, paralelamente al incremento de los costos de cultivo, coincidente con nuestra integración en la Europa Comunitaria, lo que produjo una cierta frustración en el sector campesino, ya que lo que se esperaba era todo lo contrario. De ahí nuestro impaciente interés en entrar, después de tantos años de frustrante espera, así como nuestra alegría y satisfacción, cuando por fin, lo conseguimos.

La cuestión fue que por ese acusado desinterés de la juventud campesina por la agricultura, propició el abandono de muchas tierras, que se quedaron incultas y estériles, cosa que hasta entonces no había ocurrido nunca. Y esa ruptura generacional que se había producido en un gran porcentaje de las familias campesinas, que habitaban en el medio rural, llevó aparejada, así mismo, la pérdida de unas señas de identidad, que hasta entonces habían sido simbólicas, o lo que es lo mismo, el abandono paulatino de una cultura ancestral, que hasta entonces se había ido transmitiendo de padres a hijos, a través de las muchas generaciones, de una manera ininterrumpida, como consecuencia lógica y normal, de esa evolución constante y acelerada que había experimentado la vida, en todos los aspectos y sentidos, en los últimos tiempos, difuminándose, en par-

te, esas aristas diferenciadoras entre la cultura campesina ilicitana y la cultura globalizada del pueblo de Elche, en su conjunto.

Y al hablar de la cultura campesina ilicitana, que tuvo siempre sus propias características específicas, no podemos olvidar, por supuesto, su cultura asociativa, que tuvo una gran relevancia, a lo largo y ancho de todo el siglo XX, si partimos de la base de que durante ese espacio de tiempo, crearon cerca de 40 entidades relacionadas, directamente con la actividad agrícola y ganadera y en defensa de sus propios intereses profesionales, dudando mucho que haya existido otro colectivo similar que haya generado, por sus propios medios, tantas entidades y organizaciones, lo que demuestra, fehacientemente, sus iniciativa y su inquietud para arrostrar los escollos y las dificultades que les han salido al paso, a cada momento, en su difícil profesión de agricultores y ganaderos.

Y ese florecimiento de entidades agrarias ilicitanas, que alcanzó su cenit a mitad del siglo XX, tuvo una relación directa con el florecimiento general de la propia agricultura, que se produjo cuando la mayor parte del campo de Elche, empezó a regarse con aguas dulces, sobrantes de la Vega Baja del Segura y elevadas por el sistema de bombeo, primero a través de Nuevos Riegos el Progreso y unos años después por la Real Compañía de Riegos de Levante, que pusieron en regadío el 90% de las tierras cultivables del conjunto de todo el campo de Elche.

Pero cuando la agricultura ilicitana entró en recesión y decadencia, como ya hemos apuntado antes, esa decadencia también afectó a esas entidades agrarias, que con tanto esfuerzo, habían puesto en pie los propios agricultores ilicitanos, hasta tal punto de que las más importantes y emblemáticas, que durante su vigencia, desempeñaron un importante papel en la sociedad rural ilicitana, se han ido al traste y han desaparecido por completo, dejando una estela de desengaño y frustración, tal vez por que tanto sus directivos, en particular, y su masa social, en general, no supieron, a su debido tiempo, adaptarse a lo que demandaban los nuevos tiempos y las nuevas circunstancias, tan cambiantes últimamente, que precisaban de nuevos métodos de cultivo y de nuevas mentalidades, entre los agricultores, para poder superar, con éxito, los múltiples escollos y dificultades, que les salían al paso todos los días.

Pero, a pesar de todos estos inconvenientes, albergamos la esperanza de que la agricultura ilicitana no desaparecerá por completo, ni mucho menos, si no más bien que se quedará reducida a unas pequeñas explotaciones agrarias modernas y bien gestionadas, por personas bien preparadas que sepan conseguir de la tierra, el máximo rendimiento económico, a base de esos cultivos y productos que tengan más aceptación y mayor demanda del mercado consumidor. Este es un reto importante que tiene ante sí el campo de Elche, en los umbrales del siglo XXI, olvidando sentimentalismos desfasados, que ya no tienen ninguna razón de ser.

De todas formas, siempre nos quedara esa cultura ancestral que generaron nuestros antepasados, a lo largo de los siglos, y que debemos procurar, por todos los medios a nuestro alcance, que no se pierda en el olvido, para que tengan referencias y constancia de ella, las generaciones venideras que nos sucederán en el tiempo.

Yo he tenido, la bendita suerte de haber conocido, por mis muchos años vividos, esa cultura campesina, que ya ha desaparecido, casi por completo, barrida por los vientos de la evolución de la vida y de las cosas. Por eso, no es de extrañar que sienta una cierta nostalgia por la pérdida de esas señas de identidad del campo de Elche, que ya no es ni la sombra de lo que fue en los pasados tiempos, nostalgia que trato de expresar en los versos que transcribo a continuación y que ponen punto y final a este trabajo:

Mi campo ya no es mi campo,
no es el campo de mi infancia.
Entonces, todas las tierras
estaban bien cultivadas
y había muchos jilgueros,
verderones y calandrias,
que con su canto armonioso
estos campos alegraban.
Hoy, apenas quedan pájaros
que entonces tanto abundaban.
Hubo aquí, en el campo de Elche
en las épocas pasadas
una cultura campera,
una cultura heredada
de antiguas generaciones
y que aquí se conservaba
como un valioso tesoro,
como una joya preciada.
De esa cultura ancestral
hoy, apenas queda nada
pues se ha ido diluyendo
poco a poco, arrastrada
por la fuerza evolutiva
que casi todo lo cambia,
para que pueda acoplarse
a las nuevas circunstancias.

Antes, todas las viviendas
campesinas, eran casas
con la misma arquitectura:
terrados de tejas planas
con una doble vertiente
para discurrir las aguas
que caían al aljibe.
Vigas de madera. Blancas
paredes de piedra y yeso,
todas al sur orientadas.
Hoy, lo que se construyen
en el campo, no son casas;
ahora construyen chalets
con unas formas muy raras
que a las antiguas viviendas
no se parecen en nada.
Mucho han cambiado las cosas,
los gustos, las circunstancias.
Antes, era campo abierto,
sin cerramientos ni vallas.
Hoy, un gran porcentaje
de casas, están valladas
y allí viven unas gentes
de sus vecinos aisladas.
Antes, entre los vecinos,
había más roce, y hasta
una corriente afectiva
de vecindad solidaria.
Mi campo ya no es mi campo,
por que hay abandonadas
muchas tierras que estuvieron
antes muy bien cultivadas,
cuando el campo era un ver-
gel,
un dechado de lozana
vegetación desbordante,
entre árboles y plantas.
Lo único que no ha cambiado
son las típicas estampas
de esas airosas palmeras
que por doquier se levantan
como vegetales hitos,
como verdes pinceladas,
que son santo y seña de
la cultura ilicitana.

MUSEO ESCOLAR

EL VALLE DE JOSAFAT

He vuelto a leer de nuevo, (55 años después de haberlo leído por primera vez), «El Valle de Josafat», el libro del escritor y filósofo catalán Eugenio d'Ors, que publicara, corregido y actualizado, en el año 1.944, en la colección «Austral», de Espasa Calpe, S.A. Durante aquello años de la posguerra civil, la colección «Austral», estaba muy en boga, y en función del color de las tapas de sus libros, publicaba una clase de literatura: azul, novelas y cuentos, en general; naranja, biografías y vidas novelescas; amarillo, libros políticos y documentos del tiempo; negro, viajes y reportajes; violeta, teatro y poesía; gris, clásicos; rojo, novelas policíacas, de aventuras y femeninas y marrón, ciencias y técnicas. Clásicos de la ciencia.

El precio de cada ejemplar normal, era de 4,50 pesetas y el de los números extras costaba 7 pesetas, por tener mayor número de páginas.

Durante aquellos años, yo compré muchos libros de esta colección, de todos los colores, con la particularidad de que se editaban en Buenos Aires, capital de la República Argentina. De ahí le venía el nombre de «Colección Austral».

Después de tantos años, y por la acción del tiempo transcurrido, todos estos libros que compré, hace ya más de medio siglo, su

papel amarillea y ha adquirido esa pátina propia de la vejez. Y al hojearlos de nuevo, después de estar tantos años en las estanterías de la biblioteca, nos vienen a la memoria, recuerdos juveniles, cuando nos deleitamos, por primera vez, con su lectura.

Además de la «Colección Austral», por aquellas fechas, yo compraba también todas las semanas, «Novelas y Cuentos» y «La Farsa», que publicaba obras de teatro, de los mejores dramaturgos del mundo, en el segundo caso, y novelas de los más notables novelistas, en el primero. Estas dos colecciones, tenían aún un precio más barato que el de la «Colección Austral» y estaban al alcance de todos los bolsillos.

El título de este libro, («El Valle de Josafat »), que he leído de nuevo, después de tantos años, me recuerda el viaje que yo hice a Israel, en el año 1.991, y que pude ver, con mis propios ojos, el Valle de Josafat, que está situado, junto a las murallas de Jerusalén, enfrente de la Puerta de Damasco. En la hondonada de ese valle, y desde hace ya muchos siglos, dando vista a las murallas de Jerusalén, hay miles de tumbas, que contienen los restos de ilustres personajes cristianos, que quisieron reposar en este lugar, para que cuando llegase el día del Juicio Final y resucitasen los muertos, estar situados en este lugar de privilegio. Algunas de estas tumbas, se están desmoronando de viejas, por el paso de los años, a pesar de estar construidas con materiales nobles. Este valle, es uno de los lugares más emblemáticos y sagrado para los cristianos, en todo el ámbito de Jerusalén y de él se hacen referencias expresas en las Sagradas Escrituras, cuando se habla del Juicio Final y de la resurrección de los muertos.

Eugenio d'Ors no nos dice en su libro, si antes de escribirlo, había visitado el Valle de Josafat, o solo lo conocía por las referencias que hacen de él, en las Sagradas Escrituras. Seguramente, sí que lo habría visitado alguna vez, ya que era un hombre muy viajero, que conocía los lugares más emblemáticos de la cultura occidental, como Grecia y Roma, de las que hablaba con frecuencia, en sus conferencias y en sus escritos. Dada su formación humanística y su espíritu investigador, lógicamente, sentiría curiosidad por conocer in situ los Santos Lugares, cuna del Cristianismo, donde transcurrió la vida de Jesús.

Al principio del libro, el autor hace la siguiente reflexión: «Cercana la hora del medio día, en el Valle entré y vime pronto rodeado de Sombras ilustres, cada una de las cuales solicitaba de mi la gracia o el rigor de mi juicio. Yo he accedido, tanto por ellas, como por mí».

Después hace unas consideraciones sobre estas Sombras livianas y sublimes y dice: «El hombre no es más que un junco, el más débil, pero un junco que piensa. No se necesita armar el Universo entero, para aplastarlo. Un poco de vapor, una gota de agua, basta para darle muerte. Pero, aún cuando el Universo lo aplastara, el hombre sería más noble; por que sabe ser más justo que aquello que lo mata; y el Universo ignora la ventaja que tiene sobre él.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. El es quien nos eleva, no el espacio ni la permanencia, que nosotros no sabríamos henchir. Esforcémonos, pues, en pensar bien: he aquí el principio de la moral». Estas elucubraciones, Eugenio d'Ors, las pone en boca del filósofo francés Blas Pascal.

Después de estas reflexiones filosóficas, esboza una semblanza breve y concisa de unos 200 personajes de los más relevantes del mundo, de todas las culturas y de todas las épocas, que dejaron sus huellas indelebles en cualquier rama de la ciencia y del saber, empezando por Leonardo Da Vinci y terminando por el propio Pascal, aunque el último capítulo lo dedica a María, a quien compara con una fuente de agua clara que simboliza la Eterna Sabiduría.

Leyendo toda esta gran cantidad de semblanzas de personajes ilustres, nos percatamos de los vastos conocimientos que atesora Eugenio d'Ors, desde las culturas más antiguas hasta las más recientes y de los principales personajes que se destacaron en cada una de ellas. Y estas semblanzas las hace a requerimiento de sus Sombras, que le salen al paso, cuando penetra en el Valle de Josafat, «cercana la hora del medio día», como él nos relata al principio del libro. Es una manera de justificarse para escribir estos relatos descriptivos. Del valor intelectual y de los méritos científicos o literarios de esta pléyade de personajes ilustres a escala planetaria, aunque algunos de ellos no deberían merodear por este lugar sagrado para los cristianos, pero no tanto para otros personajes que en vida, profesaron otras religiones, como es el caso de Mahoma, de Boabdil el Chico, de Virgilio, de Marcial, de Temístocles y de Séneca, por

ejemplo, que profesaron otras religiones distintas al Cristianismo, y por lo tanto, sus Sombras, se tenían que haber aparecido en la Meca, en Roma o en el Olimpo. Pero como recurso literario, no está mal, sobre todo, para un escritor como Eugenio d'Ors, defensor acérrimo del Cristianismo. No obstante, supo valorar en su justo término, los méritos atesorados por cada uno de esos ilustres personajes retratados en sus semblanzas, aunque fueron hijos de otras culturas y profesaran otras religiones.

En los primeros años 40, Eugenio d'Ors era un personaje mimado por el Régimen Franquista, del que era partidario, hasta tal punto, que fue nombrado Director General de Bellas Artes, que se encargaba de la restauración de la Basílica de Santa María, de Elche, y de la conservación del *Misteri*, del que era ferviente admirador. Por eso, no era de extrañar que todos los años, a mediados del mes de Agosto, viniera a Elche, durante una semana, para admirar las representaciones agosteñas, de las que publicaba artículos encomiásticos en periódicos y revistas de la época.

Durante los días del mes de Agosto, que Eugenio d'Ors visitó Elche, durante varios años, se hospedaba en el Hort del Gat, donde su propietario, Antonio Pascual Ferrández, reunía a la elite de la intelectualidad de la época, como eran el mismo Eugenio d'Ors, José María Pemán, Eugenio Montes, entre otros ilustres personajes españoles que se destacaron por aquellos años.

Durante esos días, esta residencia, del Hort del Gat, se convertía en un cenáculo de la intelectualidad española, bajo la batuta del Señor del Hort del Gat, a quien tanto le gustaban esta clase de foros, en los que él se desenvolvía como pez en el agua, y además podía hacer gala de su reconocida generosidad, ya que a estos invitados, además de alojarlos en su palacete, le sufragaba todos sus gastos, en su calidad de anfitrión.

Recuerdo que Eugenio d'Ors, era un hombre de una estatura voluminosa que iba siempre cubierto con un sombrero de color blanco, acorde con el traje de Verano, del mismo color, que usaba en aquellos calurosos días veraniegos.

Por aquellos años, además de leer «El Valle de Josafat», leí también «La Bien Plantada», del mismo autor, una obra de las más

significativas de la literatura catalana, y en la que su protagonista, Teresa, encarna y simboliza todas las virtudes de la mujer catalana, en particular y en general, de todo lo que significa la catalanidad.

Por la defensa a ultranza, que hizo del *Misteri*, Eugenio d'Ors, durante aquellos años de la posguerra civil, consiguió el reconocimiento y la gratitud de los ilicitanos de aquella época, reconocimiento y gratitud que supo asimilar el propio Ayuntamiento de Elche, al ponerle su nombre a una calle de nuestra ciudad, nombre que aún permanece, pero en una calle diferente, aunque muy cercana a la anterior, con la particularidad de que está situada junto a mi domicilio actual.

Eugenio d'Ors, fue uno de los escritores catalanes más relevantes de la mitad del siglo XX, y aunque sus numerosas obras, fueran escritas en catalán, casi todas ellas fueron traducidas al castellano y a otras lenguas extranjeras. Popularizó el seudónimo de Xenius, que empleaba en sus colaboraciones periodísticas, que fueron muy numerosas y en diferentes medios de comunicación.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

AFICIONES LITERARIAS

Desde hace muchos años, para mí escribir, en plan literario, se ha convertido en una de mis aficiones favoritas, hasta tal punto, que empecé a publicar algunos escritos, en prosa y en verso, en periódicos y revistas, en el año 1.933, a la edad de 17 años. Algunos de aquellos periódicos donde se publicaron mis primeros escritos, (bastante deteriorados, por cierto, por el paso del tiempo), los conservo aún como oro en paño, después de tantos años transcurridos. Y a partir de esos momentos, continué publicando cosas en esos periódicos, con una cierta frecuencia, hasta que empezó la Guerra Civil, en el mes de Julio de 1.936, que con su brutal estallido conmocionó a la sociedad española por completo, hasta el extremo de que la mayoría de los periódicos y revistas de información general, que daban cabida a las colaboraciones de los lectores, ajenos al colectivo de los profesionales del periodismo, como era mi caso, dejaron de publicarse o se convirtieron en publicaciones al servicio exclusivo de las autoridades políticas y militares, que ostentaban el poder, en esos momentos tan dramáticos, para todos los españoles y su prioridad exclusiva era tratar de salir airosos de aquel torbellino bélico que se extendía por todo el territorio nacional, desde el momento, en que la mayor parte de las Fuerzas Armadas Españolas, se habían sublevado contra el Gobierno de la República, que con más

o menos acierto en su gestión y al margen de las irregularidades repudiables que se produjeran por los grupos descontrolados de extremistas, gozaba de toda legitimidad que le habían dado los españoles, en las Elecciones Libres y Democráticas, a través de sus votos.

Cuando yo vi publicado mi nombre en letra impresa, por primera vez, al pie de uno de mis escritos, en un periódico de entonces, me llenó de orgullo y satisfacción. Aquel hecho, fue para mí, tan placentero y gratificante, como si hoy me concedieran el Premio Novel de Literatura, ya que colmaba todas mis ilusiones y apetencias juveniles. Aquella grata sensación de autosatisfacción juvenil, que experimenté por primera vez, al ver publicados mis escritos, no la olvidaré nunca. Aquel hecho tan poco relevante, para una persona mayor, para mí, un muchacho de 17 años, fue un acontecimiento de capital importancia, que marcó un hito en mi vida juvenil y me abría un camino esperanzador de cara a mi futuro como escritor, que se consolidaría con el paso de los años.

Hay que tener en cuenta, que las circunstancias de entonces, eran muy diferentes a las actuales. En aquellos tiempos, en los medios rurales donde yo vivía y me desarrollaba, no había ni siquiera escuelas primarias y el nivel cultural de las gentes, era muy bajo. Tanto era esto así, que entre las 20 mil personas que componían el colectivo campesino ilicitano, los que escribían en los periódicos, (todos ellos hombres mayores), se podían contar con los dedos de una mano. Y resultaba más raro aún, que lo hiciera un muchacho de 17 años de edad, con escasos estudios primarios y sin los más mínimos conocimientos gramaticales y lo que son los más elementales fundamentos de la redacción de un escrito de carácter literario. Pero esas deficiencias manifiestas, trataba de suplirlas a base de entusiasmos y juveniles deseos de aprender, sobre la marcha, sin más guía ni orientación que las que me brindaba, mi propio impulso de autodidacta deseoso de aprender, por mis propios medios.

Y a partir de esos momentos, ya tuve completamente claro, que mi verdadera vocación era la de ser escritor, aunque era consciente de mi escasa preparación, para estos menesteres y que mis facultades intelectuales, no tenían nada de extraordinarias.

Pero a pesar de ello, me apetecía seguir escribiendo, por que era lo que más me gustaba, sobre todas las cosas. Y lo continué

haciendo hasta que estalló la Guerra Civil, como he dicho antes, como una actividad secundaria, al margen de mi actividad profesional, que era la agricultura, lo mismo que la de mis familiares y la de mis antepasados, desde hacía varias generaciones.

Y con la Guerra Civil en todo su brutal desarrollo, movilizaron mi quinta y me incorporé al frente en el sector de Guadalajara. Y a los pocos meses ingresé en la Escuela Popular de Guerra de Valencia, de la que salí en Julio del año 38, con el grado de Teniente de Infantería, destinándome al sector de Extremadura, en las proximidades de Castilbianco, donde estuve al mando de una compañía hasta que finalizó el conflicto, a finales del mes de Marzo de 1.939. Y después de la derrota, represalias, campos de concentración, juicio militar, Batallón de Trabajos Forzados, en la isla de Tenerife, hasta que me licenciaron en Abril de 1.943, después de 6 años perdidos, entre la guerra y la posguerra, reintegrándome a mis ocupaciones habituales, después de haber dilapidado los mejores años de mi juventud.

Aunque desde muchos meses antes, ya se preveía, que tal como se estaban desarrollando los acontecimientos bélicos, la República podía perder la guerra, cuando se produjo la derrota, fue para mí, muy traumático, ya que de haber tenido un final diferente, yo podía haber orientado mi vida, de una manera distinta, desde mi condición de Oficial del Ejército, aunque la carrera militar no me gustaba, pero podía haber sido un trampolín para acceder a otras profesiones liberales más acordes con mis apetencias y mis aficiones, que estaban en mis planes. Pero, con la derrota, todas mis ilusiones, se derrumbaron como un castillo de naipes.

No obstante, mis aficiones literarias, permanecían intactas, como lo demuestra el hecho de que durante los 18 meses que permanecí en Tenerife, construyendo carreteras, en mi condición de represaliado político, escribí unos relatos titulados, «Impresiones y Recuerdos de Canarias», en los que describía las principales características de las islas, así como sus rasgos culturales, y que me dieron pie para publicar mi primer, libro, con este mismo nombre, en 1.980, después de haberlo complementado, escribiendo una segunda parte, con mis observaciones actualizadas, a partir de haber vuelto otra vez a Tenerife, 37 años después, en plan turístico, cuando ya

Canarias, en su conjunto, ofrecía un aspecto muy diferente, gracias al turismo, que se había enseñoreado de las islas y se había convertido en el principal sector productivo, a costa de la agricultura, que se había visto relegada a un segundo término, y que fue siempre su principal fuente de riqueza.

A partir de 1.943, ya recuperada mi condición civil, desligado por completo de mis obligaciones militares, y un tanto dolido y traumatizado, por lo que pudo ser y no fue, y cumplidos ya, los 26 años de edad, traté de normalizar mi vida, de cara al futuro, creando una familia, dentro de los ambientes campesinos, donde me había desenvuelto siempre. Y aunque mi afición por la literatura la conservaba incólume y latente en mi interior, no podía aflorarla por dos razones fundamentales: por que tenía que dedicar todo mi tiempo a mantener mi hogar y a educar a mis dos hijos, para que pudieran tener más facilidad de abrirse camino en la vida y por que durante esos largos años de oscurantismo, de la Dictadura Franquista, habían pocas posibilidades para poder publicar cosas, al margen de los escritos encomiásticos al Régimen Político, que implantaron los vencedores de la contienda civil.

De esa manera, y por esas causas, durante más de 30 años, no escribí prácticamente nada. Lo que si que hice, fue leer mucho. Y esa profusión de lecturas, iban incrementando, paulatinamente, mi caudal de conocimientos y dejándome unos posos de sabiduría y de enriquecimiento espiritual, que me fueron muy válidos después, cuando di rienda suelta a mis aficiones literarias, dedicando a la escritura varias horas al día, en una actividad literaria continuada, que dura ya más de 25 años, hasta el día de hoy.

Fue la época de la transición política española, cuando pasamos de la Dictadura a la Democracia y ya existía más libertad para escribir, lo que quisiera cada cual y más medios y posibilidades de poder publicarlo, sin trabas ni censuras, como había ocurrido durante los 40 años anteriores. Primero, fueron artículos en periódicos y revistas de información general, sobre diferentes temas, pero preferentemente, sobre el campo y la agricultura, que era lo que mejor conocía, en mi condición de profesional de la agricultura, y que al mismo tiempo, estaba vinculado a varias Organizaciones Agrarias, tanto de servicios como de carácter reivindicativo.

Fueron aquellos tiempos, en que España iba desprendiéndose, paulatinamente, de aquella coraza dictatorial, que le aprisionó durante tantos años y empezaba a aflorar una nueva época, con mayor libertad y mejores posibilidades para abrirse camino en la vida, al socaire de un incipiente desarrollo económico y social, que iba mejorando, poco a poco, a todas las capas de la sociedad española, con la aparición del Seat 600 y los primeros electrodomésticos, así como la legalización de todos los Partidos Políticos y Organizaciones Sindicales, que habían estado prohibidos durante muchos años, de represión y censura de todas aquellas actividades, que no sintonizaban con los dictados del nuevo Régimen Político.

Y a los pocos años, empecé a publicar libros también y como he dicho en páginas anteriores, el primer libro que publiqué se titulaba «Impresiones y Recuerdos de Canarias», y que fue presentado en la librería «Séneca», el día 4 de Octubre de 1.980, cuando ya había cumplido 64 años de edad. A partir de esa fecha, que marcó un hito en mi vida, con mis dos hijos ya con la carrera terminada, cubiertas mis necesidades económicas y cobrando una pequeña pensión, en mi condición de jubilado, pude dedicar todo mi tiempo, a lo que me gustaba y apetecía: leer, escribir y viajar.

Y además de una gran cantidad de artículos publicados, en diferentes medios de comunicación, fui publicando libros, la mayor de ellos, a mi costa y algunos financiados por el Ayuntamiento de Elche y las Cajas de Ahorros. De esta manera, al día de hoy, (4 de Abril del 2.000), he publicado, en los últimos 25 años, cerca de 2.000 artículos y 40 libros, dos más que están en imprenta y que se publicarán en los próximos días y otros 4 que permanecen aún inéditos y que verán la luz, en los próximos meses.

El haber escrito y publicado muchos libros, no es, en modo alguno, garantía de éxito y merecimientos, ya que muchos escritores se hicieron famosos, escribiendo un solo libro. Pero al menos, supone un gran esfuerzo intelectual y la dedicación de muchas horas de estudio y de trabajo.

El contenido de estos 40 libros, es muy variado, ya que abarcan desde la poesía hasta la novela, pasando por el turismo y los libros de viajes. Lo mismo ocurre con los artículos periodísticos, que son también de una temática muy variada y diversa.

Como curiosidad diré que, desde hace 6 años, todos los Domingos, sin perder ninguno, publico en el Diario «Información» de Alicante, una columna, bajo el nombre genérico de «El Cresol», siendo el colaborador de este periódico que más tiempo seguido ha escrito, de una forma regular un artículo semanal, además de otros artículos publicados otros días de la semana, de cuando en cuando.

El año 1.985, marcó un hito importante, en mi trayectoria como escritor, al ingresar en la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo, que está integrada en la Federación Española de Periodistas y Escritores de Turismo, (FEPET), que a su vez, está integrada en la Federación Internacional de Periodistas y Escritores de Turismo, (FIJET). La Federación Española, todos los años organiza un Congreso, en una provincia diferente, donde existan intereses turísticos. De la misma manera, la Federación Internacional organiza todos los años también, un Congreso Internacional de Escritores de Turismo, en una nación distinta, a la que asisten congresistas de numerosos países. Pues bien, durante 10 años, yo asistí a todos estos Congresos Nacionales e Internacionales, por países de cuatro continentes, (Italia, Israel, Rusia, Turquía, Túnez, Marruecos, Austria, Suiza, Portugal, Colombia, Cuba y Estados Unidos), lo que me dio pie para escribir y publicar 8 libros de viajes, describiendo los atractivos turísticos de estas naciones visitadas. El mejor de estos viajes, fue el realizado a Estados Unidos, en Octubre de 1.992, donde tuve la oportunidad de conocer Nueva York, Atlantic City, Filadelfia y Detroit. Precisamente, el día 12 de Octubre, fecha en que se conmemoraba el V Centenario del Descubrimiento de América, yo me encontraba en la región de los Grandes Lagos, que linda con el Canadá. Fue aquel un viaje, muy provechoso y enriquecedor, que me dio la oportunidad de pasar 10 días en aquel inmenso país y conocer la megálopolis de Nueva York, donde todo es gigantesco y desmesurado, con sus grandes contrastes, donde conviven la más extrema opulencia con la más denigrante pobreza, así como la industriosa Detroit, cuna de la industria automovilista, donde en el Museo de Henry Ford pude admirar (juntos en un mismo estand), el primer automóvil del mundo, construido en 1.896 y el automóvil que utilizaron los astronautas americanos en sus correrías, por la superficie de la Luna, en su primer alunizaje. En este

importante Museo, no solo se puede ver la evolución del automóvil, desde un principio, hasta el día de hoy, si no también la evolución del ferrocarril y de la aviación. También visité la señorial ciudad de Filadelfia, cuna de América, ya que allí se proclamó la Independencia de los Estados Unidos, el día 4 de Julio de 1.776. En un Parque de Filadelfia, está «la milla cuadrada más histórica de los Estados Unidos», que se conoce como el Parque Histórico Nacional, ubicado en el centro de la ciudad. Allí los visitantes, pueden admirar los monumentos más importantes que simbolizan esas libertades que son muy queridas y respetadas por los americanos: la campana que repicó al grito de libertad y el salón de la Independencia, donde desarrollaron la Constitución de los Estados Unidos, en 1.787.

También pude visitar y conocer Atlantic City, ciudad turística por excelencia, donde están los hoteles más lujosos del mundo, como el Taj Mal y que se ha convertido en la Meca del juego, de la diversión y del derroche.

Durante esta década, visité también Canarias 8 años seguidos, recorriendo varias veces todas las islas, excepto Hierro, que es la más pequeña de todas y la más occidental. En estos viajes que organizaba la FEPET, se celebraban conferencias, simposiums y mesas redondas, para analizar, en profundidad, el desarrollo turístico canario, desde todos los ángulos y vertientes. Estos viajes, me dieron pie para escribir un segundo libro, sobre el Archipiélago Canario, titulado «Las Islas Canarias, vistas por un Peninsular», en que se describen, detalladamente, los atractivos turísticos de cada una de las 7 islas, que componen el Archipiélago.

Otro de los viajes realizados que me impresionó mucho, fue el que hice a Israel, en la Primavera del año 1.991. Este viaje lo realicé, formando parte de una expedición de personas relacionadas con las Cooperativas Agrarias, y que tenía como principal objetivo el asistir a Agritec, feria agrícola que cada 3 años se celebra en Tel Aviv, Capital Administrativa del Estado y que es una de las ferias más importantes del mundo, de estas características, por que allí se exponen los últimos adelantos tecnológicos, relacionados con la agricultura. En este viaje, además de visitar las explotaciones agrarias más modernas y tecnificadas del mundo, tuve también la oportunidad de visitar los Santos Lugares, por los que discurrió la vida

de Jesús, así como el funcionamiento de los Kibutsines, donde sus componentes, viven y trabajan en comunidad. Lógicamente, mis impresiones de aquel importante viaje, quedaron plasmadas en unas crónicas viajeras que incluí en uno de mis libros de viajes. Lo mismo que hice con todos los demás viajes realizados, de los cuales dejé referencias escritas en algunos de mis libros.

He de reconocer que, modestia aparte, esta profusión de artículos periodísticos y de libros, publicados en los últimos 20 años, me han dado, a escala local, una cierta notoriedad, como lo demuestra el hecho de que en 1.985 la Asociación de Informadores de Elche, me concediera el Dátil d'Or, en el apartado de Cultura. De la misma manera, y en ese mismo año, el Patronato del Misteri me eligiera, Caballero Electo, para las representaciones de Agosto, formando terna con el musicólogo ilicitano, residente en Valencia, José María Vives y con Cipriano Ciscar, a la sazón Conseller de Cultura del Gobierno Valenciano, una distinción honrosa, que muy pocos ilicitanos consiguen y que me llenó de orgullo y satisfacción. Otra distinción conseguida, me la ofreció el Diario Información, de Alicante, al elegirme «Ilicitano del Mes», en Junio de 1.996, galardón consistente en una estatuilla de cerámica de Sol Pérez, y que este periódico concede, mensualmente, a personas físicas o jurídicas que se hayan destacado en cualquier actividad, en pro de la sociedad ilicitana, como justo reconocimiento a sus méritos personales.

Este tipo de distinciones, sean más o menos merecidas, (que eso siempre puede ser discutible), a cualquier persona normal y corriente, le tiene que producir una gozosa satisfacción. Y en mi caso, no podía ser una excepción, pues yo también tengo, como cualquier hijo de vecino, un fuerte instinto de autoestima, que se acrecienta ante el reconocimiento ajeno de nuestros propios méritos, por mínimos que estos sean.

Esto es humano, razonable y comprensible en todos los casos.

De todos los homenajes y distinciones que me han concedido, en los últimos años, el que más me enorgullece es el que me otorgó el Ayuntamiento de Elche, el día 15 de Mayo de 1.999, al ponerle mi nombre, a una calle del barrio de Altabix, una zona residencial, que cuando se termine de urbanizar, será un barrio de los más lujo-

sos de nuestra ciudad, el tener yo una calle a mi nombre, en el pueblo que me vio nacer y he vivido toda la vida, es un orgullo y una satisfacción muy grande y que puede perpetuar mi memoria en los tiempos venideros y al mismo tiempo, es el reconocimiento de unos méritos por parte de la Institución, que representa a todos los ilicitanos, como es el propio Ayuntamiento de nuestra ciudad.

También por mi parte, es motivo de agradecimiento al Ayuntamiento de Elche, el que me haya publicado varios libros, y además estén prologados por el propio Alcalde, lo que les da más realce y notoriedad.

Ante estas circunstancias y estos hechos tan gratificantes y placenteros, se acrecientan nuestros impulsos y nuestros deseos de continuar por el mismo camino emprendido, haciendo las mismas cosas que venimos haciendo, hace ya muchos años: escribiendo varias horas diarias, para incrementar aún más mi bagaje literario, que es ya bastante extenso, hasta tal punto, de ser, hasta el día de hoy, el ilicitano que más libros ha publicado, y en menor espacio de tiempo, con la particularidad de que los ha escrito un hombre autodidacta, sin apenas estudios, solo a base de tesón y voluntad, a prueba de cansancios y desfallecimientos.

Y si he procedido de esta forma, no ha sido por vanidad ni por un prurito de notoriedad, si no por que escribir, para mí, es un placer y una satisfacción, impulsado por una afición congénita, a la literatura manifestada, desde que tengo uso de razón.

Por tal motivo, seguiré escribiendo y publicando libros, mientras mi salud y las facultades mentales me lo permitan, ya que a estas alturas de mi existencia, el escribir se ha convertido en la más importante razón de ser de mi vida.

Por último diremos que a petición de parte, he hecho donación de mis libros para las bibliotecas de varias Instituciones Públicas y Privadas, entre las que se encuentra la Universidad Miguel Hernández de Elche.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LOS NIÑOS DE LA CALLE

Resulta incomprensible e inaceptable, que en los umbrales del siglo XXI, en Méjico, Colombia, Brasil y otros países de la misma zona, que atesoran una gran riqueza potencial, en todos los sectores productivos, existan tantas desigualdades sociales, económicas y culturales, entre unos habitantes y otros. Estas desigualdades, en algunos casos, son tan abismales, que llegan al extremo de que unos pocos lo tienen todo (educación, dinero, bienestar social, etc.), mientras una mayoría están desposeídos de todo y viven en la más pura miseria y desamparo.

Y esas desigualdades tan flagrantes, se han convertido en una lacra, en un mal endémico, ya que vienen arrastrándose desde hace muchos años, y no tiene visos de poderse solucionar a corto o medio plazo, a pesar de que por la propia evolución de la vida y de las cosas, que se producen constantemente en todas las partes del mundo, en estos países mencionados del continente americano, se producen también unos tímidos avances hacia una política distributiva más justa e igualitaria de las riquezas de estos países, entre todos los habitantes de los mismos. Pero van pasando los años y esas necesarias mejorías en la distribución de los medios materiales del país, entre todos sus habitantes, apenas se perciben, ya que las circunstancias no cambian de un año a otro, y por consiguiente, va pasando el tiempo y las cosas continúan poco más o menos igual e inamovibles.

En todos estos países, existe un numeroso colectivo de niños que viven en el más absoluto abandono y desamparo y que se conoce como los «niños de la calle», llamados también «gamines». Estos niños, que abundan más en las grandes poblaciones, van agrupados en pandillas, viven a salto de mata y duermen entre cartones en las alcantarillas o en otros lugares inhóspitos, en unas condiciones francamente degradantes y vergonzosas. Viven precariamente, sin atenciones sanitarias ni educativas y todo lo que saben, lo han aprendido en la calle, ya que la única escuela que han tenido ha sido la propia vida, que les ha tratado duramente y con muy poca consideración. Al vivir y desarrollarse en esas precarias condiciones, tienen que agudizar el ingenio para poder sobrevivir y no quedarse en el camino. Pero a pesar de todo, suelen tener una vida corta, ya que mueren muy jóvenes, a causa de las enfermedades que contraen y que por falta de atenciones sanitarias adecuadas, apenas las pueden superar y también a causa de la droga, a la que tienen que recurrir para tratar de evadirse de la mísera vida que llevan. También mueren muchos por los disparos de la propia policía, sobre todo, por las noches, por que consideran que estos «niños de la calle», que van sucios y mal vestidos, producen una mala imagen a las poblaciones, de cara a los turistas extranjeros que las visitan, y por consiguiente, tratan de eliminarlos por cualquier procedimiento, por violento que sea. Claro está, que de cara al exterior, los poderes públicos siempre negarán que las fuerzas de seguridad del Estado, estén involucradas en estos actos delictivos, de asesinato de los niños, pero la gente de la calle sabe muy bien que estos hechos deleznables, se producen con mucha frecuencia, aunque la Administración los oculte o los silencie.

Otra de las grandes lacras congénitas que sufren estos países, es la extendida corrupción política generalizada, que se observa en la Administración del Estado, desde las más altas instancias de los poderes públicos, hasta los cuerpos policiales, que se dejan sobornar por los que proceden de una forma incorrecta, para que se les deje actuar impunemente, al margen de la Ley y por procedimientos carentes de ética, honestidad y civismo. Estos sobornos, suelen conocerse con el nombre de «mordida», particularmente, en Méjico. Cuando la corrupción toma carta de naturaleza y se arraiga en un país y la practican los poderes públicos, que son los primeros que tienen que dar ejemplo de honestidad y del cumplimiento de las Leyes establecidas, en un Estado de Derecho, todos los excesos e irregularidades son

posibles, en todos los estratos sociales. (Cuando nosotros estuvimos en Colombia, en 1.991, tuvimos la oportunidad de constatar la corrupción que existía entre los funcionarios de la Administración).

Volviendo a los «niños de la calle», diremos que suelen ir a la busca y captura de los turistas, con el fin de conseguir de ellos unas monedas, con cualquier pretexto, ofreciéndoles múltiples servicios o vendiéndoles baratijas, con pegajosa insistencia, resaltando las bondades y la utilidad de los objetos ofertados y el bajo precio de los mismos. Resulta bastante deprimente contemplar a toda esta «chiquillería», que debería estar en la escuela cultural izándose y adquiriendo, al menos, una educación elemental y básica, para poderse desenvolverse mejor en la vida, cuando sean adultos, callejeando de un lado para otro, con tal de poder conseguir unas monedas con las que poder adquirir algunos productos comestibles para saciar el hambre. Y aún resulta más deprimente verlos por los alrededores de los hoteles de lujo hurgando en los contenedores de basura, a donde van a parar las sobras de la comida de los huéspedes, tratando de encontrar algo aprovechable para comer, mientras los transeúntes miran para otra parte para no verlos, tampoco los guardas municipales, acostumbrados a ver estas escenas todos los días, impiden estos hechos, pues mientras no cometan ningún acto delictivo, no se les puede reprender ni castigar. No obstante, muchos de estos niños de la calle, cuando se hacen mayores, por pura y simple necesidad, se convierten en delincuentes, para poder sobrevivir y terminan con sus huesos en las cárceles, en su condición de detritus de la sociedad colombiana que no merecen ningún respeto ni consideración. Lamentable, pero cierto.

Pero es más lamentable y vergonzoso aún, que ocurran estas cosas en unos países potencialmente ricos, aunque todas esas riquezas que atesoran, estén muy mal repartidas. Y estos males se vienen arrastrando desde hace ya mucho tiempo y están latentes en la propia sociedad que no ha conocido otra cosa.

Hasta hace unos años, casi todos los países americanos, ubicados al sur de los Estados Unidos, estaban gobernados por dictaduras, que son regímenes más propensos a la corrupción política y a la privación de las libertades. Pero en la actualidad, casi todos ellos están gobernados por regímenes democráticos, donde debe haber más trans-

parencia y honestidad, por parte de la Administración. No obstante, el nepotismo y la corrupción, es el pan nuestro de cada día.

También es cierto que los elementos más corruptores y contaminantes, son los narcotraficantes, particularmente en Colombia, que es donde se mueven con más facilidad y es también el país mayor productor de coca, que allí se cultiva sin ninguna restricción, como otra planta cualquiera. Los clanes de narcotraficantes mueven mucho dinero y en muchas ocasiones suelen financiar las campañas de algunos políticos, cuando se presentan a las elecciones. Si estos políticos que se dejan corromper por los narcotraficantes, acceden al poder, en justa correspondencia, se sentirán obligados a ser permisivos con estos narcotraficantes, en sus turbios negocios, para pagarles los favores recibidos, mientras los agricultores que cultivan la coca, apenas pueden vivir del producto de su trabajo, ya que a los productores se les paga a precios muy bajos. Esta coca, una vez transformada en los laboratorios y convertida en cocaína, puesta en los mercados consumidores de Europa o de los Estados Unidos, se venderá a precios astronómicos, generando unos grandes beneficios para los narcotraficantes, aunque en muchos casos se les apresa grandes cantidades de esta cocaína, antes de llegar a los puntos de distribución.

En términos generales, las gentes sencillas de estos países, que viven del producto de su trabajo, con más pena que gloria, son extrovertidos y afables en el trato, sobre todo, con los extranjeros que hablan su propia lengua. Y estas cualidades humanas les hacen ser más solidarios con sus semejantes, cuando atraviesan momentos difíciles en la vida. Esto se pudo constatar muy bien, cuando hubo catástrofes naturales, como terremotos o inundaciones, como las que tuvieron lugar hace pocos meses y que suelen producirse con mucha frecuencia en estas comarcas. De ahí el que no se merezcan vivir en tan precarias condiciones, sobre todo, esos colectivos de niños, que subsisten en el más absoluto desamparo y que pudiendo ser una esperanzadora apuesta de futuro, están condenados a vivir en las más inhumanas condiciones y a morir en plena juventud. En los umbrales del siglo XXI, cuando el hombre ha alcanzado tantos adelantos tecnológicos, en todos los aspectos de la vida, el que ocurran estas cosas aún en el mundo, es simplemente, un delito de esa Humanidad.

UN VIAJE SOÑADO

El protagonista de esta historia, aunque no era un hombre estrictamente religioso, que frecuentase la Iglesia, para asistir a los actos litúrgicos, era gran admirador de Jesucristo, al que consideraba uno de los personajes más importantes que ha dado la Humanidad, desde las épocas más antiguas de las que se tienen referencias escritas, ya que inmoló su vida, en plena juventud, para redimir al hombre de los egoísmos y de las bajas pasiones, que suelen arraigar, con demasiada frecuencia en los sentimientos humanos. Y esa vida ejemplar, compendio de sencillez, generosidad y altruismo, que fue siempre una constante invariable, en la trayectoria vital de Jesús de Nazaret, dio origen a la doctrina que lleva su nombre, llamada Doctrina Cristiana, y que si los hombres, en su vida diaria, la siguieran al pie de la letra, el mundo sería una Arcadia Feliz, un lugar maravilloso repleto de paz, armonía y concordia, donde las guerras y los conflictos brillarian por su ausencia, que es, precisamente, todo lo contrario de lo que está ocurriendo desde el principio de los tiempos, en este mundo desequilibrado y enloquecido, donde el egoísmo y los intereses bastardos están a la orden del día, y prevalecen por encima de otras consideraciones, lo que es fuente de conflictos y desigualdades, que a veces adquieren caracteres denigrantes e inadmisibles.

Y por que admiraba a Jesucristo, en toda la dimensión humana del personaje, que tanto influyó en el desarrollo posterior de la Humanidad, desde hace 2.000 años, sentía un acuciante interés en visitar los lugares donde discurrió su corta vida, desde que naciera en Belén, hasta que muriera en Jerusalén 33 años después. El realizar este viaje a Israel, se había convertido en una obsesión, desde hacía ya bastantes años. Pero por una u otra causa, lo iba posponiendo de día en día, mientras se iba acrecentando el deseo de realizarlo. Y este deseo acuciante, se incrementaba aún más, cuando llegaban las entrañables Fiestas Navideñas y se montaban tos Belenes en todas las Iglesias y en muchas casas particulares, y por todas partes se oían Villancicos, que hacían referencias a los Santos Lugares y a la Vida de Jesús. En esos días entrañables, donde los lazos familiares aúnan y se humanizan más, él, que vivía solo, sentía más soledad en el alma y mayor ansia de conocer los Santos Lugares y encontrar, en las huellas de Jesucristo, la compañía espiritual, que tanto venía añorando, desde hacía mucho tiempo.

Así las cosas, llegó la Noche Buena de 1.999, ya en vísperas del año 2.000. Como se sentía un poco deprimido, no quiso salir de su casa. Cenó frugalmente en contra de lo que suele hacer la mayoría de las gentes, se acostó temprano y después de leer en la cama durante una hora, se quedó dormido profundamente.

Y tan pronto se durmió, se le apareció en sueños, nítidamente, la silueta de Jerusalén, destacando la cúpula dorada de la Mezquita de Omar, que es lo que más se resalta en todas las fotografías que se muestran de la Ciudad Santa. Esta visión de la silueta de Jerusalén, le impresionó enormemente, a pesar de que la había contemplado muchas veces, en películas y numerosas fotografías. Pero ahora, la estaba viendo con más claridad, iluminada por los rayos brillantes de una mañana soleada. También podía admirar la parte este de las murallas, que circundan la ciudad antigua, enfrente del Valle de Josafat, donde se pueden ver infinidad de tumbas, donde desde hace muchos siglos, importantes personajes cristianos, fueron enterrados mirando a estas murallas, para cuando resucitasen en el día del Juicio Final, poder ser protagonistas de excepción, en este nuevo amanecer. Algunas de estas tumbas, están allí desde hace más de 1.000 años, y a pesar de estar construidas con materiales nobles, se

encuentran ya muy deterioradas, por la acción del tiempo, que todo lo degrada con su discurrir incesante.

Penetró en el Jerusalén antiguo, amurallado, por la Puerta de Damasco y después de caminar un tiempo por sus estrechas y tortuosas calles, desembocó en una plaza espaciosa donde los historiadores y arqueólogos judíos, han reproducido a escala lo que era la Jerusalén de hace 2.000 años, con sus viviendas, sus Palacios, Templos, Iglesias y demás edificios monumentales, reproducido todo ello con una fidelidad asombrosa. Pero en sueños, no lo veía en miniatura, como está ahora reproducido, si no a tamaño natural, tal como estaba hace 20 siglos. Y empezó a pasear por las desiertas calles de esta ciudad fantasma, que se ofrecía a sus asombrados ojos, tal como era en el principio de la Era Cristiana, con sus nombres y referencias escritas en lengua hebrea. Y tropezó con el Palacio de Herodes, que condenó a Jesús a ser crucificado, con la anuencia de Poncio Pilatos, que era el máximo representante de los romanos que ostentaban el poder civil y militar, durante aquella época convulsa. Y continuó caminando, siguiendo las huellas que dejara Jesucristo, cuando transitaba con la cruz a cuestas camino del montículo del Calvario situado extramuros de la ciudad, donde fue crucificado.

En esta ruta que siguió Jesús hacia el Gólgota, que se conoce como Vía Crucis o Vía Dolorosa, con sus 14 estaciones, cuyas 4 últimas se encuentran situadas dentro del Templo de Santo Sepulcro, que es la Iglesia Cristiana más importante y emblemática que existe hoy en Jerusalén. En la estación n° 14, que es el punto final del Vía Crucis, se ve el Sepulcro donde enterraron a Jesucristo, vacío, después de resucitar, con dos soldados romanos dormidos al lado y que aún no habían tomado conciencia del transcendental acontecimiento que había tenido lugar mientras ellos habían permanecido dormidos. En esta estación n° 14, es el lugar donde se supone que fue Jesús crucificado, según la tradición cristiana.

El último tramo del Vía Crucis, que en la época de Jesús, estaba situado extramuros de la ciudad, gracias a la expansión urbanística experimentada por la misma, en los últimos tiempos, ahora esta situado dentro del casco amurallado, con multitud de Iglesias Cristianas a ambos lados del mismo. Y entre las estaciones 8 y 11, la Vía Dolorosa, discurre por callejuelas estrechas, tortuosas y empinadas

y a los dos lados de la misma, se aglutinan pequeñas viviendas habitadas por los árabes, que sentados a las puertas de sus casas, contemplan impasibles, el tránsito de los muchos peregrinos cristianos, procedentes de todos los rincones del mundo, que quieren recorrer a pie esta emblemática ruta, que tanto simbolismo encierra para ellos. Algunos de estos peregrinos, caminan por el Vía Crucis, con la cruz a cuestas, tal como lo hiciera Jesús hace 2.000 años. Y para darle más similitud a este gesto devocional, van ataviados con idénticos ropajes a los de la época, llevando, incluso, una corona de espinas sobre sus cabezas.

Este transitar de peregrinos cristianos, por la Vía Dolorosa, aumenta en número durante la Semana Santa, que son las fechas en que más visitantes acuden a Jerusalén, para satisfacer su curiosidad de conocer, in situ, los Santos Lugares, que fueron el escenario de los acontecimientos que se desarrollaron alrededor de Jesús, en los últimos días de su vida terrenal. En los últimos tiempos, millones de peregrinos cristianos, de todas las partes del planeta, pero particularmente, de Europa, han transitado a pie por la Vía Dolorosa, que tiene unos centenares de metros de longitud, y que constituye una referencia obligada cuando se trata de conocer y analizar la vida de Jesucristo y las circunstancia históricas de su época.

Pero el protagonista de nuestra historia, en sueños, no estaba viendo el Jerusalén antiguo, tal como está hoy, con sus monumentos y con sus gentes deambulando por las calles, si no el Jerusalén de hace 2.000 años, tal como estaba reproducido en la maqueta a escala, fielmente, por los estudiosos israelitas, después de llevar a cabo complicados trabajos de investigación y de estudio.

Y veían a los centuriones romanos transitando por las calles para poner orden en las gentes exaltadas que vociferaban delante del Palacio de Herodes, pidiendo que Jesús fuera crucificado, después que el Gran Sacerdote Caifás, lo considerase culpable y de que Poncio Pilatos se inhibiera en la causa y hasta que sus propios seguidores más directos y cercanos, lo abandonaran a su suerte, mientras era vejado y escarnecido por el populacho, hasta que fuera crucificado en el Gólgota rodeado por dos ladrones, para más escarnio. Y pensaba con razón, que Jesús, en sus comportamientos, fue un protestatario de su tiempo, que se rebelaba contra la situación política y social que entonces imperaba, no solo en Palestina, si no tam-

bién en el resto del mundo, dominado por Roma, en el que prevalecía la razón de la fuerza por encima de la fuerza de la razón y que los pueblos conquistados por las armas, pasaban a ser esclavos de los vencedores, que disponían de sus vidas y haciendas a su libre albedrío, privándoles de los derechos más elementales que deben gozar siempre las personas, en su condición de seres humanos. Y contra esta esclavitud y estas desigualdades sociales que imperaban en aquellos tiempos, se rebeló, pacíficamente, Jesucristo, que predicaba que todos los seres humanos son de la misma condición, y por consiguiente, tienen los mismos derechos, cualquiera que sea su origen, su estrato social, su lengua, o el color de su piel, lo que chocaba, frontalmente, con la filosofía política de los poderes públicos establecidos, que gobernaban apoyados por la fuerza de las armas, sin otras consideraciones morales y que lo que prevalecía era el derecho de conquista. Claro está, que en estas circunstancias sociales y políticas, a Jesús se le consideraba un rebelde y un perturbador que rompía todos los esquemas del poder establecido y por consiguiente había que eliminarlo, para borrar la estela que ya estaba dejando tras de sí, por sus comportamientos contestatarios y su manera de entender la vida, tan distinta a lo que entonces imperaba. De ahí el que la Doctrina Cristiana, que generó Jesucristo, después de ser crucificado, cristalizara con tanta fuerza propagada por sus sucesores llamados Apóstoles, que fueron predicando la buena nueva, por los pueblos y ciudades, incluso poniendo en riesgo sus propias vidas, hasta que se abrió camino por todas partes, aunque tuvieron que transcurrir más de dos siglos hasta que el Emperador Romano Constantino El Grande, (influenciado por su madre, que después fue canonizada con el nombre de Santa Elena), se declaró partidario de la nueva doctrina religiosa y declaró el Cristianismo como Doctrina Oficial del Imperio, aboliendo, el paganismo que prevaleció hasta entonces. Y fue precisamente, la madre del Emperador Constantino El Grande, la que mandó construir el Templo de la Natividad, en Belén, sobre el mismo lugar donde estuvo la Posada, donde se refugiaron María y José, en la noche de aquel 24 de Diciembre en que vino al mundo el Niño - Dios, llamado Jesús, es decir, el Salvador.

Para evitar que los caballos de los posibles invasores de aquellos territorios pudieran profanar aquel Templo, la puerta que da acceso al interior de la Iglesia, es tan pequeña, que las personas que

quieren entrar para visitarla, tienen que agachar la cabeza, para poder entrar. No conocemos otra Iglesia, de estas características, que tenga una puerta de entrada de tan reducidas dimensiones. En el interior de este Templo, que es de reducidas dimensiones, y en la parte central del mismo, hay una especie de capilla a una cierta profundidad, que se toma como referencia, para indicar a los peregrinos que la visitan, que en ese mismo punto, fue donde nació Jesús, hace 2.000 años. Aunque en Belén hay otras Iglesias Cristianas, Mezquitas Árabes y Sinagogas Judías, la Iglesia de la Natividad, es la más visitada de todas. También es muy visitada la Tumba de la bíblica Raquel, la bien amada de Jacob y madre de José y de Benjamín.

Esta Tumba está situada a la entrada de Belén, junto a la carretera que sale de Jerusalén. Entre ambas poblaciones hay unos 15 kilómetros de distancia.

Desde Belén, donde naciera Jesús, la Sagrada Familia se trasladó a Nazaret, en la Comarca de Galilea, donde José estableció un taller de carpintería. Allí pasó Jesucristo la mayor parte de su vida, hasta que se dedicó a predicar la buena nueva. De ahí el que después se le llamara Jesús el Nazareno.

Por la mente adormecida del protagonista de este relato, en el espacio de pocas horas, discurrieron, (como en una película), a grandes trazos, los hechos más sobresalientes de la vida de Jesucristo, desde el nacimiento hasta su inmolación, en la cruz, pisando con sus propios pies, los emblemáticos lugares donde se desarrollaron estos hechos y que él tanto le apetecía conocer in situ. Pero cuando se despertó a las 8 de la mañana del día de Navidad y pudo constatar que todo había sido un sueño, no obstante, en su fuero interno, tenía la sensación de haber realizado ese viaje de verdad y que no había sido producto de una ensoñación, ya que la visualidad panorámica de todos los lugares visitados, se le quedaron grabados en su memoria, de una manera indeleble.

Por fin, aquel viaje tan ansiado, para conocer los Santos Lugares, se había realizado, aún que hubiera sido a través de un sueño, y en una noche tan señalada para la Cristiandad.

Cuando despertó, lo primero que oyeron sus oídos, fueron unos Villancicos procedentes del Belén que montaba todos los años el Ayuntamiento de Elche en la Glorieta. El día había amanecido frío y nublado, como suele ser normal y corriente durante estas fechas.

LA PALMERA QUE QUISO VOLAR

Era aquella, una zona completamente llana, como la palma de la mano, sin ningún accidente geográfico, cuyo suelo sumamente fértil, rebosaba una lujuriosa vegetación de monte bajo, a pesar de permanecer inculto. Por esta fértil sabana que se dilataba hasta el lejano horizonte, se podía contemplar una hermosa panorámica de verde praderío, que reverberaba al reflejo de los rayos solares de las primeras horas de la mañana, de aquel caluroso día de Verano.

En toda aquella pradera, solo se veía una airosa palmera de unos 15 metros de altura, que mecía suavemente, su verde penacho, a impulsos de la brisa mañanera, como si quisiera abanicar su rostro que empezaba a sentir los rigurosos calores veraniegos.

En su soledad, era como una reina vegetal que dominaba toda la sabana de sus entornos, reinado que nadie le disputaba ni le discutía, ya que no existía ningún otro árbol, en todos aquellos alrededores.

No se tenían referencias del origen de aquella palmera, ni de quien la había plantado en. aquel lugar solitario, donde en muchos kilómetros a la redonda, no había árboles de esta ni de otra variedad. Era un secreto que nadie conseguía desentrañar, aunque la opinión más generalizada era que tal vez una bandada de estorninos procedentes del norte de África, donde pasan los Veranos y se re-

producen, y donde hay muchos oasis de palmeras, alguno de ellos, tragera un dátil en sus garras, como reserva alimenticia y al volar por encima de la sabana, se le cayera y el hueso del mismo, al contacto de la fértil tierra, germinara y fuera el origen de aquella palmera, que eréctil y airosa, se enseñoreaba de aquella llanura que se dilataba a sus pies.

También resultaba milagroso como aquella palmera, sin la intervención de la mano del hombre que la cuidase y le fuera cortando las palmas sobrantes, en una poda anual, siempre tuviera las palmas justas en su penacho perfecto que nunca perdía la regularidad de su aspecto, como ocurre con las que están sometidas a un cultivo óptimo y apropiado.

Como es bien sabido, las palmeras, suelen ser machos o hembras. Las hembras son las que producen los dátiles y los machos las que producen el polen para fecundizar a las hembras, en su función de polinización, que sirve para que los dátiles propicien su granazón y mejor calidad como producto comestible. Tanto las palmeras macho como las hembras, todos los años, durante la Primavera, florecen y demuestran su condición genética, en su calidad masculina o femenina, que se complementan entre sí, en una función creadora y vegetativa. En cambio la palmera de nuestra historia, nunca había mostrado su condición genética de masculinidad o feminidad, en una ambigüedad singular, que se prestaba a múltiples interpretaciones, dentro de esta especie del reino vegetal. Crecía y se desarrollaba normalmente, pero no daba ni flores ni frutos, como suele ocurrir en todas las demás variedades de plantas y de árboles que pueblan la faz de la tierra, con más o menos profusión, según las condiciones climáticas y meteorológicas sean más o menos propicias. Estaba claro que esta palmera, por su origen, por su desarrollo vegetativo, por sus condiciones genéticas, por su singularidad, era un auténtico fenómeno que no estaba sometido a las leyes de la Naturaleza, como todos los demás seres del reino vegetal y animal que pueblan la tierra, que nacen, se desarrollan y mueren siguiendo unos dictados naturales ineludibles, que todo lo regulan, armonizando los sagrados preceptos de la creación vital que todo lo abarca y regulariza de una manera metódica y ordenada milimétricamente, desde el principio de los tiempos.

Tal vez, la Naturaleza, en un momento de buen humor y abandonando la regularidad de sus comportamientos creativos, tuvo un deseo caprichoso y creó esta palmera singular, dejando de lado los cánones normales que siempre empleaba en su acción creadora, dentro del reino vegetal, donde todo funcionaba a la perfección, bajo su atenta mirada.

Pero el caso era, que esta palmera, por su soledad y aislamiento, se sentía triste y un tanto abandonada, sola en aquella llanura. Y cuando las bandadas de pájaros se posaban sobre sus palmas, para tomarse un respiro y un descanso, en sus largos viajes migratorios, sentía envidia de ellos, por que podían volar, surcando el aire en todas las direcciones, a su libre albedrío, mientras ella se mantenía estática, sin poderse mover lo más mínimo. Y ese deseo de volar, cada día que pasaba se hacía más acuciante y perentorio, convirtiéndose en una auténtica obsesión, todas las horas del día. Y en su fuero interno, al no estar conforme con su propia naturaleza, como una criatura vegetal, quería cambiar de condición y convertirse en un ser volátil, emulando a aquellos pájaros que se posaban sobre sus verdes palmas y que cantaban gozosos por que se sentían libres como el viento, y podían moverse en cualquier dirección, siguiendo solamente el dictado de su propio impulso y su instinto de conservación y supervivencia. Y quería ser libre como ellos, para moverse en la dirección que le apeteciera, y de esta forma poder admirar otros panoramas, otros paisajes, que rompieran aquella monotonía visual que tanto le hastiaban y aburrían. Y esa ansia de volar , se había convertido en su máxima aspiración irrenunciable, en el único objetivo vital de su existencia, rompiendo las ataduras que le mantenían sujeta a la superficie de la tierra, por medio de una raigambre que succionaba del suelo los elementos nutritivos que se iban elevando a través del tronco hasta lo más alto del penacho, y que le permitían crecer y desarrollarse con una cierta regularidad congénita, en su condición de criatura del reino vegetal.

Así las cosas, una soleada mañana del mes de Abril, una bandada de estorninos que se dirigían al norte de África, donde anidaban y se reproducían todos los años, hicieron un alto en el camino y se posaron, suavemente, sobre todas sus palmas, trocando su color verde - gris por el color negro - brillante de su plumaje. Y al cabo de

unos momentos de reposo, sin que mediara ninguna señal acústica que pudiera interpretarse como una orden de partida, para reanudar la marcha, la totalidad de ellos, levantó el vuelo al mismo tiempo, en un movimiento ascendente, al mismo tiempo que la palmera hacía un esfuerzo sobrenatural para seguir su estela, esfuerzo que fue tan gigantesco que consiguió desenraizarse del suelo, librándose de las ataduras que le mantenían sujeta a la tierra, iniciando un movimiento ascendente y liberador, que contravenía las leyes de la gravedad, como si se hubiera convertido en un objeto ingrávido e inmaterial. Y al verse libre de la servidumbre que le mantenía sujeta a la tierra, lanzó un suspiro de satisfacción y alegría, por que había conseguido su máxima aspiración que era poder volar a su libre albedrío, como hacían los pájaros que se posaban sobre sus palmas y que tanto envidió siempre.

Y en su vuelo ascendente, fué subiendo más y más hasta que se convirtió en un pequeño satélite de la tierra, que daba vueltas alrededor de la misma, a una distancia de más de 500 kilómetros de altura.

Cuando este objeto extraño fue observado por los científicos de la NASA, se quedaron un tanto extrañados, ya que ignoraban, por completo, cual era su origen y de donde procedía. Al visualizarlo en sus potentes telescopios y ver la forma que tenía, lo bautizaron con el nombre de Palmeralia y así quedó reseñado en los registros astronómicos, donde hacen referencia a todos los cuerpos siderales que pueblan el espacio exterior.

Sobre la aparición de este cuerpo extraño, en el espacio, que daba vueltas alrededor de la tierra y sobre su aparición súbita, se elaboraron varias teorías científicas tratando de encontrar una explicación razonable para aquel fenómeno singular, que carecía de base científica, en cuanto a su origen y la materia de que estaba compuesto.

Y la palmera voladora, que se sentía feliz y dichosa por haber podido cumplir su principal deseo en la vida, en su órbita fija de circulación terrestre, cada dos horas, pasaba por encima de Elche, y al contemplar tantas palmeras juntas, que eran de su misma especie sentía una gran alegría y movía sus verdes palmas como un entrañable saludo de hermandad.

En sus recorridos alrededor de la tierra podía admirar las más variadas panorámicas marítimas y terrestres; altas montañas cubiertas de nieve y de frondosos pinares. Extensas llanuras con una vegetación exuberante. Áridos desiertos de arena, donde la vida animal y vegetal se queda reducida a la más mínima expresión. Grandes océanos de un color azul verdoso, salpicados de blancas espumas... Y todos estos paisajes tenían sus encantos y atractivos y se sentía dichosa de poderlos contemplar. Pero nada le producía tanta alegría y satisfacción, como poder contemplar, desde lo alto, los extensos palmerales de Elche que circundaban el casco urbano de la ciudad. Y pensaba en su fuero interno que si en vez de aparecer sola y aislada, en aquella sabana, donde vivió muchos años, hubiera nacido en Elche, rodeada y acompañada de tantas palmeras de su misma especie, se hubiera encontrado muy agusto y satisfecha, y por nada del mundo hubiese sentido el deseo de cambiar de ubicación.

Por que es una realidad incuestionable, que todos los seres vivos, tanto del reino animal, como del vegetal, los que son de la misma especie, les apetece vivir y desarrollarse rodeados de sus congéneres. Y las palmeras, por supuesto, no son una excepción, en este sentido.

De la misma manera, si hubiera nacido en Elche, también hubiera compartido el privilegio que han tenido los Palmerales Históricos que rodean la ciudad, de haber sido declarados, por la UNESCO, Patrimonio de la Humanidad, por constituir el palmeral más importante de Europa, hecho que tuvo lugar el día 30 de Noviembre del año 2.000, y que causó una inmensa satisfacción para todos los ilicitanos, que celebraron este feliz acontecimiento, con muchos actos lúdicos y gran profusión de fuegos artificiales, que duraron toda una semana.

Desde aquellos momentos, aquel pequeño satélite de forma alargada, que había sido bautizado con el sonoro nombre de Palmeralia y que daba vueltas alrededor de la tierra, pasando cada dos horas por encima de Elche, todos los ilicitanos que sentían curiosidad por las cuestiones astronómicas, podían contemplarlo, si disponían de un telescopio apropiado para esta clase de exploraciones siderales.

Y Palmeralia, continuó dando vueltas y más vueltas alrededor de la tierra, hasta el fin de los tiempos. Y cada dos horas, al pasar la vertical de Elche, saludaba gozosamente a sus hermanas, sintiéndose muy dichosa de pertenecer a su misma especie. Y las palmeras ilicitanas, correspondían a su saludo, moviendo, suavemente, sus verdes palmas a su paso.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LOS CASTILLOS, PATRIMONIO CULTURAL

El conjunto de los Castillos españoles, constituyen un preciado patrimonio cultural para nuestro país, y son asimismo, mudos testigos de los hechos más sobresalientes de la historia española de los siglos pasados.

A partir de la Batalla de Covadonga, que por parte cristiana, liderara el Rey Astur Don Pelayo, los Cristianos fueron construyendo Castillos y Fortalezas, para defender mejor los territorios que tan costosamente iban reconquistando. De la misma manera, los Arabes los iban construyendo también en los territorios fronterizos, para frenar, en la medida de lo posible, el lento avance de los cristianos, en su lucha de reconquista. De ahí el que esos castillos sean los símbolos más representativos de esos forcejeos guerreros entre los dos bandos enfrentados en una lucha sin cuartel, que poco a poco, iba decantándose a favor de los cristianos. También se puede apreciar, las diferencias arquitectónicas que existen entre los castillos que construyeron los Arabes y los que construyeron los Cristianos, los primeros para frenar la lucha de reconquista y los segundos para facilitar esa misma reconquista.

Castillos existen en todas las regiones españolas, pero los más famosos y conocidos están en Castilla, hasta tal punto, que le dieron nombre a la región, ya que Castilla significa «Tierra de Castillos».

En algunos de estos castillos, tuvieron lugar determinados hechos históricos de gran relevancia, como es el caso del Castillo de La Mota, en Medina del Campo, donde murió Isabel La Católica y de haber sido escenario, en varias ocasiones, de las Cortes Generales, o el Castillo de Tordesillas, donde en 1.494, se firmó un tratado entre los Reyes de España y Portugal, por el que se sometía al arbitrio del Papa, el establecimiento de una línea imaginaria, que delimitaba las tierras recién descubiertas por Cristóbal Colón a la soberanía de uno y otro país. En este castillo estuvo también recluida los últimos años de su vida, Doña Juana la Loca, después de haber perdido el albedrío, como consecuencia de la muerte prematura de su esposo, Felipe el Hermoso.

Estos Castillos, no sólo fueron residencia habitual de la realeza, sino también de algunos Señores Feudales que tenían mucha poder en la Edad Media, hasta tal punto que poseían sus propios ejércitos, y en sus respectivos Señoríos disponían de las vidas y las haciendas de sus súbditos, que estaban bajo su dominio. Estos Señores Feudales, eran los que con su poder y su influencia, determinaban que personaje ponían al frente de la Administración del Estado, en calidad de Rey.

Finalizada la Reconquista, con la toma de Granada, y conseguida la unificación de España, bajo la soberanía de los Reyes Católicos, los Señores Feudales, fueron perdiendo influencias y privilegios, hasta que en 1.812, con la promulgación de la primera Constitución Española, alumbrada en Cádiz, a partir de esos instantes, los Castillos perdieron su razón de ser y su protagonismo, quedando un tanto olvidados, a lo largo y ancho de toda la geografía española, convirtiéndose en mudos testigos de una época histórica que ya había sido barrida por los vientos de la modernidad.

La mayor parte de estos Castillos, que se construyeron hace ya varios siglos, y que iban mostrando evidentes signos de deterioro, por la acción del tiempo, han sido restaurados, evitando, de esa manera, una ruina total de sus estructuras. Pero si bien es cierto que se han invertido grandes sumas de dinero restaurando Castillos en toda la geografía española aún queda mucho camino por andar en ese sentido, para que no se pierda, por desidia y abandono, ese gran patrimonio cultural de nuestro país.

Y este conjunto de Castillos, en la actualidad, constituyen un atractivo turístico de primer orden, dentro de ese turismo cultural, que cada día que pasa va consiguiendo más adeptos, como valioso complemento del turismo de sol y playas, que es el que tiene mayor relevancia. De ahí que las Agencias de Viajes, cuando trazan sus rutas turísticas por el interior de la Península, casi siempre incluyen la visita de algún Castillo que haya desempeñado un papel importante en la historia de cada lugar en un pasado más o menos lejano.

Alrededor de muchos de estos Castillos que se levantaron en los puntos más elevados y estratégicos de los descampados, surgieron después los núcleos urbanos donde se asentaron se han convertido después en grandes y populosas ciudades.

Algunos de estos Castillos más famosos, en las décadas de los años 60 y 70 se convirtieron en Paradores de Turismo, como es el caso, entre otros, del Castillo de Sigüenza. En esos restaurados lugares de acogida de turistas, se compagina muy bien la antigüedad y la historiad con la modernidad, la comodidad y el refinamiento para poder satisfacer las apetencias de los visitantes más exigentes en ese aspecto.

Los Castillo y las Catedrales, entre otras cosas, son los lugares más atractivos para visitar en ese turismo cultural que se está poniendo tan de moda en la actualidad como puntos de obligada referencia, en ese turismo alternativo que se está promocionando en estos momentos y que tan buena acogida está teniendo en las sociedades modernas.

Alrededor de los Castillos se ha generado una gran corriente asociativa, como lo demuestra el hecho de que en casi todas las provincias españolas se han creado asociaciones de Amigos de los Castillos, asociaciones que sin ánimo de lucro, trabajan desinteresadamente, en defensa de los castillos, a los que considera Monumentos Artísticos y Culturales, dignos de respeto y conservación.

En la provincia de Alicante, como territorio fronterizo que fue, durante muchos años, entre Árabes y Cristianos hay también muchos Castillos, sobre todo, en la parte Norte: Villena, Sax, Novelda, etc. tienen su propio Castillo en el punto más alto de la geografía del lugar. La mayoría de estos Castillos se encuentran en muy buen estado de conservación.

En lo que a Elche se refiere, por haber sido siempre un pueblo de gran relevancia en el sur de la Comunidad Valenciana, tiene también su Castillo, del siglo XV, aunque se le conoce popularmente como Palacio de Altamira o de la Señoría. Este Castillo, se restauró en parte, en los últimos tiempos y está prevista su restauración total en el próximo año.

En este Castillo pernoctaron los Reyes Católicos a finales del siglo XV, cuando iban camino de Andalucía.

En estos momentos, y mucho más en un futuro inmediato, los Castillos Españoles constituirán una referencia obligada cuando se trate de promocionar los atractivos turísticos del país.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PARQUES TEMÁTICOS: UNA NUEVA OPCIÓN TURÍSTICA

Cuando en la década de los años 60, del siglo XX, el turismo masivo se abrió camino en las sociedades más prósperas y desarrolladas del mundo, como un fenómeno social a tener en cuenta, en cualquier estudio sociológico que se llevase a cabo, sobre el comportamiento de las gentes, ese turismo se sustentaba, fundamentalmente, sobre el sol y las playas de blancas y limpias arenas. Fueron aquellos años, en que las gentes de la Europa próspera y rica, una vez cicatrizadas las profundas heridas que había ocasionado la Segunda Guerra Mundial, y consolidadas las vacaciones pagadas para los trabajadores de todos los sectores productivos, se puso de moda el desplazarse hacia las costas mediterráneas, para gozar, durante un periodo más o menos largo, de un tiempo de descanso y de relax, al socaire de una climatología luminosa y benigna. Y las zonas costeras peninsulares de la Costa Blanca y la Costa del Sol, así como las insulares de Mallorca y Canarias, empezaron a llenarse de suecos, daneses, alemanes e ingleses, etc., (particularmente durante los meses veraniegos), que venían aquí atraídos por nuestro sol y por nuestras playas, convirtiéndose ese turismo en la mayor industria de nuestro país, una industria sin chimeneas, ya que en los últimos años, se han supe-

rado los 40 millones de turistas extranjeros anuales, que han cruzado nuestras fronteras.

Esa afluencia masiva de turistas foráneos, obligó a nuestro país a crear, en el espacio de pocos años, una infraestructura apropiada para atenderles adecuadamente, (hoteles, vías de comunicación, flotas de autobuses, etc.), así como un numeroso colectivo de personas bien preparadas para prestar todos esos servicios imprescindibles, (recepcionistas de hotel, cocineros, chóferes, guías, etc.), ocupando unos puestos de trabajo de reciente creación, alrededor del sector productivo más importante de España, como era el turismo, que tomó carta de naturaleza en nuestro país, en la década de los años 60, como dijimos antes.

Pero con el paso de los años, los turistas ya tenían otras apetencias, además de sol y playas, como era un turismo cultural, paisajístico, monumental, particularmente, entre las personas mayores a partir de una cierta edad, que les apetecía menos exhibir sus cuerpos al sol abrasador de las costas mediterráneas, que suelen producir algunas enfermedades cutáneas.

Y a este colectivo de turistas, (que de momento, aún sigue siendo minoritario), lo que le apetece es visitar Museos y Catedrales, con toda tranquilidad, para conocer, lo más profundamente posible, los rasgos históricos y culturales de los lugares visitados, así como sus bellezas paisajísticas, que en el caso de España, son muy abundantes, tanto en un caso como en otro.

Y eso no ocurre solamente en España, si no también en otras partes del mundo. De esa manera, los turistas extranjeros que van a Estados Unidos, Italia, Israel, Francia, Marruecos, Portugal y Grecia, van allí para conocer su historia, sus monumentos, sus costumbres, sus formas de vida y no para conocer sus playas, a pesar de que todas ellas las tienen, y muy buenas por cierto. A los únicos lugares que van los turistas solo para gozar de sus playas, es a la zona del Caribe, particularmente, las parejas de recién casados, que van allí a pasar su luna de miel. Pero esto es una excepción, que confirma la regla general, que apunta por otros derroteros.

Ante esta mayor demanda de turismo cultural, muchos paises, entre ellos España, han hecho una fuerte apuesta por los Parques

Temáticos, como atractivo turístico complementario al turismo de sol y playas, como es el caso, por ejemplo, de Eurodisney, que los americanos montaron hace unos años, en los alrededores de París, después de llevar a cabo una fuerte inversión económica, y que en la actualidad, se ha convertido en uno de los mayores atractivos turísticos de Francia. Antes de decidirse por este emplazamiento, los americanos estuvieron tanteando los pros y los contras de instalar este complejo lúdico en las zonas costeras alicantinas, por su clima seco, soleado y benigno y por ser un punto al que acuden todos los años, varios millones de turistas nacionales y extranjeros, para pasar sus vacaciones, no solamente durante el Verano, si no también el resto del año. Pero, al final, se decantaron por las proximidades de París, a pesar de ser una zona excesivamente fría y lluviosa, lo que constituye una dificultad y un inconveniente para esta clase de instalaciones lúdicas, que funcionan al intemperie. Tanto es esto así, que en los meses invernales, los visitantes a Eurodisney, disminuyen enormemente, por motivos meteorológicos, cosa que no hubiera ocurrido así de haberse decantado por las costas alicantinas, como pensaron en un principio.

Descartada esta posibilidad y conscientes del atractivo turístico que tiene un Parque Temático, de estas características, el Gobierno Autónomo Catalán, dio toda clase de facilidades para que la empresa privada, promoviera en su territorio un complejo lúdico de estas características. De esta manera, surgió, a mitad de la década de los años 90, Port Aventura, ubicado en la provincia de Tarragona, cuya inauguración constituyó todo un revulsivo turístico para el sur de la Comunidad Catalana.

En vista del éxito obtenido por Port Aventura, tan pronto Eduardo Zaplana ganó las Elecciones Autonómicas de 1.995 y se puso al frente del Consell de la Generalitat Valenciana, uno de sus primeros objetivos, fue la creación de un Parque Temático, dentro del territorio que el gobernaba, decantándose por las proximidades de Benidorm, que es uno de los centros turísticos más importantes de nuestro país. Había también otra razón fundamental para decantarse por este lugar, como era el que Eduardo Zaplana inició su carrera política ascendente, cuando ocupó la Alcaldía de Benidorm, gracias al voto de la tránsfuga Maruja Sánchez, Alcaldía que abandonó para

presentarse como candidato a la Generalitat Valenciana y a la presidencia regional del PP. Este proyecto de Parque Temático, entre otras cosas, le dio muchos votos a Eduardo Zaplana, hasta el extremo de que en 1.999, ganó las Elecciones Autonómicas de nuevo, por mayoría absoluta, cosa que no había conseguido 4 años antes.

La cuestión es que a partir de 1.995, el Gobierno de la Generalitat Valenciana, no escatimó esfuerzos ni dinero para poner en pie este Parque Temático, que se iba a convertir en la Joya de la Corona de Eduardo Zaplana, proyecto que se bautizó con el nombre sonoro en valenciano de «Terra Mítica», y que se convertiría en una realidad, en el corto espacio de dos años, para la ejecución de todas las obras de este magno proyecto, que tuvieron un costo de muchos miles de millones de pesetas, aportadas, en su mayor parte, por la empresa privada y las Cajas de Ahorros.

«Terra Mítica» fue inaugurada, oficialmente, por el Príncipe Felipe de Borbón, el día 15 de Julio del año 2.000, a pesar de que algunas instalaciones no estaban terminadas del todo, y de algunos fallos de organización. Lo que querían sus promotores, era que esta inauguración oficial, se llevara a cabo en el centro del Verano, cuando la asistencia de turistas a la Costa Blanca, es muy numerosa.

Desde antes de la inauguración, se hizo una gran promoción de «Terra Mítica», no solo en nuestro país, si no también allende nuestras fronteras. Por eso no es de extrañar que a partir del 15 de Julio, hubiera una gran afluencia de visitantes, tanto nacionales como extranjeros, superando todas las previsiones.

Si antes de aparecer «Terra Mítica», Benidorm ya era la Capital Turística por excelencia, ese protagonismo se ha incrementado mucho más aún después de la inauguración, como un nuevo atractivo complementario a su turismo tradicional de sol y playas, que tanta fama y renombre le ha dado en el mundo entero, desde hace medio siglo.

El contenido argumental de «Terra Mítica», gira alrededor de las Civilizaciones Mediterráneas más antiguas, con sus historias, sus leyendas y sus personajes reales y mitológicos, que dejaron su impronta y su cultura, en todos los países ribereños del Mare Nostrum, entre los que se encuentra España. Lo que se hace en «Terra

Mítica», es rememorar como vivían y como se comportaban esos pueblos antiguos, que se desarrollaron por estas latitudes, a lo largo de los siglos, desde los fenicios hasta los árabes y que tuvieron el Mediterráneo como camino de expansión, particularmente, los egipcios, los griegos y los romanos, que fueron los pueblos más influyentes en la antigüedad, en toda el área del Mediterráneo y cuyos rasgos culturales aún permanecen visibles en la actualidad, en estas comarcas, a pesar del tiempo transcurrido, desde que estos pueblos perdieron todo su protagonismo, en el transcurrir incesante de la Humanidad, cumpliendo, cada uno de ellos, una etapa histórica de aparición, crecimiento y declive, como un eslabón más en esa cadena interminable, que desde el principio de los tiempos, es la Historia de la Humanidad, en su evolución hacía el futuro y la modernidad. Y ese bucear de «Terra Mítica», en las culturas ancestrales de las civilizaciones primigenias, que tuvieron su asiento y su desarrollo en el área mediterránea, es el argumento y la razón de ser de todos los Parques Temáticos, que han surgido últimamente, en diferentes partes del mundo, aunque cada uno de ellos, se decante, preferentemente por un tema en particular, en función del lugar de su ubicación y de la nacionalidad de las entidades públicas y privadas que lo promovieron y lo gestionaron. Esto es tanto como decir, que los Parques Temáticos no son otra cosa que compendios de unos libros de historia de un pueblo o de un país determinado, que se abre ante los visitantes, para que puedan leerlos y estudiarlos, de una manera lúdica y divertida. De ahí su enorme valor didáctico y cultural y por lo tanto, el interés que despiertan como un atractivo más, en ese turismo complementario que no tiene nada que ver con el sol y con las playas, y que se va incrementando, paulatinamente, de un tiempo a esta parte. Es una nueva opción turística, que se complementa, con los paisajes, los monumentos arquitectónicos, la gastronomía, la lengua, las costumbres, las fiestas, las tradiciones, de un lugar determinado, y que conforman ese turismo cultural al que se le augura un espléndido futuro en el siglo XXI, que ya está a la vuelta de la esquina y en que el nivel cultural medio de las gentes, en términos generales, se supone que subirá varios enteros, dados los adelantos tecnológicos que se emplean en las escuelas de todos los niveles. Y, lógicamente, esos pueblos más cultos, sentirán más

apetencias en conocer, por sí mismos, sus orígenes y sus raíces ancestrales, a través de los Parques Temáticos, que tienen como su principal misión, al dárselos a conocer, de una manera amena y divertida y no con la sequedad y la adustez de un Museo Arqueológico, que es como una página muerta, arrancada de los anales de la Historia de un país o de una colectividad humana. Los Parques Temáticos son otra cosa más atractiva, que tratan de actualizar y reverdecer los rasgos culturales de las gentes del pasado, más o menos antiguo, para que las conozcan y las valoren las gentes de hoy, desde la memoria colectiva de la sociedad de nuestros días.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Otros libros del autor

1.- Impresiones y recuerdos de Canarias.
2.- El campo, entre la marginación y la esperanza.
3.- Cantos de amor y esperanza. (Poesía)
4.- Agrodelx
5.- ¡Salvemos los palmerales de Elche!
6.- S'ha perdut una cultura del camp d'Elx.
7.- La agricultura ilicitana de ayer a hoy.
8.- El futuro del campo de Elche.
9.- El paso de los días (Poesía)
10.- Tierras, pueblos y paisajes.
11.- La vida que pasa. (Poesía)
12.- Sociedades agrarias ilicitanas del último siglo. (1886-1986)
13.- Poemas a la Dama del Alba. (Poesía)
14.- Los palmerales de Elche, desde sus orígenes.
15.- De Estambul a Moscú.
16.- Del tiempo y de la vida. (Poesía)
17.- Viajar, ver y escribir.
18.- Memorias de mi tiempo.
19.- Juan Algorós.
20.- Pinceladas. (Poesía)
21.- El placer de viajar.
22.- La poesía de las ciudades. (Poesía)
23.- El camp d'Elx. Historia i tradició.
24.- Las Islas Canarias, vistas por un peninsular.
25.- Historias del campo de Elche.
26.- Por los caminos de Europa.
27.- Viajes y Congresos.
28.- Pascual Campos.
29.- Del jardín de mis tardes.
30.- El mundo visto a los ochenta años.
31.- Nuevas historias del campo de Elche
32.- Viajar en el recuerdo
33.- De domingo en domingo
34.- Mirando hacia atrás, sin ira
35.- Les pedanies del Camp d'Elx
36.- 1997. El año del Bimilenario de Elche
37.- Carlos Tarí
38.- Nos queda la esperanza
39.- Diego Pastor
40.- Con la vida alrededor
41.- Crónicas de fin de siglo
42.- Historia del Campo de Elche
43.- Por el ancho mundo
44.- El año 2000 en Elche
45.- El cultiu de la Palmera Datilera a Elx

Este libro se acabó de imprimir en
los talleres de Pascual Segarra
el día 5 de Noviembre
de 2001, Festividad de
Santa Isabel.

PUÇUL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR